

Bela Marbel

espirales en el ombligo



Lectulandia

Ana Cruz intenta recuperarse de la pérdida de su marido, pero no es capaz de conseguirlo hasta que, en la boda de su mejor amiga, se cruza en su camino un irresistible, atractivo e insoportable tejano que parece dispuesto a poner su vida patas arriba.

Cuando Mark Jacob se topa con aquella espectacular española de lengua afilada, sólo puede pensar que está ante una lunática por muy sexy que sea. Pero la atracción que Ana despierta en él es muy poderosa y el sexo... El sexo siempre acaba metiéndole en problemas.

Y mientras ella se resiste a aceptar lo que el destino le ofrece, sintiendo que iniciar una nueva relación es una traición hacia su fallecido esposo, Mark lucha con todas sus fuerzas para conseguir a la mujer que ama. Pero la palabra «compartir» no forma parte de su vocabulario, ni siquiera con un muerto.

Lectulandia

Bela Marbel

Espirales en el ombligo

ePub r1.0

Titivillus 22.09.15

Título original: *Espiraes en el ombligo*
Bela Marbel, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste

más libros en lectulandia.com

*PARA CHENY,
PORQUE EL AMOR EXISTE Y ERES TÚ.*

EL FINAL ANTES DEL PRINCIPIO

—Ana, ¿sabes dónde está mi camiseta de Green Day?

—¿En el armario? ¿Dónde están todas tus camisetas? —contesté a mi marido con tono irónico.

—No me hagas sufrir, que no la encuentro.

—Pero si la última secadora la guardaste tú.

Él vino hasta mí, me dio un beso en el cuello y jugó con sus manos en mi pecho.

—Venga, búscamela.

—Y si no, ¿qué?

—Si no, iré desnudo a trabajar. O mejor, no iré y nos quedamos haciendo cositas.

—Serías capaz de cualquier cosa con tal de no ir a trabajar, ¿eh?

—Mujer, yo no diría «cualquier cosa» —me dijo, bajando sus manos hacia mis caderas, haciendo que notara su erección matutina.

—Vale, te la busco.

—Vaya, ahora prefería lo de quedarme.

Fui hacia el armario y me siguió de cerca. A la primera di con la camiseta y se la tiré en las narices.

—Lo que te pasa es que ni la habías buscado. Lo que buscabas desde el principio es otra cosa, salido.

—Pues sí. Es que me gusta mucho mi mujer, ¿qué voy a hacer? —repuso mientras me daba un beso.

—Vamos, póntela. ¿Qué harías tú sin mí?

—Ir todo el día en bolas y ofrecirme a toda la que quisiera verme.

—Ja, qué gracioso eres —repliqué, metiéndole la camiseta por la cabeza.

Mi marido era muy guapo, la verdad. Era de esos rubios que parecen pelirrojos, con la nariz afilada y perfecta y una boca ancha de labios finos; casi tenía cara de chica. Muy meloso y risueño. Como él decía, tenía un buen trabajo, un buen techo y una buena mujer. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Me obligas a ir a trabajar?

—Sí, te obligo, perro.

—Pues que sepas que estaré muy apenado y cuando vuelva querré resarcirme.

—Pues no va a poder ser, yo tengo turno de tarde.

—Pues de esta noche no pasa, que por lo menos hace dos semanas que no estamos juntos.

—Ya veremos si esta noche, cuando llegue, no te has dormido.

—Oye, tampoco hace falta que me lo recuerdes para el resto de la vida.

—No, sólo una semana más.

—Vale, me voy.

Me dio un beso y desapareció tras la puerta.

Ya no le volví a ver.

A las nueve tocaron al timbre. Era Carlos, el marido de mi amiga Clara e íntimo amigo de Marcos. Estaba visiblemente nervioso y con los ojos inyectados en sangre. Nada más abrirle la puerta me abrazó.

—Ana, Ana... —acertó a decir.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto a pelear con Clara? Deberíais plantearos en serio lo del consejero matrimonial, esto se está volviendo una costumbre.

—No —respondió apartándose un poco y cogiéndome las manos.

—Carlos, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Es... Marcos.

—¿Qué pasa con Marcos? —pregunté, ahora ya visiblemente alterada.

—Ha tenido un accidente.

Me dejé caer en el sofá, intentando asimilar la noticia.

—Vale, pero está bien, quiero decir...

Carlos negó con la cabeza.

—Un conductor se durmió al volante y chocaron de frente. Está muy mal. Muy muy mal.

—¡No! —grité cogiendo el bolso—. Vamos, tengo que verlo. Se va a poner bien, ya lo verás.

Durante el trayecto al hospital no hablamos, sólo lloramos sin parar. Al llegar nos dirigimos directamente a la UCI.

En vez de entrar por la puerta de personal llamamos al timbre, asumiendo nuestro papel de familiares. Nos abrió Clara. Yo entré como una ráfaga de viento mirando en todos los boxes, pero no lo encontré.

Clara consiguió pararme.

—Cariño, cariño —me dijo llorando y abrazándome.

—¿Dónde está? Clara, dime dónde está y deja de llorar. ¡Se va a poner bien, ¿me oyes?! —grité a mi amiga.

—No... No está aquí.

—¿Lo habéis subido ya a planta? —Ella negó con la cabeza—. Está todavía en urgencias. Voy para allá.

—Ana, no. —Me detuvo a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Cómo que no? —Ella seguía moviendo negativamente la cabeza. Alcé la vista y vi que todos me miraban. Todos menos Carlos, que se abrazaba con una mano mientras con la otra se tapaba la cara.

Se había sentado. No, más bien estaba derrotado sobre una silla. Lucy le acariciaba la cabeza con lágrimas en los ojos.

—No ha podido superarlo.

No recuerdo nada más.

Sé que preparé el funeral. Sé que caminé mucho durante dos semanas; iba mucho

a ver el mar. Sé que no tenía ganas de comer ni de ver a nadie; que cada vez que sonaba el teléfono o el timbre esperaba que fuera él diciéndome que todo había sido un mal sueño. Y sé que si no le hubiera obligado a ir a trabajar esa mañana, estaría vivo.

LA BODA

Qué tarde se ha hecho. La verdad es que no me apetece demasiado ir de boda, pero Clara es mi mejor amiga, hemos pasado toda una vida juntas, buenos y malos momentos; incluso algunos dramáticos.

Ésta es una segunda oportunidad para Clara, ya que se casa por segunda vez; hace un año que se ha separado de Carlos, su amor desde que íbamos al colegio. Carlos, Marcos, Clara y yo; siempre juntos, y ahora qué distintas eran las cosas.

Me apresuro a coger el móvil que suena con insistencia.

—Dime, pesada —contesto sin mirar el número, porque ya me imagino que es Clara.

—¿Ana, dónde estás? El fotógrafo ya está aquí y ha pasado algo, te necesito.

—Ya voy. Cojo el bolso y bajo.

Yo sigo viviendo en el ático que en su día compramos Marcos y yo. Clara se trasladó al mismo edificio cuando se separó; al segundo piso, en el centro de Alicante. No sé si a partir de ahora seguiremos con nuestra rutina de comprar en el Mercado Central, que está muy cerca de casa; escoger algunos ramos de flores en la plaza y después la cervecita en las terrazas de la zona. Un ritual del que ambas disfrutamos mucho los sábados o los viernes por la mañana, dependiendo de nuestros turnos de trabajo.

Le debo mucho a Clara. Si no llega a ser por ella, probablemente no habría podido soportar la pérdida de Marcos aquel fatídico día. El peor día de mi vida. Tan repentino que no pude reaccionar hasta pasadas unas semanas.

Alejo esos pensamientos de mi mente, es el momento de pensar en cosas alegres. Mi querida amiga se casa esa misma tarde ¡y por la iglesia! Quién se lo iba a decir a ella. Lo que no hagamos por amor...

Me alegro mucho de que Clara haya conocido a Dani y las cosas les vayan tan bien, pero no puedo evitar pensar en que ahora me sentiré un poco sola. Todo entre ellos ha sido muy rápido; se conocieron en el hospital en el que ambas trabajamos.

Clara es enfermera, yo fisioterapeuta y Dani era mi paciente. Y aunque al principio hubo algunas fricciones porque, todo hay que decirlo, Dani es bastante vacilón y chulito, se enamoraron como locos y en pocos meses han culminado su locura con esta boda.

Me miro en el espejo antes de salir. He optado por un vestido de Hannibal Laguna que me ha costado un riñón, pero mi amiga se lo merece. Es de color dorado, de talle ajustado con tirante fino y una vaporosa falda de gasa; con pedrería en el corpiño y casi toda la espalda al aire, respetando así la norma no escrita: «Ni rojo, ni blanco, ni negro riguroso».

Llevo recogida la media melena rubia con una flor color púrpura —la flor del

árbol del amor— a un lado, dejando que el resto caiga en suaves ondas por mi espalda. El maquillaje, discreto, resalta mis ojos color avellana y realza mis labios gracias a un poco de *gloss* sabor y color caramelo.

Termino de abrocharme las sandalias de diez centímetros de Pura López en color carne —un caprichito de la temporada pasada—, cojo el chal púrpura y dorado y el bolso de mano, también en el mismo tono y que junto con la flor me dan el toque de color. Reviso que no me falte nada y salgo en busca de mi amiga.

Cuando llego a su puerta no tengo que llamar. Está abierta.

—Veo que hay entrada libre. ¿Dónde estás, histérica? —bromeo.

La madre de Clara sale a recibirme con cara de alivio. Es una señora de buen ver, a sus sesenta años se cuida mucho; hace yoga y natación y no deja parar a su marido. Él, que es algo mayor que ella y ya está jubilado, siempre dice que si lo llega a saber, sigue trabajando.

—Menos mal que has venido. Esta hija mía dice que no se casa por la iglesia. Que no sé qué de renunciar a sus principios, que el pobre Dani hace lo que quiere con ella. Lo ha llamado y todo para decírselo.

—¿Y qué le ha dicho Dani? —pregunto, aunque imagino la respuesta.

—Qué le va a decir... Que está loca, y que te llamara, que tú sabrías cómo ayudarla a casarse. Éste también está como una cabra; te lo digo yo, son tal para cual.

—No te preocupes, yo me hago cargo.

—Es que la ha llamado Carlos para felicitarla —me confiesa en voz baja, como si hubiera espías— y claro, se ha descompuesto. A ese chico, ¿cómo se le ocurre?

—Han pasado muchos años juntos. Se tienen cariño, Mariló, lo habrá hecho de corazón.

—Pues ha metido la pata, porque Clarita ha empezado con que «y si me equivoco otra vez», «mira que ceder en lo de la iglesia...» y todas esas pamplinas.

—¿Está en su habitación?

—Sí, pasa, pasa; que el fotógrafo está esperando. —El susodicho me dirige una mueca de fastidio sin demasiada emoción, señal de que está acostumbrado a lidiar en estas plazas, supongo.

Pobre Carlos, qué momento más difícil tiene que estar pasando. A pesar de que los dos tenían muy claro que su amor se había acabado, el sentimiento de posesión perdura en el tiempo y, como él mismo me confesó, sentía que le estaban quitando un trocito de su vida. Otra vez. Una vida que él no había conseguido rehacer; se había convertido en una cabra loca, de cama en cama, de rollo en rollo. A su manera es feliz, pero nunca hablamos realmente de lo que sintió cuando murió Marcos. No sólo yo me quedé vacía, los tres sufrimos una especie de cataclismo, yo llorando todo el día y toda la noche, Clara sin separarse de mi lado por si cometía una locura y Carlos alejándose de nosotras y de todo lo que le recordara a su amigo. Cada cual vive las tragedias a su manera.

—Princesa, ¿qué te pasa? Tienes a Dani en un sinvivir —le digo.

—¿Tú crees que estoy cometiendo un error?

—Pues la verdad es que sí.

—Lo sabía. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo se lo digo?

—Yo me refería a que las zapatillas de estar por casa no te pegan nada con el vestido de novia. —Intento restar seriedad a su crisis.

—No seas burra, esto es serio.

—No. No lo es. Son sólo los nervios de última hora. Es normal, le pasa a todas las novias; pero a tu madre le va a dar un ataque y Dani está a punto de mandarte a paseo.

—¿Y si me vuelvo a equivocar?

—¿De verdad piensas que todos los años que pasaste con Carlos fueron un error?

—No. Probablemente sólo los tres últimos.

—Pues que te quiten lo «bailao» —le digo—. Y venga, que es tarde; date la vuelta que te abroche esta marabunta de botones. ¡Dios! ¿No había más para ponerte?

—Déjame tu móvil.

—¿Para qué?

—Para llamar a Dani.

—Buena idea, así lo tranquilizas —acepto, sacando el iPhone de la cartera de mano y entregándoselo.

Marca, y mientras suena se va quitando las zapatillas para ponerse los zapatos de novia. La miro atentamente, está preciosa. Lleva un moño bajo, ha optado por peineta, y un vestido tipo andaluz de Victorio & Luchino que realza sus formas de guitarra; es una morenaza de pelo oscuro pero con los ojos verdes muy claros, parecen casi transparentes. Con una mano sujeta el móvil y con la otra se levanta el vestido. Mientras, oigo como le dice a Dani con voz amenazante:

—Oye, tú, si me haces daño, si me traicionas o me dejas, te juro que te la corto.

—Y ésta sabe cómo manejar un bisturí, te lo digo yo que la he visto —azuzo, gritando un poco para que me oiga. No sé que le contesta él, pero veo cómo se dulcifican sus gestos y ya sólo contesta, «sí, mi amor», «claro, mi amor», «yo también, mi amor»—. ¿Qué? Parece que te ha convencido, ¿no?

—¿A qué es bonito? Es que me quiere un montón. Y yo a él, la verdad, no sé por qué me he puesto así. Venga, que es tarde.

—Estás preciosa, creo que no he visto una novia igual en mi vida.

—¿Crees que Carlos estará bien?

—Hoy seguramente no, pero mañana estará mejor y pasado se habrá hecho a la idea. Y quién sabe, a lo mejor un día de éstos se deja cazar y todo.

—Es que estoy preocupada por él. Qué idiota, ¿no? Después de lo que pasó; pero es que sé que desde lo de Marcos no ha vuelto a ser el mismo. Cree que está viviendo a tope, aprovechando el tiempo, y no sabe que se está perdiendo en su absurda búsqueda de no sé qué.

Se me nublan los ojos. Las lágrimas amenazan con estropear el maquillaje. Ya

decía yo que no me apetecía mucho ir de boda, sabía que me acordaría de mi marido, lo llevo en mi corazón para siempre; no tener su presencia física me mata y en momentos como éste, realmente me desgarró. Clara me mira, se da cuenta de que ha abierto la caja de los truenos y se disculpa inmediatamente.

—Perdóname, soy una idiota. Lo siento, lo siento. Venga, vamos ahí fuera. —A punto de salir de la habitación se vuelve hacia mí otra vez—. ¿Estás bien?

—No, nunca estoy bien, pero ya he aprendido a sobrellevarlo. No te preocupes, no es culpa tuya. La culpa es de Marcos por irse cuando no le tocaba, mañana iré a verlo y le diré lo cabrón y egoísta que fue.

—Eso, así habla mi chica.

Y salimos preparadas para toda la parafernalia de las fotos, la familia, el coche...

En el coche, el padre —por tanto el padrino— y Mariló, con la novia. Yo conduzco, me ha tocado ser el chófer. Llegamos hasta la calle que da a la iglesia de la Santa Faz y paro. Todo el mundo espera a la puerta y, mientras ellos recorren la calle —Clara, radiante y feliz; la madre colocándole bien el traje y el padrino llevándola orgulloso del brazo y sin parar de llorar, y eso que la cosa aún no ha empezado—, yo me voy a aparcar el Audi A6 de su padre.

Mark la vio entrar. No podía creerlo, era la chica que tanto le gustó cuando Dani le enseñó las fotos de la barbacoa a la que a él no le había apetecido ir, ¡y bastante se arrepintió después!

Aquella chica tenía una sonrisa preciosa y salía sonriendo en casi todas las imágenes, aunque en una o dos notó un rictus como de melancolía. Tenía un cuerpo maravilloso; delgada, fibrosa, con un culo estupendo bajo aquel minibikini. Recordó que la encontró muy graciosa en la piscina infantil de plástico, y muy muy sexy.

En una foto contó siete personas dentro la piscina, en otra la chica sexy estaba mojando a Dan y a Claire con la manguera; Dan le explicó que se habían puesto besucones y que ella no se cortó, sacó la manguera y los empapó, «para enfriarlos».

—*Nos lo pasamos que te cagas y tú te lo perdiste, por memo* —le había dicho Dan—. *Además, la rubia a la que estás mirando está libre.*

—*Ya he tenido suficientes rubias en mi vida, la próxima morena* —le contestó.

—*Pues también había una morena, aunque no cocina tan bien como la amiga de Clara, que hizo un plato vegetariano que no me acuerdo cómo se llamaba, pero estaba genial.*

—*¿Vegetariano? Soy de Texas. Nada, mejor el próximo día me presentas a la morena.*

—*Tú mismo. Te presento a quien quieras, pero no olvides que has venido a recuperarte, no ha revolcarte en tu mierda.*

—*Acababa de llegar. Son más de veinte horas de viaje* —protestó Mark.

—*¿Y cuándo te ha detenido a ti estar cansado?* —le recriminó.

—*Será la edad, los treinta empiezan a pesar.*

—Pues tengo casi la misma edad que tú y no me quejo tanto —respondió Dan.

—Déjame en paz. Además, tú eres más pequeño. Siempre andabas con George y conmigo en los campamentos para poder ligarte a las chicas mayores. Te prometo que la próxima vez la liamos; si te deja tu señora, claro —le dijo para mosquearlo.

—Mi señora no se mete en lo que yo haga. Es una chica liberal y moderna. Deberías probarlo, para variar —le aseguró.

—Sí, claro, lo que me faltaba, una feminista. Anda, vamos a currar un poco. — Cambió de tema, pero en realidad él siguió pensando en la foto de la rubia de la piscina.

Y ahora ahí estaba ella, delante de él. Espectacular, sexy, femenina...

Un momento, ¿había cogido el *Marca* y bebía una cerveza —directamente del botellín—, mientras su amiga se casaba? ¡Qué raras eran las españolas!

Entonces se acordó de las palabras de Dan: «liberal y moderna». Después de todo quizá sí lo probaría. Si además le gustaran los coches y el boxeo... Le dio risa sólo pensarlo. En una ocasión le había confesado a su hermana cómo sería su ideal de mujer, ella se burló de él diciéndole que lo que en realidad quería era una versión de sí mismo con tacones y falda de tubo.

Cuando consigo dejar bien aparcado el coche me doy cuenta de que la ceremonia ya ha empezado y de que no estoy preparada para verla. Recé tanto en esa iglesia... Compré miles de estampitas, casi se convirtió en obsesión; durante dos semanas me levantaba cada día y recorría el camino que separaba mi casa del templo, entraba por la puerta lateral y me arrodillaba frente a la imagen. Ante ella rezaba todos los días esperando que todo fuera un error; que se produjera un milagro y Dios me lo devolviera, pero no pasó. Naturalmente no volvió, estaba muerto. Completamente muerto.

Suspiro y, en vez de entrar, hago lo que siempre había hecho en las bodas con Marcos, costumbre muy popular en este muy católico pero más borracho país: me dirijo al bar.

Sé que Clara me buscará con la mirada y le dolerá no verme, pero también sé que me entenderá.

Al entrar me doy cuenta de que naturalmente hay más gente de la boda, aunque no conozco a nadie; los más allegados sí están dentro. Todos menos yo.

Me acomodo en la barra y cojo el *Marca* para ojear los últimos rumores, los calentamientos prepartido y todo lo típico del fin de semana; esta tarde juega el Hércules contra el Sevilla. Ya veremos, son capaces de cualquier cosa.

—¿Qué le pongo, señorita? —me dice el camarero.

—Un quinto de Mahou bien fresquito.

—Qué, ¿de boda? —pregunta mientras me lo sirve.

—Pues sí, después de la pausa para la cervecita. No me ponga vaso, gracias.

—Mira que sois raras las españolas —escucho una voz desde el otro lado de la

barra; grave, profunda, erótica, con un casi imperceptible acento americano.

Lo primero que pienso es «¿qué te juegas a que ese pedazo de voz pertenece a un esmirriado?» y me río por dentro. No contesto, no levanto la vista del periódico, sigo a lo mío. Tengo que reconocer que sabe retirarse. No insiste, no se disculpa; lo deja estar, justo lo que yo quiero. Sigo pasando hojas y dando tragos de mi botellín, aunque me muero de curiosidad por ver el físico al que pertenece esa voz para reírme después con Clara.

¡Clara!

Es hora de entrar. Me levanto para irme, pero antes echo un vistazo disimulado al otro lado de la barra. Mierda, no está. Se me ha caído el chal. Me giro para recogerlo y noto un escalofrío en mi espalda.

—¿Me buscabas? —me dice «Voz Profunda» mientras me da el chal.

El desconocido me mira de una forma intensa. Tiene los ojos del color del chocolate, ni siquiera se distingue su pupila; la boca en una media sonrisa perfecta, en contraste con esa nariz de boxeador rota por el tabique. Menudo elemento ha tenido que ser. Tardo un minuto en responder y lo hago con cierto tono de indignación.

—Por supuesto que no le buscaba, tan sólo me iba —le digo toda orgullosa mientras cojo el chal. Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos y tengo que reconocer que he tenido que alzarla mucho.

«¡Dios! Que tío más alto, guapo, grande; cómo me pone, madre mía». Hacía tanto que no se me nublaba la vista por un tío que me he quedado sin habla, con lo aguda e irónica que suelo ser.

«Date la vuelta y vete dignamente. Vamos, que te estás poniendo roja. Corre», me animo a mí misma.

—¿Le importa que la acompañe? Creo que vamos al mismo sitio —me aclara.

—No puedo impedirle que utilice el mismo camino que yo.

—Creo que no hemos empezado con buen pie —replica mientras extiende un billete hacia el camarero.

—Cóbreme a mí también, por favor —digo yo enseguida.

—Permítame que la invite.

—No gracias, puedo pagarme mis cervezas. —«¿Pero por qué estoy tan agresiva? ¡Ah, sí, me ha llamado rara!».

—Insisto. Quédese el cambio —dice al camarero. Ya está, lo ha comprado; ahora no me cobra a mí ni de coña.

—Me disculpo por mi comentario de antes, no quería ofenderte. Mi nombre es Mark Jacob, vengo por parte del novio. —Al escuchar su nombre se me revuelve el estómago: Marc, mi Marc. Ya no tengo ganas de seguir peleando, en realidad tampoco de hablar.

—Discúlpeme, señor Jacob. Voy a adelantarme para ver el final. Adiós. —Ese adiós suena demasiado rotundo, creo.

Corro hacia la iglesia y entro esperando algo de consuelo, justo a tiempo para que

el hermano de Clara me dé arroz y su perfecta novia eterna me dé pétalos de rosas.

—¿Dónde estabas? —me dice Rocío, que es la novia eterna—. Casi te lo pierdes todo. Ven, pongámonos cerca para cuando salgan. —Obedezco como una autómatas, en realidad no me estoy enterando de nada. Los veo salir tan felices, que se me va pasando la ansiedad.

Me dejo llevar por el bullicio; tiro arroz y pétalos, doy besos y abrazos, felicito a los novios y el Audi vuelve a su legítimo dueño.

Ahora Clara y Dani están preguntando quién me lleva al convite, cuando «Voz Profunda» aparece detrás de mí, extendiendo la mano hacia Dani.

—Enhorabuena, Dan. Claire, paciencia con él —le dice mientras le besa la mano.

—¿Por qué en España no existen caballeros como tú? —acepta el cumplido Clara, mirando a su ya marido.

—Porque las españolas como nosotras les parecemos raras a los caballeros como él —contesto yo. Clara me mira con cara de «¿Tú estás loca?» y Mark se dirige a mí.

—¿Cuánto tiempo más vas a estar castigándome por eso?

—No le castigo, expongo un hecho.

—Podríamos tutearnos —me sugiere.

—En realidad preferiría que no, señor Jacob. —Me doy cuenta de que Clara y Dani nos están mirando con la boca casi tan abierta como los ojos, intentando no perder el hilo de la conversación, mientras saludan y besan a diestro y siniestro.

—Ya lo tengo —interrumpe Dani—. Mientras nosotros vamos al rollo ese de las fotos... ¡Ay! —Ha recibido un codazo de Clara—. Al superentretenido momento «fotos inolvidables», quería decir, ¿por qué no la llevas tú al convite? ¡Ay! Y ahora, ¿por qué? —pregunta Dani al recibir mi pisotón.

—Creo que ése es por mí —le contesta Mark con una sonrisa ladeada. «Dios, qué sonrisa». Me coge autoritariamente del brazo—. No os preocupéis, yo la llevaré y no me separaré de ella hasta que volváis.

—En realidad preferiría que no —contesto.

—Tiene usted un vocabulario muy reducido, señorita...

—Ana. Se llama Ana —se adelanta Clara, que ha visto cómo me salían chispas de los ojos mientras tiraba del brazo para deshacerme de su mano. Mi amiga me pasa un brazo por los hombros y me lleva a un lado—. ¿Qué es lo que pasa? Mark es un tío encantador, normalmente; a lo mejor es como en el instituto y resulta que le gustas.

—Mark. Se llama Mark, pero éste es idiota aunque está muy bueno. Será por eso que es tonto —respondo.

—Oye, todos los que están buenos no son idiotas, mira a Dani.

—Sí claro, Dani no cuenta. Y no decías eso cuando lo conociste.

La verdad es que el flamante marido de mi amiga es un hombre muy guapo. El color del cabello es rubio muy claro, casi blanco, como las cejas; los ojos no sabría decir si son grises o azules porque depende de la luz que le dé. Tiene un físico imponente, es bastante alto, aunque no tanto como Mark, y es más espigado.

Musculoso, pero no ancho, más bien esbelto, y siempre está sonriendo porque sabe que tiene una sonrisa cautivadora. Esos dientes montados le dan un toque de chico travieso irresistible. Cuando sonrío, sólo Clara es capaz de decirle que no.

—Pues he terminado casándome con él, así es que toma nota. Mark es el jefe de Dani y de momento tienen buen rollo, por lo que no hagas feos al gran jefe y pórtate bien sólo por unas horas. ¿Vale?

—Pero se llama Mark.

—Pero no es tu Marc, además puedes seguir llamándole señor Jacob.

—De acuerdo, pero me debes una.

Levanto la vista y le veo mirándome fijamente. Me estremezco, tiene una mirada muy intensa de ojos oscuros ligeramente achinados, labios gruesos pero no demasiado, pelo castaño algo largo y lacio que le cae en mechones hacia los ojos. Siento unas ganas casi irrefrenables de acercar mi mano y apartárselos... Despacio... Muy cerca de él... «Déjalo ya», me ordeno a mí misma. ¡Qué sexy es el idiota! Está apoyado contra la fachada con las manos en los bolsillos; el traje le queda a la perfección, parece parte de él. Creo que lo estoy mirando más de la cuenta porque ha puesto sonrisa de satisfacción. Cuando vuelvo la vista hacia Clara ya ha desaparecido, rodeada de una multitud. «Está bien. Ánimo, tú puedes con ese gringo», me digo. Me dirijo hacia él con paso lento.

—¿Nos vamos? —le propongo con un tono algo altivo.

—¿Así? ¿Sin más?

—¿Qué más quiere? ¿Un telegrama?

—¿Qué tal una disculpa?

—¿Yo disculparme...? ¿Por qué?

—Ok, está claro que no hay disculpas, señorita...

—Cruz.

—Señorita Cruz, tal vez ahora yo no quiera llevarla.

—Bien, no puedo decir que haya sido un placer.

—Eso se puede arreglar.

—Adiós —le contesto con sequedad, dándole la vuelta.

—Espera, era broma. ¿Pero dónde te has dejado el sentido del humor, mujer?

—Me lo han agotado los engreídos como tú.

Mark se dio cuenta de que ella se estaba enfadando de verdad. Parecía más divertida en las fotos, así que decidió aflojar antes de que lo mandara al cuerno.

—Tregua, ¿ok? —me dice, cogiéndome del brazo y obligándome a volverme hacia él. De repente me está mirando con ojos tiernos, casi suplicantes, y ese tacto de su mano fuerte, grande pero a la vez suave... Noto que me ablando.

—Ok —acepto. Me pasa el brazo por la espalda para enlazarme por la cintura y noto un escalofrío que me sube hasta el cuello. Rápidamente se quita la chaqueta, me la pone por los hombros y vuelve a cogerme.

Mark sintió una descarga eléctrica y su mente se llenó de imágenes lujuriosas. Si

le ocurría aquello con un simple roce, el sexo con ella sería... El sexo siempre le metía en problemas, sería mejor relajarse.

EL CAMINO

Enseguida llegamos al coche, que está aparcado muy cerca. Un Jaguar, cómo no; un modelo XJ —yo diría que de este mismo año—, precioso, la verdad. Se acerca a la puerta del acompañante y la abre. Sin mando a distancia, sin llave, sin tarjeta; llave inteligente, en cuanto te acercas la detecta y se desbloquea directamente el cierre centralizado. Una vez que me acomodo y me pongo el cinturón, él cierra la puerta y se dirige hacia la del conductor. Entra, se asegura el suyo y nos ponemos en marcha.

Estoy maravillada, me siento flotar. Espacioso, asientos de piel, un montón de lucecitas y botones, el salpicadero negro con algunos toques en madera, música clásica de fondo.

—¿Las Polonesas?

—Sí, ¿te gusta la música clásica?

—Sí. Musicalmente tengo una mente muy abierta, desde la ópera hasta el rap, pero lo que escucho más habitualmente es *rock*, *jazz* y música clásica.

—¿Y flamenco?

—También. Tanto el clásico como el de fusión.

—Algún día podrías llevarme a ver algún espectáculo.

—Típico guiri.

—Sé que me estás insultando, pero sigo queriendo ir.

—Claro, y después una corrida.

—¿De qué tipo? —me dice sonriendo de forma seductora.

—¡Ja!

—No, lo del toreo no me llama, me da un poco de grima; como soy guiri...

—No a todos los españoles nos gustan, ¿sabes? Te lo he dicho porque es lo típico de un guiri, Hemingway hizo mucho daño.

Veo cómo sonrío. Aunque parece mentira, estamos disfrutando de la conversación.

—¿Eres norteamericano?

—*Culprit*. —Le gusta hablar con ella así; relajados, cómodos.

—Sureño, ¿verdad?

—De Texas.

—Ya me parecía a mí.

—¿Porque hablo bien español?

—En parte. —Lo cierto es que es porque tiene una forma de comportarse que me recuerda a los tejanos que describe Lisa Kleypas en sus novelas; pero eso no se lo digo, claro.

—Mi madre era andaluza y yo estuve en un internado en Madrid desde los doce hasta los diecisiete, por eso hablo tan bien español; además de que en Texas hay

muchos hispanoparlantes.

Me relajo en el comodísimo asiento. El coche va suave y empiezo a notar cómo me destenso y me atrevo a indagar más.

—Y siendo tu madre andaluza, ¿nunca has visto un espectáculo flamenco?

—No. He ido a Granada muchas veces, incluso pasé algún verano allí, pero nunca ha sido posible.

—Si alguna vez vamos juntos a Granada te llevaré al Sacromonte para que te saquen los cuartos como a un buen guiri. Aunque la verdad es que es muy chulo, muy racial, a pesar de que se parezca poco a las pelis de Ava Gardner.

—Ya imagino. El fin de semana que viene lo tengo libre y todavía estaré por aquí. ¿Y tú?

—Jacob, estaba bromeando.

—Yo no. Mi nombre es Mark; Jacob es mi apellido.

—Lo sé.

—Pues llámame Mark.

—Preferiría no hacerlo.

—¡Ah! *Your favorite phrase.*

—Hacía mucho que no la decía. ¿Te importaría hablar en español todo el tiempo?

—*You understand me, ¿yes?*

—No te entiendo en absoluto —se ríe. Tiene una risa preciosa, contagiosa. Yo también me río—. ¿Es diésel o gasolina? —le pregunto cambiando de tema.

—¿El coche?

—No, tu aparato locomotor. Por supuesto que el coche.

—Eres una graciosa, ¿eh?

—¿Y bien? —insisto, pasando por alto su calificativo.

—Gasolina.

—Um, gasolina... Cambio manual, de 0 a 100 ¿en cuánto? ¿Cinco segundos?

—Cinco coma siete. Éste no es el sobrealimentado —responde, mirándome con curiosidad.

—¡Mira la carretera!

—Tranquila, perdona.

—¿Trescientos ochenta caballos? —insisto en las cualidades técnicas del Jaguar.

—Trescientos ochenta y cinco.

—¿Y consume?

—Algo más de once litros a los cien.

—¡Ummmm! —se me escapa un profundo suspiro. Me encanta—. Me encanta este coche.

Mark está a punto de reventar. No puede evitar pensar si durante un polvo también suspirará así. Si Ana supiera cómo le ha puesto se sonrojaría o le daría una hostia, pero era mejor guardarse esos detalles para sí mismo. Sonríe ante sus pensamientos. En algún momento tendría que preguntarle si le gusta el boxeo porque,

de ser positiva la respuesta, le pediría matrimonio. Dudaba de que cuando le dijera a su hermana que había conocido a la mujer de sus sueños, le creyera.

—Me parece que te has enamorado.

—Puedes estar seguro —confirmo.

—Nunca había conocido una chica a la que le gustasen los coches, los deportes, la cerveza y el *rock*.

Al escucharle recuerdo cuando Marcos y yo veíamos a los de *Top Gear* analizando coches y destrozando caravanas; los partidos de fútbol en el campo y en el bar de las rusas las múltiples subidas a Primera del Hércules de Alicante, aquella visita al Bernabéu; el mejor partido de tenis de la historia, entre Nadal y Federer; los torneos de boxeo de nuestro amigo Juan; los cubos de cerveza y cacahuets compartidos en el As de Pikas mientras escuchábamos buen *rock*; las partidas de póker... Aparto los recuerdos de mi mente porque me están dando ganas de empezar a ser borde otra vez.

—Entonces es que no has conocido a muchas —replico cortante.

—Créeme, sí. He conocido a muchas.

—Vacilón.

—No estaba presumiendo.

Cierro los ojos y me quedo en silencio. No quiero hablar, prefiero refocilarme en mi dolor.

El convite es en El Çigró, un restaurante de Torrellano situado en el polígono donde está el hospital en el que trabajamos Clara y yo y las oficinas de comercio internacional en las que trabaja Dani —y parece ser que también Mark, aunque no lo haya visto nunca—. Normalmente en este restaurante, que es muy bonito y acogedor, no se dan bodas, pero hemos establecido cierta amistad con Jose, el dueño, y se ha encargado de preparar una celebración impresionante: ha montado el salón y una fiesta con música hasta las cuatro; chocolatada y autobús para el regreso a casa. Luego, al día siguiente, el autobús nos recogerá a la una y nos llevará a buscar los coches. Los novios, en cambio, se quedan en el hotel del polígono. Buen plan. Lo que no se le ocurra a Clara...

—¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades? —me dice Mark, interrumpiendo mis cavilaciones.

—Puedes preguntarme lo que quieras, lo que no puedo es asegurarte que no me enfadaré —respondo muy digna.

—Ok, es lógico. Me arriesgo: ¿Por qué te he caído tan mal?

—Porque me has llamado rara sin conocerme, porque te has puesto pesado, porque te has comportado como un arrogante y un engreído... ¿Sigo?

—No, por favor, mi ego ha quedado muy maltrecho. ¿Me dejas que me explique?

—Claro.

—Me ha parecido raro ver a una chica tan preciosa y elegante bebiendo cerveza y leyendo un periódico deportivo, sola, mientras su amiga se está casando.

—Ya.

—¿Y?

—Y, ¿qué? ¿Querías explicarte tú, o lo que pretendes es que me explique yo? Porque yo no tengo que justificarme ante nadie desde hace mucho tiempo, y menos ante un desconocido. ¡Y mira la carretera, que no quiero estamparme!

—Ahí está mi machote. Llevaba mucho tiempo calladito.

—Le he prometido a Clara que intentaría ser amable, pero me lo pones muy difícil. ¿De verdad quieres empezar otra vez? ¿No podemos tener un viaje tranquilo?

—Perdona, es que es divertido picarte —responde, mirándome con una sonrisa burlona.

—Jacob, que no quites los ojos de la carretera, ¡copón!

—¿Copón?

—Es un taco.

—Vaya taco. Un copón es una copa grande.

—Vale. ¡Joder!, ¿te gusta más?

—Me encanta, en realidad.

—No seas grosero. No te pega.

—Ah, ¿no? Después de todo lo que me has llamado antes, yo diría que sí me pega.

—Pero eres un caballero sureño. Los caballeros del Sur no son groseros con las chicas.

—Si tú supieras...

—¿Estás casado? —pregunto de repente. Me sale sin querer, sin avisar, y rápidamente me arrepiento, pero disimulo.

—¿Te parece que estoy casado?

—A mí no tiene que parecerme nada, sólo era una pregunta para cambiar el rumbo de la conversación.

—No. No estoy casado. ¿Y tú? ¿Hay algún valiente capaz de lidiar contigo?

—Yo... no. Supongo que no estoy casada.

—¿Supones? ¿Separada? No me digas que he vuelto a meter la pata.

—No, no, tranquilo. Quería decir que no, que no estoy casada —respondo mientras me acaricio el anillo; de lo que se da cuenta. ¡Qué manía de quitar la vista de la carretera!

—¿Y la alianza?

—Es un recuerdo —contesto—. Por fin hemos llegado. ¿Sabes ir al restaurante, o te guío? Porque no me acuerdo del nombre de la calle para el Tomtom.

—¿El tontón?

—El GPS.

—¡Ah! —y se ríe con una carcajada sincera de mi broma simplona. Eso hace que me guste aún más.

«¿Cómo que aún más? ¿Estás loca? Este tipo no puede gustarte», me digo a mí

misma, intentando convencerme.

—No te preocupes, sé llegar, pero ¿quieres conducir tú hasta el restaurante?

—¿En serio?

—Adivino el deseo en tu mirada y, puesto que está claro que no es por mi aparato locomotor, digo yo que será por el coche. ¿Te apetece llevarlo?

—Sí, por favor...

Para, apartándose a un lado de la calzada, ya dentro del polígono, que como es sábado por la noche, está vacío. Aún no he terminado de quitarme el cinturón cuando ya está abriéndome la puerta. ¡Qué habilidad tiene! Me tiende la mano para ayudarme a bajar, e iba a replicarle alguna bordería, pero cambio de opinión y me dejo mimar. Me acompaña al asiento del conductor y, una vez que me he acomodado y puesto el cinturón, se agacha a mi lado para explicarme cómo van las luces, los intermitentes...

«Umm, ¡qué bien huele! A madera con algo más... No sé, no lo identifico». No he escuchado nada. Se mueve despacio, demasiado cerca, impregnándose de ese aroma suyo. Puedo notar su aliento, su respiración algo agitada cuando su cara está a la altura de la mía. Me mira directamente a los ojos, como antes, cuando estaba apoyado en la fachada de la iglesia; tan profundamente...

Me aparta un mechón de la cara y lo pone con cuidado detrás de mi oreja, luego aleja la mano dejando que sus dedos me acaricien mientras los retira. Me estremezco otra vez.

—¿Todavía tienes frío? —pregunta con voz ronca.

—Eh... Un poco. Será mejor que subas, o al final van a llegar los novios antes que nosotros.

—Sí, claro.

Le escucho aclararse la garganta con un leve carraspeo mientras se incorpora dando un paso hacia atrás. Cierra la puerta y se dirige a su asiento; sube, se abrocha el cinturón y, cuando va a explicarme cómo van las marchas, salgo chirriando ruedas.

—¡Eh, loca! ¡Que es mi coche! —se queja, enfadado.

—Vamos, pon un poco de aventura en tu vida. ¿No te gustaba el machote que llevo dentro?

—Prefiero a la mujer dulce y femenina que pareces desde lejos.

—¿Estás seguro? —le reto.

—¿Es que no sabes que para un hombre no hay nada más importante que su coche?

—Salvo, quizá, su mujer.

—Ya, pero yo no tengo mujer. ¿O te estás ofreciendo como candidata al puesto?

—Ni se me ocurriría. No te preocupes, que no maltrataré más a *Jag*.

—¿Le acabas de poner nombre a mi coche?

—¿No te gusta?

—Un poco simple y muy evidente.

—Es que yo soy simple —replico muy convencida, a lo que él me responde con

una sonora carcajada.

—Es ahí enfrente. Aparco aquí.

—Prefiero aparcar yo, si no te importa. —Aún no he terminado de decirlo y ya estoy haciendo la maniobra; a la antigua usanza, pasando de la guía—. ¿Ves, miedica? En su sitio, ningún arañazo. Creo que a *Jag* le gusto yo más que tú.

—No lo creo, pequeña. —«¡Cómo no...!». En lo que tardo en coger mi cartera, él ya está junto a mi puerta, abriéndola. Tanta caballerosidad me está empezando a poner enferma.

Mark no ha podido evitar llegar a temer por la integridad de su *Jag*, como ella lo ha llamado, y por la intensidad de sus reacciones. No podía creerse cuánto le gustaba esa chica.

—No hace falta que me abras la puerta cada vez que entre o salga; sé abrirla sola —protesto.

—Y tampoco quieres mi chaqueta, claro. Lo digo porque otra vez tienes escalofríos...

«Sí, pero no es de frío». El contacto de su mano al ayudarme a bajar, el roce de nuestros cuerpos al salir del coche, ha hecho que me estremezca una vez más.

—Debo estar incubando algo —respondo.

—¿Deseo, tal vez? —Parece que se ha dado cuenta. Intento disimular atacando.

—¿Tienes ya en la lista «presuntuoso»?

—No, ése es nuevo.

—¡Presuntuoso! —confirmo.

—Veo que no lo niegas...

—La verdad es que sí hay alguien en mi vida. Hace tiempo que no le veo y probablemente le veré esta noche, pues...

—Lo dices para ponerme celoso, mentirosa.

—No seas ridículo. Acabamos de conocernos y no nos llevamos precisamente bien.

—Dicen que ésos son los mejores polvos —dice provocativamente. En un segundo decido que la mejor forma de fastidiarle es hacer caso omiso de su comentario.

—Ya hemos jugado suficiente. Ten tu chaqueta, gracias por traerme y que te diviertas; ahora voy a socializar.

Me pongo de puntillas, le aferro por la corbata para tirar de él hacia abajo y le planto un beso ligero en los labios. Acto seguido me doy media vuelta, muy digna, y entro en el restaurante contoneándome cuanto puedo, consciente de su mirada fija en mí y, más exactamente, en mi trasero.

Mark tomó inmediatamente una decisión: si le gustaba jugar iban a hacerlo y él iba a pasárselo muy bien. ¡Qué demonios!, le había besado y se había contoneado para él... Durante el trayecto al restaurante había estado observándola y le hacía mucha gracia la forma en que se mordía los labios; le encantaba cómo se los

humedecía. Y aquellos escalofríos, por no mencionar el espectacular trasero. Supo que tenía que conseguir tener ese trasero en sus manos. «Sí, otra vez rubia». ¿Qué podía hacer? Era una debilidad.

EL CÓCTEL

Si apenas ha sido un roce, ¿cómo es posible que me tiemblen las piernas? Dudé entre la mejilla y los labios, pero no quería quedarme con las ganas, la verdad; aunque ahora lo que tengo es ganas de más. «¡Clara! Clara, no tardes; te necesito».

Veo a nuestros compañeros del hospital que han ido directamente al convite, y me dirijo hacia ellos. Nos saludamos y, rápidamente, Lucy y Raquel me acorralan, acribillándome a preguntas.

—¿Quién es ése? —me pregunta Lucy. Y sin darme tiempo a contestar, me aborda Raquel.

—¿De dónde lo has sacado, tía?

—Está buenísimo —dice Lucy. Lucy es de Nueva York, vino para un intercambio de profesionales que patrocinó el hospital, pero terminó quedándose.

—¿Hace mucho que estás con él? —insiste Raquel, que es mi auxiliar.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —Lucy es una curiosa.

—¿Tiene hermanos? —quiere saber Raquel, que va a lo suyo.

—¡Parad, vale! Es el jefe de Dani. No tengo ni idea de dónde ha salido. Sí, está buenísimo, pero no salgo con él porque lo he conocido esta tarde. Y no tengo ni idea de si tiene hermanos; pero podéis ir a por el original porque no me interesa. ¿Ok? —«¿He dicho yo “ok”?».

Desvío la vista hacia la barra, que es el lugar en donde convergen las miradas de mis amigas, y allí está él, con una copa de cava en la mano, hablando con una mujer alta, guapísima, delgadísima, elegante... El tipo de mujer con el que sale un hombre como él. «¡Qué idiota! Y pensar que he sentido cierto poder al plantarle el beso en los morros».

—Te hemos visto llegar con él y besarle —me recrimina Raquel.

—Ha sido un beso de amigos nada más. —«¡Mentirosa, vas a ir al infierno como sigas así!», me digo a mi misma.

De repente nuestras miradas se cruzan y él me saluda con una inclinación de cabeza a la vez que levanta su copa. La mujer que lo acompaña reclama su atención tirándole de la mano hacia abajo mientras dirige una mirada intrigada hacia mí. La chica resopla y se vuelve de nuevo hacia Mark.

¿Qué significa eso? ¿Tan insignificante le parezco que no me lanza ni una mirada de desprecio? ¡Un soplido! Eso es todo lo que merezco como competencia. Un momento, ¡estoy celosa!

—La tía con la que está, ¿la conocéis? —pregunto.

—Es esa doctora rusa, la dermatóloga. Ha venido con Juan —nos informa Raquel, que siempre lo sabe todo. Juan es un médico de la UCI muy amigo de Clara, un poco tímido y no muy agraciado físicamente.

—Vaya pareja: el mojigato y la comehombres. Cosas más raras se han visto — comenta Lucy.

—No seas mala, que Juan es un encanto —la reprendo. Noto un escalofrío en el cuello y echo de menos la chaqueta de Mark, con ese olor a madera y no sé qué más. «¡Vaya noche! ¿A que al final me resfrío de verdad?». Pero enseguida me doy cuenta de que no estoy rememorando el olor de su chaqueta, lo estoy oliendo. Y por la cara de mis compañeras sé que acierto. Acto seguido noto el tacto de su mano en mi espalda desnuda, está pegado a mí; se inclina y me besa en el hombro. «A ver cómo les explico ahora a éstas eso de que no hay nada entre nosotros».

—Señoritas, mi nombre es Mark Jacob —dice extendiendo la mano hacia mis amigas, que lo están mirando con la boca abierta. A un par de metros, el resto de los compañeros contemplan la escena con curiosidad. Incluso Raúl, un médico con el que tuve un rollo corto y desastroso a los seis meses de morir Marcos; él, a la curiosidad une la rabia.

—Ellas son Lucy y Raquel, compañeras y amigas del hospital —las presento, sin saber todavía muy bien cómo reaccionar ante este nuevo movimiento de nuestra partida particular.

Lucy y Mark se ponen a hablar inmediatamente de su patria; de dónde es cada uno, por qué están en España... Ese tipo de conversación.

La verdad es que me gusta estar así, sentir ese calor a mi lado me trae recuerdos. Y todo se nubla. Deja de gustarme. Me molesta, me siento mal; como si estuviera traicionando a Marcos, pero ¿por qué? He tenido un par de relaciones después de su partida, aunque en ninguna conseguí sentir nada. ¿Será porque, en sólo unas horas, este tipo me ha provocado tantos escalofríos como mi Marc? Rápidamente borro ese pensamiento de mi mente, nadie me va a hacer sentir nunca como Marcos. Noto que me tensó, y Mark también debe de haberlo notado porque me deja un poco de espacio y retira su mano de mi espalda, momento que aprovecho para cogerlo de la manga.

—¿Nos perdonáis un momento, chicas?

Sin esperar que contesten, tiro de él hasta un rincón solitario.

—Oye, todo esto ha sido divertido, pero se acabó. ¿Vale? —le digo con tono de fastidio.

—Has sido tú la que ha traspasado la línea cuando me has besado, ¿recuerdas? — responde. Parece que está enfadado o confuso, no sabría decir, pero me da igual, yo ya he tomado mi decisión: el juego se acaba aquí y ahora.

—Eso no ha sido un beso. —Él me mira enarcando las cejas—. Vale, lo ha sido, pero muy leve; apenas un roce. Si ni siquiera lo habrás notado, yo...

—Créeme, lo he notado —me interrumpe.

—Vale, pues estamos en paz. Se acabó aquí y ahora. ¿Ok?

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no estoy de acuerdo.

—Pues vas a tener que aguantarte, grandullón.

—Eso ya lo veremos, pequeña.

—¡Vete a la mierda!

Me está mirando furioso, no sé qué pasa por su cabeza pero nada bueno. Instintivamente doy un paso atrás y me choco contra Raúl.

—¿Todo en orden? —me pregunta éste, sin dirigir siquiera la mirada hacia Mark, que está cuadrando la mandíbula y aprieta los puños. Creo que me he pasado mandándolo a la mierda y me parece que la intervención de Raúl lo enfurece aún más.

—Sí, sí, pero me apetece una copa de cava, ¿me acompañas? —pido a Raúl mientras le cojo del brazo y me doy la vuelta, dejando allí plantado a un toro bravo teitano. Pero me doy perfecta cuenta que, al hacer eso, no sólo no he terminado con el juego, sino que he doblado la apuesta.

Y cuando apenas hemos dado unos pasos, se escuchan los acordes de la marcha nupcial. ¡Por fin! Llegan los novios, ya podemos sentarnos todos en nuestras mesas; yo con la gente del hospital y el maldito sureño con los de la empresa de Dani. Con un poco de suerte me escabulliré a mitad del baile. «¡Oh! ¿Cómo voy a volver a Alicante? Bueno, siempre puedo quedarme en el hotel o dormir en el hospital». Intento recordar quién tenía turno de guardia en la UCI. Sí, María Luisa me dejará dormir en algún box.

Mark no daba crédito a sus ojos. No podía evitar pensar que Ana estaba loca, era bipolar o algo por el estilo, porque cuando todo parecía ir bien y era divertido, ella de repente decidió retirarse del juego. Incluso durante un momento había creído ver celos en su mirada mientras él hablaba con la otra chica, pero acto seguido, tuvo aquella explosión; así, sin más... Se le revolvieron las tripas al mirar hacia el idiota que la acompañaba. Su mente trabajaba a mil por hora. ¿Sería verdad lo que le dijo en el coche? ¿Estaría pensando en ése cuando le daban los escalofríos? El sentido común le decía que no podía meterse otra vez en algo tan complicado. No estaba preparado, la última vez había perdido demasiada energía; Caroline lo había dejado seco.

Pero cuando había visto a Annie en el bar le pareció que volvía a sentir. Incluso en estos momentos, lo que quería era romperle la cabeza al idiota aquel que miraba con ella la colocación de las mesas. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no liarla en la boda de su amigo, en otras circunstancias le habría partido la cara. El otro hombre había hecho el papel de santo protector, pero él sabía que en realidad estaba marcando su territorio. Debería haberle dicho que se largara, que ahora estaba con él. De todas formas, Mark ya sabía con quién iba a sentarse Annie durante la cena. Quisiera ella o no, el juego continuaba, pero primero pensaba hacerla sufrir un rato y luego demostraría a ése por dónde se pasaba él su marca al final de la noche.

LA MESA

Todos aplaudimos la llegada de los novios. Cortan la cinta, beben cava... Paquete de boda completo. Ya es hora de sentarse. Me dirijo hacia el panel indicador con Raúl para ver dónde está nuestra mesa. «A ver... ¡Nooooo! ¿Pero qué ha hecho la loca esta con la distribución? ¡La mato, yo la mato!». Ha dispuesto una mesa para el hospital y otra para la oficina de Dani, pero los amigos más íntimos de ambos estamos juntos en otra más pequeña. Y entre ellos está Mark.

—Pues parece que nos veremos en el baile —me dice Raúl.

—Sí, eso parece. —Me da un tierno beso en la mejilla y se va a su mesa. Yo miro hacia donde tengo que sentarme, él todavía no está allí, sólo está ocupada por Esther, que es una amiga de la infancia de Clara, y su marido. También están ya Leo y Richi, amigos y compañeros del hospital, pero quedan aún cuatro asientos libres. Ya lo tengo, les diré a Leo y a Richi que me dejen sentarme en medio, por una noche no se van a morir. Cuando me decido noto su presencia, ese aroma. Pasa a mi lado sin molestarse en mirarme, sin un roce ni una insinuación, nada. Es curioso, siento como un vacío en el estómago.

Se sienta dejando un asiento libre entre él y Leo y dos entre él y Esther. Yo me acerco, saludo y, naturalmente, me siento lo más lejos posible; al lado de Esther.

—¿Por qué no te sientas a mi ladito? —me pregunta Leo—. Hace por lo menos dos días que no cotilleamos. Venga, siéntate aquí.

—No, esta noche cotillearé con Esther —le contesto. Mark nos observa, ahora parece que divertido, pero no dice nada. Se acerca a la mesa otra pareja que saluda a Mark con abrazos y se presenta. Son amigos de Dani desde que un verano hicieron un campamento de arqueología en Granada; parece que Mark también estuvo en él, según comentaban tenían unos quince años.

«Con que su jefe... Esta Clara es una tramposa. Su amiguito del alma, es lo que es. Claro, al que invitó a la barbacoa y no vino porque estaba cansado del viaje».

—Mark, ¿por qué no te haces a un lado para que Jorge y yo nos podamos sentar juntos?

—Claro, perdona, Nat.

«Natalia», supuse. Caí en la cuenta de que Mark americanizaba todos los nombres: Dan, Claire, ahora Nat. También me di cuenta de que no le había escuchado pronunciar el mío. ¿Seré Hana? Tal vez Anne.

Hace amago de moverse hacia mi lado, pero al final se sienta al lado de Leo. Yo no sé si me alegra o me disgusta su elección, ahora me pasaré toda la noche entre un perfecto desconocido y Esther, la pusilánime. Por un momento me pregunto cómo habría ido la velada entre Leo y Mark; aburrida no, seguro. Nada, ni una mirada. «¿Ha dado por terminado el juego de verdad? ¿Se está haciendo el duro...?». Clara

interrumpe mis pensamientos. Se acerca a la mesa y me coge de la mano.

—Acompáñame al baño a quitarme el velo antes de la cena. —Y tira de mí suavemente.

—Disculpadme —digo. Y, naturalmente, como no podía ser de otra manera, Mark se levanta en cuanto yo abandono la silla.

El chico que está a mi lado hace lo mismo. «Éste también es guiri», pienso. Entonces, más por orgullo que por otra cosa, el marido de Esther y Richi se levantan también.

—Yo soy más bien señora, así es que no me levanto —se disculpa Leo. Todos sonríen y Clara y yo nos vamos hacia el baño.

Tan pronto desaparecieron del salón la novia y su amiga, Dan se acercó a la mesa que ellas acababan de abandonar y, tras saludar a todos, se inclinó entre Mark y Leo para hablar con su jefe.

—Oye, ¿cómo va todo?

—Bien, ¿y tú? ¿Qué tal tu *Gran Día*?

—Sería el hombre más feliz del mundo si el capullo de su ex no llevara todo el día jodiendo —confesó.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha vuelto a llamarla?

—Sí. Y no se lo he dicho a Clara, pero cuando salíamos de la iglesia lo he visto al fondo de la calle.

—¿No jodas?

—He convencido a Clara para que apague el móvil. Espero que el tío no siga con esto, porque si lo hace voy a tener que hacerle una visita.

—Aquí me tienes para lo que haga falta; pero, si le zurrarnos, Clara se va a enfadar contigo en vez de con él.

—Ya. Pero lo que no sé es cuánto más voy a poder aguantar al capullo ese. Y cambiando de tema, ¿te has ligado ya a Ana?

—Yo diría que no —respondió Leo por él.

—¿Se resiste a tus encantos? —dijo Dan.

—No me avisaste de que está loca —contestó Mark.

—Oye, no hables así de mi amiga aunque sea verdad —le regañó Leo.

—Pero es que es una tarada. Cuando pienso que es una chica alegre y divertida, algo pasa por su hermosa cabecita y se vuelve arisca e insoportable. —Leo y Dan se miraron con complicidad. Mark tuvo la impresión de que guardaban algún secreto—. De todas formas, no soy su persona favorita. ¿Podemos dejar ya esta reunión de chicas?

—Alguien debería decirle a este pobre lo de Ana —intervino Richi—. Y tú no te preocupes por Carlos, hablaré con él. —Los tres le miraron con cara de sorpresa.

—Así es mi chico: no habla, sentencia —comentó Leo, orgulloso.

—Sólo es mi opinión.

—¿Qué es lo que deberíais decirme?

—Ana estuvo casada. Su marido murió en un accidente de tráfico; un conductor se distrajo y chocó contra él de frente —le contó Dan—. Desde entonces, las relaciones con los hombres en plan... ya sabes, no son su fuerte.

—¡Joder! —fue todo lo que pudo decir.

—Además, se llamaba Marcos. Como tú —apostilló Richi.

—Yo soy Mark —replicó a la defensiva.

—En español es lo mismo y tú lo sabes —dijo Dan.

—¡Joder! Ahora entiendo algunas cosas. He metido mucho la pata, no sé si podré arreglarlo.

—Venga, machote, seguro que puedes —le animó Leo.

—Me voy a la mesa, que ya vuelven —zanjó la conversación Dan—. Y pórtate bien con ella, porque si me llevo una sola bronca de Clara por tu culpa, te reviento. Quedas advertido.

CONVERSACIONES EN EL BAÑO

En cuanto entramos al baño Clara me coge de las manos, me las aprieta fuerte y me dice:

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal con Mark?

No salgo de mi asombro. ¿Lo habían planeado?

—¿Cómo dices?

—Vamos, no te guardes nada, cuenta. ¿A que es majo?

—No. Es un chulo, arrogante y presuntuoso. Nos hemos caído como el culo.

—No seas grosera. Pero no lo entiendo, Dani y yo hemos hablado cuando estábamos haciendo las fotos y los dos hemos estado de acuerdo en que hacéis muy buena pareja.

—Pues os equivocáis, ahora mismo ni siquiera me dirige la palabra.

—¿Qué le has hecho? —me recrimina.

—¿Yo? ¿Y por qué he tenido que ser yo?

—Porque te conozco. En cuanto hayas pensado en Marcos habrás querido joder el buen rollo.

—Que sepas que en ningún momento ha habido buen rollo —le miento.

—Entonces, ¿por qué ahora de repente no te habla? Hace un rato, en la iglesia, sí te hablaba. Digo yo que no habréis venido todo el camino sin decir ni «mu».

—Vale, deja ya el tercer grado y cuéntame qué tal tú.

—Casa, fotos, parque, fotos, beso, fotos, familia, fotos, banquete, fotos, lazo y cava, fotos, baño, amiga, respuestas.

—Está bien. Enfado, tregua, conversación ligera, bromas, cabreo, coqueteo, olor ¡umhhh a madera y no sé qué!, escalofríos, yo llevo su coche, más bromas, doy por terminado el jugueteo, le beso en los labios, mujer rubia alta, me duele la tripa, me besa en el hombro, me acuerdo de Marcos, lo mando a la mierda, Raúl, Mark se enfada mucho, nos toca en la misma mesa, tú estás idiota, ahora no me habla, fin.

Clara se sienta en un water con la boca abierta.

—Dios, ¿te ha dejado su coche?

—¿Estás tonta? ¿Eso es lo que te llama la atención?

—Sabía que en algún momento habría buen rollo, ya en la discusión en la puerta de la iglesia se notaba la tensión sexual. Y, por supuesto, sabía que lo joderías en cuanto te acordases de Marcos; pero tú no sabes cómo es Mark con su coche. ¿Y qué pinta Raúl en todo esto?

—Apareció cuando mandé a la mierda a Mark.

—¿Lo mandaste a la mierda literalmente?

—Sí.

—Pero ¡cómo puedes ser tan burra!

—Le dije que se había acabado la tontería, y él erre que erre, que no estaba de acuerdo, así que al final me sacó de mis casillas.

—Y si te gusta, porque eso es evidente, ¿por qué no te das una oportunidad, Ana?

—Me da miedo y siento culpabilidad y pena —respondo al tiempo que se me escapan algunas lágrimas.

—Venga, ayúdame a quitarme la mantilla, que estarán todos esperándonos para empezar a cenar.

Y yo la ayudo, liberándola de las horquillas en un momento, para rápidamente regresar al salón.

LA CENA

Me acomodo en mi silla, todavía con ojos llorosos, mientras la gente se ha puesto en pie y aplaude la llegada de la novia. Ella hace una cómica reverencia, da un beso a su ya marido y toma asiento. En ese momento los camareros empiezan a repartir botellas de vino, cerveza y entrantes.

—¿Estás bien? —me interroga el desconocido que está sentado a mi lado.

—Sí, sí, es alergia —miento. Y debo mentir bien porque parece que me cree.

Abro mi bolso en busca de un pañuelo de papel, busco y rebusco pero no me los he traído. Ya iba a pedírselos a Esther cuando, desde el otro lado de la mesa, Mark se incorpora y me ofrece su pañuelo de algodón, blanco con una fina línea azul marino como el color del traje. Aunque esté enfadado sigue siendo un caballero. Lo acepto y me limpio alrededor de los ojos. Joder, ahora tengo ganas de sonarme, pero ¿cómo voy a sonarme en su pañuelo? Qué vergüenza.

Estoy mirando el pañuelo como si fuera un extraterrestre. Levanto la vista y él debe de adivinar lo que estoy pensando, porque asiente con la cabeza y me sonrío mientras hace un gesto con la mano con el que me indica que lo haga. Me dejo de miramientos y me sueno. Esta absurda situación ha hecho que me sienta mejor.

El hombre desconocido que estaba hablando con su acompañante se dirige otra vez a mí.

—George Hansen —se presenta, extendiendo la mano.

—Ana Cruz, encantada —respondo, estrechándosela; pero él me la gira y la besa.

—Tú también eres tejano, ¿a que sí? —le digo más como afirmación que como pregunta.

—Sí, yo tengo más acento que Mark y no hablo tan bien el castellano.

—Ya. Tu acompañante es española, ¿verdad?

—Sí, ella es de aquí, de Alicante. Es mi esposa.

—En España solemos decir «mi mujer». Perdona, ¿te molesta que te lo diga?

—No, no, mi es... mi mujer me corrige todo el tiempo. ¿No está correcto esposa?

Me doy cuenta de que no sabe pronunciar la «erre». Mark sí sabe.

—Es correcto, pero no se usa coloquialmente —le contesto.

—Tu alergia, ¿mejor?

La «jota» tampoco.

—Sí, sí, ya bien. —Nos sirven un primer plato a base de marisco y George nos sirve vino blanco a su mujer, a Esther y a mí. Después se pone él y le pasa la botella a Mark, que sirve a Leo diciendo: «las señoras primero». Leo, naturalmente, se queda encantado y ríe con una coquetería que sólo el paciente Richi es capaz de tolerar sin inmutarse.

—¿Ves, cariño? No has querido sentarte a mi lado y ahora estoy entre los dos

hombres más atractivos y galantes de la fiesta; claro que yo ya estoy pillado, pero tú deberías de estar aquí.

—No te molestes, Leo, a la señorita ni siquiera le caigo bien —contesta Mark. Durante un momento pensé que iba a pronunciar mi nombre, pero no, al final dice «la señorita».

—No te conozco lo suficiente como para saber si me caes bien —le contesto directamente.

—Eso podemos arreglarlo. Tal vez en ¿Granada?

Los demás nos miran, se dan cuenta de que esa frase esconde algo, pero yo no sé cómo salir de ésta; está claro, ahora sí, que el juego continúa.

—Tendrás que conformarte con un baile —le digo.

—¿Me estás pidiendo que baile contigo?

«Será... capullo». Decido no perder la paciencia.

—Lo siento, no te oigo muy bien. Hay mucho ruido y no me gusta gritar.

—¿Me estás pidiendo que me acerque?

«Capullo, capullo, capullo...».

—¡Noo! —contesto en tono un poco alto.

—Lo siento, no te oigo. Ya sabes, el ruido —me dice, jactancioso, mientras se levanta y le hace un gesto a George para que intercambie el sitio con él.

—¿Me abandonas? —le pregunta Leo. Mark se agacha, le dice algo al oído y mi amigo se ríe a carcajada limpia.

—Eres muy malo, picarón.

—Tú no te mueves de aquí —le digo a George, sujetándolo por el brazo.

—*I'm sorry*, pero es más grande que yo y muy fácil me deja K. O.

Lo suelto, está claro que no va a ayudarme. Ese olor otra vez tan cerca. Me concentro en el marisco y así evito el escalofrío.

Él toma asiento a mi lado; cerca, incluso más de lo necesario. Jose se acerca a nuestra mesa. Viene de hablar con los novios y los padres, interesándose por cómo va todo, y se dirige a Mark.

—Cuídame a esta chica, no sabes qué manos tiene —le dice.

—Me gustaría comprobarlo, la verdad —responde Mark muy decidido.

—¡Ufff!, pues dile que te dé un masaje. Me hice una contractura en la espalda y, en apenas dos sesiones, me dejó como nuevo. Eso sí, prepárate, porque doler, duele. Os dejo, que sigáis disfrutando de la cena.

—Todo riquísimo —le digo antes de que se vaya.

—¿Es verdad? —me pregunta Mark.

—¿El qué?

—Que tienes unas manos de escándalo.

—No, son más bien pequeñas y poca cosa.

Me coge por la muñeca la mano derecha, que tengo apoyada sobre la mesa, y me acaricia el dorso con el pulgar. Ahora sí que no puedo reprimir el escalofrío y, por el

tono de voz con el que me habla, yo diría que él ha sentido algo parecido.

—Son perfectas y me encantaría un masaje. ¿Cuándo vayamos a Granada?

—Estás pesadito con Granada. —Él me sonríe y me mira con ojos de cachorro abandonado—. De todas formas mis masajes no son de placer, soy fisioterapeuta, así que avísame cuando te hagas una lesión.

—Ya tengo una lesión —me contesta. En ese momento el camarero nos interrumpe para ofrecernos el segundo. Dorada sobre lecho de tomates caramelizados y *pesto*, o *entrecôt* con salsas diversas. Dorada para mí, *entrecôt* para él.

—No sé si atreverme a preguntarte. ¿Dónde?

—No seas mal pensada.

—Está bien, me puede la curiosidad, ¿dónde?

—En el corazón —me río con ganas—. Te ríes de mi dolor, menuda terapeuta.

—Es lo más cursi que he escuchado en mi vida.

—Sí, ¿verdad? —y se echa a reír él también.

—Sí —confirmo entre carcajadas.

Al levantar la vista me fijo en que Clara y Dani nos están mirando y cuchichean; Mark también se ha dado cuenta.

—Son unos liantes.

—Sí, se lo están pasando en grande a nuestra costa —respondo mientras nos sirven los platos.

—¿A ti también te han leído la cartilla? —me dice rellenándome la copa.

—Algo así, ¿quieres emborracharme?

—Prefiero que estés serena, por lo menos la primera vez.

—Sabrás que no me voy a acostar contigo hoy, ni borracha ni serena, ¿verdad?

—Lo de «hoy» me ha gustado, significa que tal vez mañana sí. —Me sonrojo y humedezco los labios con nerviosismo, y sus ojos se mueven por mi boca a la vez que mi lengua; una punzada baja por mi estómago hacia el centro de mi deseo—. Pero yo me refería a la primera vez que cenemos juntos —me contesta con voz ronca.

Mark se dio cuenta de que la reacción de ella era tan fuerte como la suya propia. Iba demasiado rápido y decidió frenar un poco, no quería estropearlo y que apareciera otra vez la Annie tarada. Llegados a ese punto, lo estaba disfrutando; podría estar así con ella toda la noche, hablando, bromeando, conectando. Justo eso era lo que necesitaban: un poco más de conexión.

—¿Hablas inglés? —me pregunta de pronto, cambiando el tono de la conversación.

—Un poco.

—¿Y por qué no hablamos en inglés un rato? —me sugiere juguetón.

—Cuando estemos en Yanquilandia.

—Los yanquis son los del Norte, yo soy del Sur.

—Para nosotros, todos sois yanquis.

—En dos semanas —replica después de pensar un segundo.

—En dos semanas, ¿qué?

—En dos semanas vuelvo a Houston, ¿te vienes? —me invita como si lo estuviera haciendo a tomar un café en el bar de la esquina.

—Que manía con hacerme viajar. Granada, Houston, y después ¿qué? ¿Un viaje estelar?

—Siempre me incitas y luego te rajas —contesta con una sonrisa pícar—. Estás mirando mi *entrecôt* igual que a mi coche, ¿quieres probarlo?

—Sí. ¿Puedo?

—Claro —me dice mientras corta un bocadito, lo unta en la salsa de mostaza y lo pone delicadamente frente a mi boca. Yo la abro, lo cojo y me relamo los labios un poco manchados de salsa. Él me pasa el pulgar suavemente por la comisura y termina de limpiarme. «¡Dios, qué erótico!». Le veo tragar saliva, es reconfortante ser tan deseada por un hombre así, el sexo promete; es tan dulce y atento, tan encantador desde que he vuelto del baño...

«Un momento, cuando hemos entrado en el salón Leo y Dan estaban hablando con él». Me temo lo peor. «Ahora lo que sentiré es... pena».

—Mark...

—Me has llamado por mi nombre. Me encanta cómo suena en tus labios.

—Te lo han dicho, ¿verdad?

—Sí. —No intenta ocultarlo pero tampoco me hace preguntas, sigue degustando su carne con placer—. ¿Qué me dices, Granada o Houston? —pregunta.

—¿No me compadeces? ¿No quieres saber cómo estoy, qué sentí y todo lo demás?

—¿Quieres que te compadezca?

—Claro que no.

—Lo imaginaba. Todo lo demás me lo contarás, si quieres, cuando te parezca oportuno.

Me mira a los ojos profundamente, parece que esté desnudándose el alma; siento una presión en el pecho, ojalá no hubiese dicho justo lo que tenía que decir. Durante todo este tiempo sólo he podido hablar de lo sucedido con Clara. Los demás intentan consolarte, animarte; todo con buena intención, pero yo no quería animarme, sólo quería vivir mi dolor. Él está dispuesto a dejarlo correr, no me presiona; empieza a gustarme más que su coche.

—Pero me gustaría que siguieses llamándome por mi nombre, me encanta cómo suena en esa preciosa boca que tienes.

—Mark —digo remarcando sonoramente el nombre—, eres un capullo conquistador.

—Preciosa, pero un poco sucia —insiste, mientras hace el gesto de limpiarme suavemente con su servilleta.

Se gira hacia mí y coloca el brazo en mi respaldo, acercándose, invadiendo todo mi espacio, me está volviendo loca. Ahora mismo lo sacaría de aquí y... No puedo

pensar, ese olor me lo impide, me mareo, el corazón me va a cien; tengo que recuperar la cordura.

—De modo que así es como ligas —especulo.

—Así, ¿cómo?

—Toqueteando...

—No te estoy toqueteando —me interrumpe apartándose de mí, medio enfadado.

—Sí lo haces. Y no te ofendas, no te estoy llamando sobón; en realidad si no me gustara hace mucho que te habría partido la cara.

Sonríe, mi respuesta le ha tranquilizado y vuelve a su pose de donjuán.

—En ese caso cuéntame más, me interesa mucho saber cómo crees que ligo.

—Pues... Una caricia aquí, un toquecito allá; ahora coges la cintura, luego la mano, después un roce; te acercas un poquito más de lo necesario y de paso marcas a tu presa con ese olor a madera y a... a... ¡testosterona! Eso era lo que no identificaba.

Le veo partirse de risa, cuando por fin se cansa me dice:

—Ten cuidado, te estás descubriendo.

—No sé de qué me hablas.

—Mentirosa, en realidad te gusta que te corteje tanto como a mí hacerlo.

—Cortejar... —Ahora me río yo—. Eres un anticuado.

Él pasa de mi comentario, pero nos interrumpe la marcha nupcial. Los novios van a cortar la tarta; qué rabia, justo ahora que la cosa está interesante.

Mark no podía creer lo mucho que le gustaba esa loca, con ella era imposible adivinar cómo iba a terminar una conversación. Cuando creía saber por dónde iban los tiros, ella le salía por peteneras. Era sencillamente fascinante, se había dado cuenta de todos sus trucos y le habían gustado.

Y cuando le dijo que no hacía falta que le hablara de su marido, sintió un alivio enorme al ver que ella no tenía intención de hacerlo; no quería escuchar cuánto amaba a otro hombre. Supo que era una locura, pero había decidido que Annie era su mujer ideal, la que había descrito a su hermana, y sería suya y de nadie más; al menos durante las dos semanas que le quedaban de estancia en España.

—Siempre que veo a unos novios ofrecerse la tarta con la punta de la espada pienso que, si el que la sujeta se tropieza y se cae... ¿Te imaginas? Qué desagradable sería.

—Cuando yo digo que estás tarada... —me responde sonriendo.

Por fin terminan con el ritual y los camareros se llevan la tarta falsa y empiezan servirnos la de verdad: bizcocho de chocolate con chocolate caliente por encima y virutas de chocolate, acompañado con helado de chocolate; huelga decir que tanto Clara como Dani son adictos a este producto y decidieron que en su boda se darían un buen homenaje. Nos sentamos para disfrutar de la fiesta del paladar y de la conversación interrumpida.

—¿Te das cuenta de que desde que te has sentado a mi lado no he hablado con nadie más? —le recrimino—. Eres un acaparador.

—¿Qué puedo decir, aparte de que es porque necesito mucha atención? Claro que tú no te quedas atrás. Bueno, además podría decir que tú también has estado ligando conmigo.

—¿Ah, sí? —pregunto sorprendida—. ¿Y cómo he llevado a cabo semejante proeza, según tú?

—Primero te has hecho la interesante, luego me has mirado como si estuvieras desnudándome...

—¿Qué yo he hecho ¿qué? ¡Tú estás para que te encierren!

—Venga, reconócelo.

—¿Cuándo he hecho yo eso?

—En la puerta de la iglesia. Y seguro que es pecado. —Por toda respuesta le doy un manotazo en el brazo—. Luego me incitas a tener pensamientos lujuriosos ofreciéndote a viajar conmigo. Y, si besarme no es marcar territorio, ya me dirás qué es...

—Vale, lo capto, no hace falta que sigas —digo metiéndome en la boca mi primera cucharada de helado y lamiéndome después los labios por si me los había manchado.

—¿Ves? Ese gesto llevas haciéndolo todo el rato.

—El qué, ¿esto? —Y me paso de nuevo la lengua por labios, dándome un sensual bocado al final. Él, respondiendo a mi provocación, acerca sus labios a los míos, noto su aliento con olor a chocolate y, cuando creo que va a besarme, me dice bajito:

—Además, te has contoneado para mí y has intentado ponerme celoso con el payaso ese.

Me siento hipnotizada, no puedo apartar mis ojos de sus labios. Sé que he retenido la respiración; la suya en cambio está alterada. Y entre los dos, un imán retorcido que nos mantiene a un centímetro de distancia ejerce su influjo sin dejar que lleguemos a tocarnos. «Vamos, bésame».

Mark no quería tomar la iniciativa. Quería que fuera ella quien lo hiciera. «Venga, bésame otra vez, como antes, y yo me encargo del resto», pensó con intensidad, tratando de transmitirle sus pensamientos. Era consciente de que, si empezaba a tocarla, era posible que no pudiera contenerse. Tenía tantas ganas de tenerla que dudaba que pudiera esperar a la tercera cita. Y, de pronto, se escuchó su voz, rompiendo la tensión y diciendo, exactamente, eso.

—Mark... oye...

—Lo siento. Yo... Estaba pensando en voz alta. —Se separa de mí.

Le cojo de las solapas y le acerco a mi cara, poniéndole de nuevo donde estaba.

—Repítelo —digo con un hilo de voz.

—Tengo tantas ganas de tenerte, que no sé si podré esperar a la tercera cita.

—Yo no soy de esas.

—Lo siento. No quería insinuar nada, es sólo que me vuelves loco, pequeña.

—No soy de las que cuentan las citas.

Su cara es un poema. «Ahora sí va a besarme, por fin...». ¡Mierda! Noto una mano sobre el hombro.

—¿Sabes lo que haría si tuviera una manguera cerca, Ana? —el que habla es Dani, con un fingido tono de cabreo.

—¿Tú no te estabas casando? Pues a lo tuyo —le contesta secamente Mark sin llegar a mirarlo.

—Es que ahora viene eso de «que se besen los novios» y me da miedo que la tires sobre la mesa y...

De repente soy consciente de que estamos rodeados de gente y buena parte de ellos nos están mirando, incluido Raúl. Me pongo como un tomate y me separo inmediatamente.

—Calla —ordeno.

—No le hagas caso. Nos hemos acercado a saludar, lo dice para jorobar —me dice Clara, que está al lado de Dani.

—Mira lo que has hecho —le recrimina Mark—. Has conseguido que se avergüence. No te preocupes, cariño, estás aún más preciosa así, sonrojada —me piropea, mientras Dani suelta una sonora carcajada.

—Tío —comenta cuando se le pasa la hilaridad—, qué cursi te pones para ligar.

—Yo también se lo he dicho —apostillo.

—Oye, ¿pero tú de qué lado estás? —me reprocha Mark, y antes de que pueda contestar, los invitados comienzan a entonar el típico «¡que se besen!». Dani rodea con sus brazos a Clara y le da un beso de película, inclinándola exageradamente, mientras Mark entrelaza sus dedos con los míos. Nos miramos. Ambos pensamos en la promesa de lo que va a ocurrir esta noche. Somos conscientes de que vamos a tener que esperar para besarnos, no es plan de entrometernos en el «momento novios».

Suena una música que da por acabado el beso. Clara y Dani se dirigen al centro del salón, donde se ha preparado una pista de baile, y da comienzo el tradicional vals. Todos aplaudimos al terminar y empiezan a salir a bailar otras parejas. En ese momento Raúl se acerca a mi mesa.

EL BAILE

—¿Quieres bailar? —me pregunta, extendiendo la mano hacia mí.

—Ni se te ocurra —me advierte Mark con un tono amenazador que consigue intimidarme, aunque lo hace mirando directamente a Raúl, por lo que en realidad no sé si se dirige a mí o a él; probablemente a los dos.

—Jamás vuelvas a decirme lo que puedo, o no, hacer —replico muy seria, mirándole directamente a los ojos. ¡Increíble! A pesar de la cara de cabreo que se le ha quedado, se levanta de la silla en cuanto yo me pongo en pie, cogida de la mano de Raúl.

Esa frase suya me ha revuelto las tripas. No iba a aceptar, pero ahora tendré que bailar con mi amigo aunque no me apetezca. Maldito guiri, ¿por qué tenía que estropearlo todo? El miedo se apodera de mí.

«Este tío es un machista controlador y quién sabe qué más. No lo conozco de nada, podría ser incluso un psicópata. El sexo tiene la culpa. Es lo que siempre me mete en problemas de los que luego me cuesta salir, como me ocurrió con Raúl».

Cuando me lie con él, sólo quería demostrarme a mí misma que podía volver a sentir. Salí con él unas cuantas veces antes de decidirme a invitarle a mi cama y, la verdad, todo fue bastante frío, aunque pude llegar hasta el final. Sin embargo, por primera vez en mi vida fingí un orgasmo para terminar de una vez. No fui justa con Raúl, pero se había esforzado tanto por complacerme que no quise herir su orgullo. De todas formas la culpa la tenía yo, había forzado las cosas para demostrarme a mí misma que podía sentir algo... Días después decidimos que lo mejor era dejarlo estar hasta que yo me recuperase, pero había pasado mucho tiempo y yo seguía sin sentir.

Unos meses después tuve un encuentro sexual fortuito con un amigo de toda la vida, pero fue aún peor. Esta vez ni siquiera disimulé, quizá dejándome llevar por la confianza; él se sintió tan humillado que nuestra amistad se fue al garete. Pero, como Clara me dijo entonces, «no sería tan amigo si ha dejado de hablarte por algo así. Lo que es, cariño, es un gilipollas».

A pesar de todo, yo no he vuelto a intentarlo, aunque por un momento, esta noche había estado dispuesta. Al pensarlo siento que un trozo de hielo se me clava en el pecho y me pongo rígida en los brazos de Raúl, que me suelta un poco de su abrazo. ¿Cómo se me ha podido ocurrir algo así? Si no pude disfrutar con dos amigos con los que tenía confianza, ¿cómo voy a hacerlo con un perfecto desconocido?

Un desconocido que además es autoritario, machista y controlador. «Y guapo, sexy y me pone como...». Ya estoy otra vez. Quién sabe cómo reaccionaría semejante neandertal si después de tanto rollo no soy capaz de...

—¿Estás pensando en él? —me pregunta Raúl.

—No, no te preocupes —le miento—. No me interesa, es un neandertal.

—Ya, yo hablaba de Marcos —me dice. Noto que el corazón me da un vuelco. ¿Cómo es posible? Me siento tan culpable. ¿Cómo he podido pensar primero en Mark? ¿En un tío que acabo de conocer y, aunque me divierte, me asusta su forma de ser? Como siempre decía Marcos, «la caballerosidad y el machismo van de la mano; no te fíes de un tío que cree que no eres capaz de abrir una puerta porque pronto empezará a tomar todas las decisiones por ti».

—Ese puto guiri ha conseguido en unas horas lo que yo no he conseguido en casi dos años. Quizá deberías intentarlo con él —me sugiere.

—No creo que lo haga, es un machista; le acabo de conocer y ya cree que puede decirme con quién puedo bailar.

—Lo he oído y por eso lo ha dicho, para advertirme que no me acerque a ti. Es una historia entre tíos.

—Marcos nunca...

—Por Dios, Ana, no exageres con esto. El hombre se ha puesto celoso, es normal. Marcos estaba hecho de otra pasta. Además se sentía completamente seguro de tus sentimientos; no es lo mismo. Hazme un favor: déjate llevar, vive el momento, no pienses.

—¿Por qué me dices eso? Tú deberías aconsejarme que pasase de él.

—Ya, pero no puedo. Lo haría si las cosas fueran de otra manera; pero la verdad es que preferirías estar bailando con el neandertal, ¿verdad?

No le contesto y eso es suficiente respuesta. Alguien me toca en el hombro.

—Querida, cambio de pareja. —Es Leo, que está bailando con ¡Mark!

Leo siempre baila con las chicas, los hombres nunca quieren bailar con él; ni siquiera Marcos con todo lo evolucionado y moderno que era. Richi no baila nunca, nunca.

—Cariño, si no te quedas con éste dejaré de hablarte, te lo juro —me dice mientras coge por el brazo a Raúl, que lo mira con cara de preocupación—. No te preocupes, no voy a obligarte a bailar, pero te aceptaré una copa —tranquiliza Leo a Raúl quien, a tenor de lo que refleja su cara, siente cierto alivio.

Mark y yo nos quedamos parados en medio de la pista sin tocarnos; la verdad es que yo no me atrevo ni a mirarlo. Él me coge de la mano, atrayéndome hacia su cuerpo, mientras con la otra me sujeta por la nuca echándome la cabeza hacia atrás para obligarme a mirarlo.

—No tienes que tener miedo de mí. Por favor, no lo tengas —me pide.

—Te lo he dicho en serio, no me digas nunca lo que puedo, o no, hacer.

—Ok, pero quiero que sepas que no era una amenaza, era sólo que quería ser yo quien bailara contigo. Tu... esto... marido y tú, ¿teníais problemas? Quiero decir que si te decía lo que tenías que hacer y eso...

—Nooo, jamás. Él no era celoso ni autoritario.

—¿Y por qué eres tan susceptible?

—Ja. —Ya me ha vuelto a cabrear—. Ahora resulta que la culpa es mía, ¿no?

—No, yo... ¿Lo dejamos? —me sugiere.

—Sólo si me prometes no volver a comportarte como si te perteneciera.

Me besa la frente y me apoya la cabeza en su pecho.

—No puedo, porque quizá lo que para mí no es más que una muestra de deseo, para ti es todo eso de lo que me acusas; pero si me dices lo que te molesta, en vez de salir corriendo, intentaré cambiar. ¿Te parece bien?

—Sí... creo —contesto dudosa—. La verdad es que me ha sorprendido verte bailar con Leo, los heteros creéis que el ser gay es contagioso. Normalmente ningún tío baila con Leo.

—Te gustan mucho los estereotipos, ¿eh?

—¿Por qué dices eso? —pregunto indignada.

—Me has catalogado como un machista anticuado y, si no sigo el guión, no sabes cómo reaccionar. Creo que en realidad preferirías que me comportase como un troglodita para poder mandarme a la mierda.

—Eso ya lo he hecho —le recuerdo. Además, también le he llamado neandertal mientras hablaba con Raúl.

—Gracias por refrescarme la memoria.

En ese momento cambia la música y empieza a sonar un *rock and roll*. Mark vuelve a sorprenderme, nunca imaginé que un tío tan grande pudiera moverse tan bien; me da vueltas, me atrae, me separa, me levanta por los aires, y yo me dejo llevar y disfruto como nunca lo había hecho al bailar.

Pero Mark sabía que no estaba siendo completamente sincero. Lo cierto era que hubiera querido partirla la cara al imbécil aquel. Le pareció increíble sentirla «suya» sin haberla tocado siquiera, o al menos no de la manera que quería hacerlo. Pero si tenía intención de llevar aquello a buen puerto, tendría que relajarla o *su tarada* saldría de nuevo a la luz. Aunque le daba igual; le gustaba así, medio loca.

Y, cuando empezó a sonar *One* de U2, la abrazó pegándola por completo a su cuerpo para deslizarla sobre él despacio, levantándola del suelo, hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura y sus labios quedaron a pocos centímetros de distancia. Ana le rodeó el cuello con los brazos, enredando su pelo con una mano. Él se sintió endurecer y notó que a ella se le erizaba la piel.

No pudo soportarlo más. Le besó en la mejilla con los labios entreabiertos, bajó hacia la barbilla y subió hasta la comisura de su boca en un viaje sin retorno que lo llevó a su interior. Esperar más estaba fuera de toda lógica, supo que tenía que sacarla de allí de inmediato.

Creo que voy a morir de deseo, si no nos vamos pronto de aquí daremos un espectáculo, pero... Noto sus labios rodeando mi boca. «No me tortures más», pienso mientras los busco con los míos y lo beso, ahora con todas mis fuerzas; sin dudas, dejándome llevar. Cuando nuestras lenguas se encuentran, noto su dureza contra mi estómago y me excito como hacía muchos años que no me excitaba. Muchos, muchos; no quiero pensar. El beso se vuelve más exigente y, de repente, Mark se

separa y simplemente me mantiene abrazada.

—Annie, estamos dando un espectáculo y sin cobrar entrada. ¿Qué te parece si desaparecemos?

—Vale, pero tendremos que despedirnos, ¿no?

—No sé, ¿qué les decimos? ¿Nos vamos porque queremos echar un polvo de esos que te vuelven del revés y si no desaparecemos lo haremos aquí mismo?

—¿Me vas a volver del revés?

—Probablemente varias veces.

—Espero que seas un hombre de palabra, tengo mucho tiempo que recuperar.

Termina la canción y, de repente, me doy cuenta de que mi vida va a cambiar. Sé que ese fin de semana lo pasaré en Granada. Desconozco si esto durará mucho más, pero sé que estoy dispuesta a todo; voy a vivir de nuevo y cuando esta aventura termine, estaré curada. Escondo mi cara en su cuello y noto cómo su pecho sube y baja a gran velocidad. Estamos así, parados en mitad del salón sin darnos apenas cuenta de que la música ha cambiado y ahora la gente baila separada.

—¿Por qué no nos vamos? —le pregunto mirándole a la cara.

—*Honey*, soy un hombre; necesito unos minutos, tengo que pensar en algo aburrido y desagradable. Ya sé, ¿cómo se llama el tipo que lleva toda la noche intentando ligar contigo?

—Mark —respondo con sorna.

—No, ése es el que lo ha conseguido.

—Que sepas que se me están pasando las ganas —le digo retándole.

Él me deja en el suelo, me coge de la mano y nos dirigimos a la mesa para recoger nuestras cosas. Allí sentados se encuentran todavía Esther y su marido y Natalia con George. Los dos últimos están hablando muy animadamente pero interrumpen su conversación cuando nos ven llegar.

—Me debes un baile —recuerda Natalia a Mark.

—Tendrá que ser en otro momento, Nat, ahora voy a tomar un poco el aire; estoy un poco mareado —se excusa.

—¿Ahora llaman marearse a eso? —replica ella con ironía.

Mark le sonríe sin contestar mientras coge su chaqueta y me da el bolso y el chal.

—Os veré pronto —se despide.

—Sería genial que quedásemos un día los cuatro, antes de que volvamos a casa —propone Natalia.

—Será un placer —contesto—. Hasta entonces.

Unos pasos más y estaremos en la salida. Alzo la vista buscando a Clara pero no la veo; a Dani tampoco. Mark se percata de mi búsqueda.

—Deben de haberse ido ya al hotel. ¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza porque no me sale la voz, tengo la boca seca y el corazón me va a cien.

ESPIRALES

Al salir, Mark me coloca su chaqueta sobre los hombros, me aprieta contra su cuerpo y me besa en la cabeza; dulce, muy dulce, mientras me acaricia por encima del codo hasta el hombro. Disfruto de su abrazo protector de camino al coche; naturalmente me abre la puerta antes de dirigirse a la del conductor. Pero no arranca inmediatamente, me mira con cautela.

—¿Estás segura de esto?

—Sí, grandullón —respondo en un susurro.

—¿Quieres que hablemos de algo?

—No.

—¿No quieres hablar de lo que me has contado ahí dentro?

—¿De qué?

—Del tiempo que hace que no... Desde que él murió, ¿has tenido alguna relación?

No parece que le esté resultando fácil preguntar esto, así es que decido ser sincera con él.

—He tenido dos encuentros sexuales, pero fueron un desastre.

—¿Con el payaso?

—Sí, en una ocasión, y con alguien más; pero tampoco funcionó. Yo no... umm... No fui capaz de... Bueno, ya sabes, no llegué a nada.

—Si en algún momento no te sientes cómoda, sólo tienes que decírmelo y pararemos. Lo que tú quieras, tú escoges el ritmo; tenemos dos semanas enteras.

—¿Y si hemos llegado al punto de no retorno?

—No existe ese punto. Siempre podemos volver atrás y empezar de nuevo. Iremos tan despacio o tan deprisa como tú quieras, pero prométeme que serás sincera.

—Lo seré. ¿Podemos dejar ya la cháchara y ponernos a ello?

Mark no pudo negarse a sí mismo que estaba algo nervioso. Tenía tantas ganas de estar dentro de ella que le dolía, pero sabía que no iba a ser fácil, aunque estaba dispuesto a arriesgarse. Era tan bonita, tan sexy, tan fresca con aquella combinación de chica dura y directa capaz de ruborizarse. Se preguntó si estaría a la altura del otro Marc y podría hacerla disfrutar de nuevo.

—¿Vamos a mi hotel o a tu casa? —me pregunta él.

—¿Cuál es tu hotel?

—El Holiday, aquí en el polígono.

—Pues que sea en el hotel.

Veo cómo acciona el motor dándole a un botón y nos dirigimos hacia la entrada al polígono, dónde está el hotel. Hacemos el pequeño trayecto en silencio.

Entramos en el *parking* subterráneo, Mark ve un hueco cerca del ascensor y

aparca allí el coche, pero cuando apaga el motor no salimos. Se gira hacia mí extendiendo la mano para acariciarme con los dedos la mejilla, yo vuelvo la cara y le beso en la palma, él la mueve y me acaricia los labios con la yema de los dedos; entonces entreabro la boca y los rozo con mi lengua.

Se abalanza sobre mí, me absorbe por completo con su beso, me sujeta por la nuca para apretarme más aún contra su boca; estoy casi sentada encima de él, una de mis manos se pasea curiosa por su pecho y recorre el abdomen hasta llegar a su miembro, que se aprieta duro contra los pantalones. Noto cómo me apresa la muñeca y me aferra la mano mientras, enredando la otra en mi pelo, me aparta hacia atrás la cabeza para interrumpir el beso.

—Creo que será mejor que subamos ya —propone con voz ronca mirándome a los ojos.

En la penumbra del *parking*, Mark no fue capaz de distinguir bien los rasgos de Annie, pero se dio cuenta de lo preciosa que estaba, con los labios hinchados y la piel sonrojada por el calor y la excitación.

—Te he roto la flor del pelo —me informa Mark mientras me abre la puerta. Cuando estoy de pie, frente a él, intenta recomponerla con los dedos. Yo le arreglo la camisa y luego nos cogemos de la mano para dirigirnos hacia el ascensor, que nos lleva directamente al vestíbulo.

La habitación está en la planta tercera, subimos hasta ella por otro ascensor procurando no tocarnos. Coloca la tarjeta en la ranura y, cuando la puerta cede, abre dejándome pasar primero. Echo un vistazo. El espacio es amplio, tiene un escritorio con una silla, un minibar, tele, y hay un portátil sobre el escritorio. Afortunadamente la cama es doble, no puedo evitar pensar cómo nos hubiéramos arreglado con una sencilla dado lo grande que es Mark. Me viene a la cabeza el momento en que he puesto mi mano en... bueno, parece que todo lo tiene del mismo tamaño, y sonrío sin darme cuenta.

—¿De qué te ríes? —me dice, quitándose la chaqueta y dejándola sobre la silla. Observo que todavía tiene la voz ronca.

—De nada, cosas de chicas —contesto evasiva. Él se está quitando la corbata y me mira con una sonrisa ladeada. Se dirige al minibar, saca un botellín de cava y lo sirve en dos copas. Me ofrece una desde la distancia, apoyándose en el escritorio.

Yo me acerco y me coloco entre sus piernas, pero él se muestra reticente al contacto, apoya la mano libre en la mesa y sólo me mira dando un sorbo a su copa.

—Creí que no ibas a emborracharme la primera vez —le recuerdo bebiéndome la copa de un trago.

—Dije en nuestra primera cena. Y no bebas tan rápido.

—Es que tengo algo de prisa.

—¿Tienes alguna cosa que hacer?

—Sí. Y tú también y no lo estás haciendo —le recrimino mientras le desabrocho la camisa.

—Eres una descarada —responde medio riéndose a la vez que me da una palmada en el trasero.

—Y tú un idiota —me defiendo, haciendo amago de separarme. Mark me mantiene pegada a él, agarrándome por el trasero y apretándome aún más contra su cuerpo durante un instante. Luego me suelta.

—Shhhh, calla —susurra contra mis labios. Deja la copa en el escritorio y sube la mano hasta mi hombro; sin acercarse más, sin alejarse, torturándome con aquel leve contacto. Enreda un dedo en mi tirante y lo baja despacio, se me eriza el vello y los escalofríos se multiplican por mil. Vuelve a subir hacia el cuello, acariciándome con los dedos y dirigiéndose hacia el otro tirante, que desliza también, mientras con la otra mano y una facilidad pasmosa, abre la cremallera del vestido y lo hace caer al suelo. Me siento vulnerable. Él está al mando, está imponiendo el ritmo; es agradable despreocuparse y dejarse hacer. El corazón me late muy deprisa y siento un pulso en el estómago que baja hasta mi zona más erógena.

—Tienes mucha habilidad con las cremalleras —me aventuro, pensando en cuántos vestidos habrá quitado en su vida, mientras le saco la camisa del pantalón y empiezo a desabrocharle el cinturón.

—Espera —me dice.

—¿Por qué?

—Porque necesito ir despacio.

—¿Por qué? —repito con ansiedad. Hace tanto tiempo que no siento este deseo y este fuego en mi interior, que me impaciento—. Dijiste que iríamos al ritmo que yo quisiera.

—Sí, pero también te prometí que pararía si lo necesitabas y, si nos ponemos como en el coche, no estoy muy seguro de poder hacerlo.

—No va a ser necesario, pero te juro que como no me beses ahora mismo voy a salir al pasillo a pedir voluntarios. Por mí puedes pasar de los preliminares, te deseo ahora.

Como respuesta me levanta cogiéndome del trasero con las dos manos, yo le rodeo con mis piernas, y girándose apoya bruscamente mi espalda contra la pared. Un placer indescriptible se instala en mis entrañas hasta subir a mi pecho. Mil mariposas, un batallón de mariposas; no, todas las mariposas del mundo están en mi tripa. Me está besando con avidez, buscando sensaciones y respuestas en mí, en mi boca, en mi lengua. Frota sus carnosos labios contra los míos, me abarca por completo, casi no puedo respirar; se me olvida que tengo que hacerlo.

—¿Que pasas de preliminares? Cariño, llevamos unas cinco horas con ellos; de hecho creo que son los preliminares más largos de la historia —me contesta mientras explora mi cuello con la boca.

El fuego crece en mi interior y el calor invade todo mi cuerpo hasta que se me nubla la vista. Cierro los ojos disfrutando de sus caricias, una de sus manos ha subido por mi cadera y luego por mi cintura hasta llegar a un pecho, sobre el que juega y se

divierte acariciando, pellizcando, rozando... Todo mi cuerpo lo reclama, pero su boca vuelve a mi boca explorándola lenta, profundamente; yo respondo a su beso agarrándole del pelo, mordiéndole el labio, acariciando el vello de su pecho fuerte y musculoso. Un gemido sale de su garganta al notar mi mano en su entrepierna.

—*Baby... you gonna make me crazy* —me dice llevándome hasta la cama. Se sienta en ella, todavía conmigo en brazos, mientras yo me quito los zapatos y, de dos patadas, los envío al fondo de la habitación sin ningún cuidado, al tiempo que él hace lo mismo con su camisa.

Mark se tumba haciendo que yo quede encima, situación que aprovecho para deslizarme sobre él, besándole todo el cuerpo. Quiero aprendérmelo de memoria, saber qué le gusta. Primero me entretengo en el pecho bajando por las costillas hacia la cintura, después me dirijo a su cadera. Noto que tensa todo su cuerpo en respuesta a mis caricias y, en mi recorrido sin control, descubro varias cicatrices que me pregunto qué secretos guardarán; pero no pregunto. Las beso una a una, las recorro, las lamo y sigo bajando. Le bajo los pantalones y los bóxer ajustados hasta las rodillas, luego vuelvo a subir por los muslos y, en ese momento, él se incorpora cogiéndome por la cintura para subirme encima de sus piernas sin aparentemente ningún esfuerzo. Una demostración de fuerza que me excita todavía más.

—Ni se te ocurra. ¿Me quieres matar? —indaga, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—No en este momento.

Él termina de quitarse la ropa que yo acabo de dejar anclada a sus piernas y me besa en la base del cuello, entre las clavículas, para bajar después hasta mi pecho y capturar uno de mis pezones; juega con él hasta volverme loca mientras, con dos dedos, acaricia y aprieta el otro.

No puedo estar quieta. Inconscientemente muevo las caderas, rozándome con su erguido miembro, hasta que por fin siento que mueve la mano libre hasta mi sexo para introducir, lentamente, primero un dedo y después dos. Los mueve en mi interior mientras con el pulgar me estimula el clítoris y no puedo retener un agudo suspiro de placer que él interrumpe tapándome la boca con la suya y besándome de forma apasionada y autoritaria. Pero aquello, al contrario de calmarme, me excita aún más; estoy tan mojada, tan... Me estoy dejando llevar, no puedo soportarlo, tengo que pararle ahora...

—Mark, estoy a punto de... —No puedo terminar la frase, casi no puedo ni hablar. Me aferro a sus hombros fuertes, rectos, musculosos.

—¿De qué? —pregunta mirándome a los ojos y haciendo más rápido el movimiento de sus dedos—. Hazlo —me pide—. Córrete, *honey*.

El sonido de su voz me provoca una descarga eléctrica y los espasmos recorren mi cuerpo. Un grito se escapa de mi boca cuando por fin me relajo en sus brazos. Me coge la cara entre las manos y me besa con cariño, despacio. Luego me tumba de espaldas y se coloca sobre mí, entre mis piernas. Extiende el brazo hacia la mesita,

abre el cajón y saca una bolsita; rompe el envoltorio y se coloca el condón con cierta impaciencia mientras yo le acaricio, le beso y arqueo mi cuerpo hacia el suyo. Apenas puedo controlar la respiración, que suena entrecortada y se para durante un momento, cuando me penetra despacio pero de una sola vez. Me tensó al notarlo completamente dentro, llenándome por completo, y se da cuenta.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare o que me salga? —pregunta con voz rota.

—¡Noooo! ¿Estás loco? Sólo tengo que acostumbrarme a ti, a tu... tamaño.

—Lo harás. *Relax, let me make...* Déjame hacerte disfrutar, *honey*.

Le dejo. Poco a poco me relajo y le acojo por completo para acompañarle en sus movimientos rítmicos, lentos y fuertes. Subo los brazos al sentir que vuelve el fuego a mi cuerpo. Mark sube una mano por mi brazo y me agarra la muñeca. Nuestros cuerpos sudorosos se mueven al unísono, nuestras respiraciones cada vez más excitadas se entrecortan de nuevo y pierdo la noción del tiempo. Mi cuerpo quiere convulsionar, necesito que Mark aumente el ritmo.

—Mark... vamos... necesito...

—Todavía no. Quiero estar más tiempo dentro de ti.

Y cuando ya no puedo soportarlo más, impone un ritmo más rápido, más fuerte, que yo acompaño con movimientos de cadera.

Es el orgasmo más intenso que he tenido nunca.

Mark sintió tanto placer que deseó quedarse dentro de aquella mujer para siempre. La besó despacio y salió de ella perezosamente, para quitarse el condón usado y tirarlo en la papelera que estaba junto a la cama. Después se tumbó de nuevo a su lado, mirándola con la cabeza apoyada en una mano mientras la acariciaba con la otra. Y sin saber cómo, las yemas de sus dedos volaron sobre el estómago de Annie, dibujando una espiral perfecta que acabó en el centro del ombligo.

«Hace tanto tiempo que no tenía un orgasmo en condiciones... Y dos... ¡dos ni con Marcos desde hace mucho!». ¿Cómo puedo pensar eso?, soy la peor persona del mundo. «Marcos, mi amor, esto sí es una traición en toda regla». Disfrutar con otro más que con él... «¿Y ahora qué hace? Umm, qué gusto, me encanta cómo me acaricia. ¡No! No puede encantarme».

—¿Sabes eso que dicen de que a las mujeres les gusta que después de hacerlo las acaricien, hablen con ellas y todo eso? —le pregunto algo enfadada.

—Ajá. Eso hago —contesta, sorprendido por mi tono.

—Pues no es verdad. ¿Qué tal si nos dormimos?

Por toda respuesta él se da la vuelta y apaga la luz, accionando el interruptor que está encima de la mesilla.

—¿Te has enfadado? —le pregunto.

—Pues claro que me he enfadado. ¿Cómo se te ocurre decirme eso? —Su voz lo denota y vuelve a encender la luz; se da la vuelta para mirarme directamente a los ojos.

—Lo he pasado muy bien, ¿pero de verdad necesitas que te infle el ego con

alabanzas?

—No seas ridícula. No es una cuestión de ego, sino de intimidad. La clase de intimidad que tienen dos personas que comparten lo que nosotros acabamos de hacer.

—Sexo, tan sólo ha sido sexo. Increíblemente satisfactorio, pero sólo sexo. Es tarde, estamos cansados...

—Voy al baño —me interrumpe, dando por terminada la conversación.

Me doy cuenta de que cuando le disgusta un tema, lo corta dejando en el aire los posibles interrogantes. Se levanta completamente desnudo, tiene un cuerpo espectacular; me fijo en su espalda fuerte, ancha y musculosa que parece capaz de sostener el peso del mundo y, a la vez es tan sensible y tierno... ¡Dios mío!, podría enamorarme de este hombre. Estoy hiperventilando, el corazón me va a doscientos, algo me oprime el pecho; joder, no puedo respirar, tengo que tranquilizarme. Se me está nublando la vista, noto el cuerpo cada vez más débil, como si no me perteneciese. Veo a Mark acercarse hasta mí, alarmado.

—Annie, cariño...

—Crisis... de ansiedad —acierto a decir.

—Tranquila, respira aquí despacio y tumbate.

Me pone una bolsita en torno a la boca, le hago caso y poco a poco noto que mi respiración se regulariza y vuelven las imágenes a mi vista, mientras un puñado de lágrimas pugnan por salir de mis ojos y un nudo me oprime la garganta. Me doy la vuelta, dándole la espalda, dejando que el llanto se deslice libremente por mi cara y sintiendo que se alivia la presión de mi pecho.

Mark se sienta en la cama, a mi lado, apoyando la espalda en el cabecero de madera. Roza mi brazo con sus dedos; suave, delicadamente. Me coge en vilo y me sienta en su regazo, yo me acurruco, sintiéndome completamente protegida cuando me abraza con fuerza, y escondo la cabeza en su cuello. Aspiro su aroma, ese olor a madera se mezcla ahora con olor a sexo, haciendo que estallen todos los sentimientos que he contenido en mi interior durante tanto tiempo. Lloro, compulsivamente, como en una especie de ritual catártico, hasta quedarme dormida.

Mark se sintió culpable, pero no había podido evitar enfadarse con ella por mostrarse tan fría. Normalmente era él quién se volvía distante después del sexo, era su forma de castigar a Caroline por no separarse de su marido a pesar de que se lo había prometido tantas veces; lo que no sabía era por qué lo hacía también con las demás. Sin embargo, esa noche le apeteció perderse en aquel ombligo; aunque en esta ocasión la mujer también fuera rubia y, de nuevo, estuviera casada con otro... Con un muerto. No, no tenía suerte con el amor.

La relación con Caroline duraba ya dos largos y tortuosos años, durante los cuales había intentado romperla muchas veces. Jamás lo consiguió. Y aunque había dado comienzo a otras relaciones, cada vez que ella lo buscaba terminaban en la cama; Caroline tenía algo que le resultaba imposible de rechazar. Su última amante les pilló en la cama. Había sido humillante para ella y vergonzoso para él, que nunca se había

considerado ese tipo de hombre; la única que pareció contenta con la situación fue ella, quien después de conseguir lo que se había propuesto volvió con su marido, no sin antes recordarle que lo suyo sólo terminaría cuando ella lo decidiera.

Mark siguió entonces los consejos de George y Nat: poner kilómetros de por medio para aclararse las ideas y verlo todo en perspectiva. Y de aquel modo había acabado liándose con otra rubia a la que también tendría que compartir, pero esta vez con un muerto.

En todo momento fue consciente de que apenas la conocía, pero se le había metido bajo la piel. Era tan apasionada, con aquella forma de besarle y acariciarle sin juegos, sólo incontenible deseo, de una forma tan directa... Se movía tan bien... Al compararla físicamente con Caroline se daba cuenta de lo distintas que eran: Annie, tan pequeña y vulnerable, hacía que sintiera una infinita ternura cuando la tenía entre sus brazos, aunque cuando se ponía borde era dura como una roca; pero posiblemente fuera aquella combinación lo que le ha cautivado. Caroline, exuberante y voluptuosa, le parecía ahora tan ajena y vulgar que no pudo explicarse cómo había estado tan enganchado a ella.

No supo muy bien cuánto tiempo pasó con Annie temblando entre sus brazos, pero cuando se despertó, decidió levantarse a por una camiseta para ella.

—*Honey*, ponte esta camiseta, estás temblando.

Escucho su voz lejana y siento un cosquilleo en el estómago. Alargo los brazos para coger la camiseta, pero en vez de eso me veo aferrándome a su nuca, de rodillas ante él, desnuda. Le beso despacio, disfrutando de su boca, de su abrazo, y hacemos el amor. Esta vez con tranquilidad, explorando y conociendo nuestros cuerpos por completo hasta llegar de nuevo al clímax.

Mark me pone su camiseta, tiene un logo de algún club deportivo y me llega por las rodillas.

—Estás muy graciosa —comenta mientras me da un beso en la punta de la nariz.

Se da la vuelta y se dispone a dormir. Yo me pego a su espalda, con las piernas encajadas en el hueco de las suyas, y le paso un brazo por la cintura. Él me coge la mano entrelazando nuestros dedos.

—Me estaría bien empleado que me mandaras a dormir a mi lado —le digo.

—Estoy bien así, duerme un poco. Necesitas coger fuerzas porque en las próximas dos semanas voy a conseguir que recuperes los últimos años.

—¿Lo prometes? —susurro.

—Lo prometo.

Me duermo satisfecha, tranquila y feliz, con la promesa de dos semanas de sexo intensivo.

LA RESACA

Gritos y golpes en el pasillo han hecho que me despierte sobresaltada. Distingo la voz de Clara, la de Dani y, ¡Dios mío, la voz de Carlos!

—¡Despierta, Mark! ¡Se están peleando! —le digo, sacudiéndole con fuerza y saltando enseguida desde la cama hasta la puerta.

—*Shit!* —maldice Mark en su lengua natal, levantándose rápidamente. Se coloca los bóxer y se interpone entre la puerta y yo.

—Espera aquí hasta que vea lo que pasa —me ordena.

—No seas ridículo.

—Por favor —insiste, aunque sigue pareciendo una orden.

—Vale —acepto por fin, sólo porque me parece lo más rápido.

—Ya, claro.

No he sido muy convincente.

Sale al pasillo colocándome tras él y veo a Carlos y a Dani peleándose a puñetazo limpio mientras Clara tira a los dos todo lo que encuentra en la habitación. Les grita de forma incontrolada, sin reparar en lo que dice, cosas como que le están destrozando su día especial, que son unos cabrones egoístas y algunas otras bastante más duras. Me escapo del brazo protector de Mark y, pasando al lado de los dos púgiles, abrazo a Clara intentando calmarla. Está tiritando de pura rabia y porque apenas está cubierta por el erótico picardías con braguitas a juego que le regalamos en la despedida de soltera.

Veo a Mark apartar a Dani, como si de un muñeco de trapo se tratara, y empujarlo hacia la pared.

—Déjalo ya, Dan, ¿es que no has visto cómo está tu mujer? —En ese momento los tres dirigen la mirada hacia nosotras; Dani tiene el semblante preocupado, pero Carlos, Carlos despidе fuego por los ojos.

—¿Te acuestas con el amiguito? —me dice Carlos—. ¿Por qué no me sorprende?

—Cierra la puta boca si no quieres que te la cierre yo —le advierte Mark.

—¡Mark! Carlos, por favor, cálmate mientras me visto y nos vamos tú y yo a tomar un café.

—¿No lo dirás en serio? —me pregunta Mark.

—Es lo mejor en este momento, créeme —respondo.

—Lo mejor, ¿para quién? ¿Para el capullo este al que vosotras dos consentís todo en memoria de un muerto?

—¡Eh, no vuelvas a mentar a mi amigo con tu sucia boca... Y menos después de tirarte a su mujer! —se da Carlos por ofendido.

A Mark se le tensan todos los músculos del cuerpo y se acerca a él de manera amenazadora, pero mi amigo está en plan kamikaze y decide seguir provocando, esta

vez dirigiéndose a mí.

—¡Qué asco me da todo esto! Menos mal que está muerto y no puede verte acostándote con cualquiera como una... —no puede terminar, porque Mark lo ha tumbado de un solo puñetazo.

Durante unos segundos todos nos quedamos mirando el cuerpo de Carlos, inmóvil sobre el suelo. Oímos el ascensor, del que salen un recepcionista y un guardia de seguridad, y Dani se acerca a ellos para decirles que Carlos ha bebido más de la cuenta. Luego entra en la habitación, pasando junto a Clara sin atreverse a mirarla, y sale con unos cuantos billetes en la mano que le entrega al recepcionista, pidiéndole que acompañen al caballero hasta un taxi.

Los empleados, muy discretos, hacen que le creen y ayudan a Carlos, que está empezando a reaccionar. Cuando los tres desaparecen tras las puertas del ascensor, Mark levanta la vista hacia mí con cara de preocupación. Yo le miro fríamente, ya que ha traspasado la línea mentando la memoria de Marcos; mi Marcos.

—Siento si te ha dolido lo que he dicho, pero es verdad —me dice al tiempo que se pasa la mano por el pelo en un gesto de desolación.

Yo me muerdo el labio inferior hasta notar el sabor amargo de la sangre en mi boca, soy incapaz de contestar. No siento nada, estoy en una nube; muy lejos de ese pasillo, con Marcos, paseando mientras comemos pipas; todo esto no está pasando.

—Annie, por favor...

Mark insiste, acercándose a mí. Me roza ligeramente con la mano y entonces se apodera de mí una fuerza irrefrenable. Lo empujo, obligándole a retroceder; otra vez, y otra, y otra más.

—Annie, por favor. Basta, cálmate —repite él al compás de mis empujones. Siento la mano de Clara en mi muñeca, arrastrándome hacia su habitación.

—Tú no lo entiendes, no sabes nada, nosotros hemos compartido veinte años y tú... tú... tú no eres nadie. ¿Me oyes? Nadie —grito mientras Clara cierra la puerta de un portazo.

Nos abrazamos en silencio. Las lágrimas corren por mis mejillas sin control, pero empiezo a pensar con claridad.

—Aún no estoy preparada para seguir adelante —me defiendo ante Clara, comprendiendo que soy presa de un fantasma; de mi propio fantasma.

—Lo sé, cariño —responde separándose de mi abrazo—. Pero anoche, con Mark, tú...

—Fue genial, pero complicado. —Recuerdo lo mucho que he disfrutado y lo mal que me he sentido por ello, y también lo mucho que Mark exigía en cada caricia—. Quiere tanto en tan poco tiempo... De todas formas creo que me esconde algo, me ha recordado varias veces que sólo tenemos dos semanas; supongo que alguien lo espera en su país.

—Eso, ¿te importa?

—No sé. De verdad, no lo sé. ¿Y tú qué vas a hacer con Carlos? —cambio de

tema.

—Con Carlos hablaré cuando volvamos de la luna de miel, pero a Dani lo voy a matar. Cuando he conectado el móvil esta mañana tenía un montón de llamadas perdidas y mensajes de Carlos; al ir a mirarlos ha sonado otra vez, era él desde el vestíbulo. Le estaba diciendo que bajaba, porque quería dejarle las cosas claras y mandarlo a paseo, y va el idiota de Dani, me quita el teléfono y me dice que ahora soy su mujer y que me lo prohíbe. ¡Que me lo prohíbe! ¿Qué te parece?

Yo reflexiono acerca de lo que Mark ha dicho en el pasillo y me sorprendo al darme cuenta de que, realmente, durante todo este tiempo hemos consentido y perdonado a Carlos mucho más de lo que deberíamos.

—¿No crees que Mark puede tener razón?

—Tal vez. —Clara se queda en silencio un momento con gesto pensativo—. Deberíamos de abrir y hablar con ellos de esto ahora, antes de que se enquiste.

—Tú tienes que hablar con tu marido, yo tengo que ir a por mi vestido y volver a casa a lamerme las heridas y llorar hasta que no me queden lágrimas. Por lo menos ahora sé que es cuestión de tiempo, no estoy muerta por dentro, ¿sabes? El sexo ha sido increíble —reconozco al fin.

—¿Como antes de...? ¿Quiero decir, como con...? —Clara no se atreve a preguntar lo que quiere saber.

—Diferente, intenso, carnal, inesperado; no sé, terriblemente excitante —contesto, sabiendo a qué se refiere.

—Me alegro. Creo que deberías aceptar las dos semanas que te ofrece, como una especie de terapia, y disfrutarlas a tope.

—¿Y si termino peor que al principio?

—No creo que eso sea posible. Vivir siempre es mejor que estar muerto, aunque sufras.

Mark pegó un puñetazo contra la pared del pasillo. Luego comenzó a recorrerlo de un lado a otro, como un animal enjaulado, seguido de cerca por Dani.

—Han pasado dos años, ¡por Dios! ¿Cómo puede seguir tan enganchada? ¿Y cómo puede consentir que el tío ese la insulte y se entrometa? ¿Dónde se ha ido su puto feminismo cuando la ha llamado «cualquiera»? ¿Es que sólo es capaz de enfadarse conmigo? No lo entiendo, no la entiendo.

—Bienvenido a mi mundo —contestó Dan.

—¿Por qué te has casado con una mujer que sigue enganchada a otro?

—No te pases, estás hablando de mi mujer.

Mark no dijo nada, sólo lo miró confundido mientras, con paso firme, se dirigía a su habitación. Dan fue tras él.

—No están enganchadas a ellos sino a la situación. Es cuestión de tiempo. Yo decidí en su momento que una mujer como Clara se merecía que se lo concediese, y me alegro de habérselo dado. Este tío terminará por retirarse antes o después, y yo seguiré aquí con ella.

—Yo no puedo lidiar con eso, y menos ahora.

—Oye, que tú también llevas la maleta cargada. ¿Le has hablado a Ana de Caroline?

—No, y tampoco es necesario. No es como si fuésemos a tener una relación. Lo nuestro es pura química, cuestión de sexo.

—Entonces, ¿qué te importa lo demás?

—Acabo de romperle la cara a un tío; no quiero problemas, necesito tranquilidad.

—Está bien, pero creo que te equivocas, entre vosotros hay algo bueno.

—Cuando te pones en plan «chica» no te soporto. Me voy a la ducha.

En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta. Mark supo, sin lugar a dudas, quién los propinaba, pero siguió su camino hacia el baño.

Dani nos abre la puerta y enseguida abraza a Clara.

—Lo siento, lo siento. No tenía derecho a prohibirte nada, pero es que ese tío me cabrea tanto...

—Lo sé, yo también lo siento. Siento no haberme puesto en tu lugar.

Yo miro a Mark, que está parado en la puerta del baño contemplando la escena y negando con la cabeza.

—¿Tú no deberías contarle algo a Ana? —pregunta Clara a Mark. Él me mira y, sin contestar siquiera, entra en el baño.

—Pues va a ser verdad que eres un capullo —le grita mi amiga.

Mark no podía más. Se apoyó en la pared del baño y se dejó caer hasta el suelo; se sentía derrotado, cansado, frustrado y le dolía la mano. Pero sobre todo, estaba terriblemente enfadado con aquellas dos mujeres, con Dan y con él mismo por no atreverse a salir para decirles lo que realmente pensaba de todo aquello.

Recapacitó: «Eso es lo que tendría que hacer». Y lo hizo.

—¿Tú crees que yo soy el capullo? —se dirige a mí, entrando en la habitación hecho una furia—. ¿Y qué me dices del tío ese, que te impide seguir con tu vida, que te insulta y se encarga de que no puedas aceptar la muerte de tu marido? ¿Ése es tu amigo del alma?

»¿Y qué me dices de ti? —sigue, dirigiéndose a Clara—. Sales corriendo de tu cama en tu noche de bodas para ir a consolar a tu ex, ¿y te indignas porque Dan se enfada?

»Y tú, ¿por qué coño te estás disculpando? ¿Qué se supone que tenías que hacer? ¿Invitarlo a pasar la luna de miel con vosotros? —azuza a Dani.

»Y ahora, si no os importa, voy a ducharme. Cuando salga no quiero ver a nadie en mi habitación. —Y dando un portazo, desaparece en el baño.

Los tres nos miramos alternativamente, nos damos cuenta de que tiene razón en todo. Es como si nos hubieran quitado de golpe una venda de los ojos.

—Te llevo a casa —me dice Dani.

—No, voy a esperarlo; tengo que pedirle disculpas.

—Créeme, conozco a Mark y no es el momento. Dale unas horas para que se

calme. Cuando se enfada es... Tiene mal carácter.

—No va a hacerme daño.

—Físicamente, no. Pero puede decir cosas de las que luego se arrepienta.

—Me arriesgaré.

—Llámanos si necesitas algo —me dice Clara—. Nos vamos, luego hablamos, cascarrabias —grita hacia la puerta del baño.

Mark escuchó los gritos de Clara y oyó la puerta. Por fin solo, entró en la ducha y abrió el grifo del agua hasta que salió hirviendo, intentando relajarse. No lo consiguió. A pesar de lo ocurrido, lo que realmente le apetecía era entrar en Annie y quedarse ahí toda la mañana; sólo así conseguiría relajarse de verdad.

Su mente era un caleidoscopio de emociones. En lo único que pudo pensar era que tendría que hacer terapia; una de éstas en las que imponen el celibato. Si Annie no le pareciese tan endiabladamente *sexy*...

Salió de la ducha, se secó el cuerpo y regresó a la habitación mientras se quitaba la humedad del pelo con una toalla.

Lo veo salir del baño completamente desnudo. Realmente tiene un físico imponente; tan grande, tan fuerte y con esas cicatrices que se ven mejor a la luz del día, me intimida un poco. Se para en seco cuando me ve. Tiene una expresión extraña, no sería capaz de decir si se alegra, o no, al verme allí todavía.

—Creía que había sido suficientemente claro. ¿Se puede saber qué demonios haces aquí aún? —me aborda en tono amenazador, con la voz baja, grave y muy muy fría.

Mark no pudo racionalizar sus pensamientos y soltó lo primero que le vino a la mente. Sólo fue capaz de mirarla. Estaba tan *sexy*, retorciendo la camiseta y mordiéndose el labio sin parar...

Y de inmediato supo que lo peor estaba aún por llegar. ¿Cómo iba a disimular lo que sentía? Porque no fue necesario que bajara la vista para mirarse. Completamente desnudo, cualquiera podría notar que todos sus músculos se tensaron. Todos. Y ella fijó su mirada, precisamente, en aquella parte de su anatomía, lo que no ayudó mucho.

—Me dijiste que no tuviera miedo de ti y ahora me estás asustando. —Mark no me responde—. ¿Puedes vestirme? Quiero hablar contigo.

Sigue sin decir nada. Tira la toalla al suelo y viene hacia mí. En su mirada distingo deseo y enfado a partes iguales. Me da igual. Sólo soy capaz de pensar en tenerlo para mí, en sentir otra vez el placer de hacía apenas unas horas.

Me coge por la parte trasera de los muslos, haciendo que mis piernas se enlacen a su cintura, y siento una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo y nubla mi mente. Él se apodera de mi boca con un hambre voraz; hambre de mí. Me excita sobremanera sentirlo fuera de control. Me apoya contra la pared y me penetra de una sola embestida con una necesidad desgarradora. Lo acojo por completo. En realidad es justo lo que deseo desde que lo he visto completamente desnudo ante mí. Regresan

las ganas de sentir, los ritmos acelerados, los escalofríos, los gemidos. Él sigue moviéndose dentro de mí mientras me acaricia; el tacto de sus manos duras y ásperas sobre la fina piel de mis pezones hace que surjan de mi boca sonidos de indescriptible placer. Me besa en el cuello, me muerde, me sigue embistiendo, y yo me aprieto más contra él. Es tan fuerte... Me sujeta como si fuera parte de él mismo y está tan dentro de mí, que así es como me siento.

Le clavo las uñas en la espalda y se le escapa un gruñido casi animal que me pone a mil. Apreso su pelo y tiro suavemente de él apartándole la cabeza de mi cuello para mirarlo; quiero ver sus ojos, quiero sentir lo que él siente. Nos miramos, sus pupilas color chocolate parecen más negras que nunca, inundadas de deseo.

Su forma de comerme con los ojos hace que explote algo en mi interior. Me aferro a él hasta que los dos llegamos al éxtasis entre suspiros, gemidos y convulsiones de puro placer.

—Lo siento —dice, todavía dentro de mí.

—Estoy bien. Todo está bien, pero tenemos que hablar.

—No siento esto, Annie. Si hubieses querido pararme lo habrías hecho; es que no me he puesto...

—Tranquilo, tomo la píldora.

—¿Qué? —me mira extrañado.

—Problemas hormonales.

—Ya. ¿Por qué no me lo dijiste anoche?

—Un embarazo no es lo peor que puede pasar.

—No confías mucho en mí, ¿eh? —me dice mientras sale de mí y me deja en el suelo.

—Esto lo has hecho para evitar discutir de lo de antes.

—Esto lo he hecho porque no se me ocurre otro sitio mejor para estar que en tu interior.

Sentí un latigazo en el corazón al escucharlo.

—Me gustaría ducharme. Luego vamos a mi casa, me cambio y podemos salir a comer algo mientras hablamos. ¿Te parece bien?

—¿Necesidad imperiosa de borrar las huellas?

—Para ser hombre eres muy susceptible.

—¿Podemos dejar de insultarnos ya?

—Quizá sea mejor que hablemos primero; ponte algo, por favor.

Se dirige al armario y se coloca unos bóxer y un pantalón vaquero ajustado que no se molesta en abrochar. Creo que ya sabe que está igual de sexy así que con su espectacular desnudo integral.

—¿Y bien? —me apremia, mirándome desde su metro noventa apoyado contra el armario. Yo me he sentado en la cama y me acaricio los pies, rozando uno contra otro de puro nerviosismo. Clavo mi mirada en ellos mientras hablo.

—¿Puedes sentarte? —le pido, haciendo un esfuerzo por mirarle. Me sorprende al

notar que ahora parece completamente relajado, incluso divertido, marcando una sonrisa curvada sin apartar su vista; intensa.

Se sienta a mi lado, me coge por la cintura y, con un movimiento rápido, me coloca entre sus piernas abrazándome desde atrás. Con una mano me aparta el pelo y me besa en la mejilla. Me encanta el calor que me proporciona su cuerpo; me hace sentir segura, me da paz. Me vuelvo hacia él y juego con el vello de su pecho.

—Aunque me guste mucho, deberías dejar de morderte el labio; tienes sangre —me dice mientras me lo limpia con suavidad.

—¿Qué pasa? Este cambio... No me malinterpretes, me encanta pero...

—El sexo contigo me sienta muy bien —contesta con una risita.

—Entonces, para tenerte contento sólo tengo que echarte tres o cuatro polvos diarios.

—*Honey*, los polvos te los echo yo a ti —me corrige. Yo le sonrío levantando las cejas con sorna.

—¿Hablamos de lo de antes, Mark?

—¿Podemos dejarlo correr?

—No. En realidad quiero pedirte disculpas, creo que tienes razón en todo lo que has dicho.

Mark no dice nada. Me mira atento, acariciándome la espalda con los dedos y dibujando las espirales que tanto le gustan. Que tanto me gustan. Y eso me ayuda a continuar.

—Al morir Marcos...

—No tienes que hablarme de eso si no quieres. Puedo entender que te duela, pero no entiendo qué pinta el otro y por qué se cree con derecho a decirte lo que te ha dicho —se calla un momento, parece que está dudando—. Tú y él, ¿habéis tenido algo en alguna ocasión?

—¡Nooo! —respondo separándome de él—. ¿Por qué piensas eso?

—Cuando te has ofrecido a acompañarlo a tomar algo, tú sola, no he sabido qué pensar —confiesa, atrayéndome otra vez hacia él.

—Por eso te has enfadado. Hemos sido muy amigos, los cuatro teníamos una relación muy estrecha —sigo acariciándole y, sin darme cuenta, me encuentro dibujando espirales perfectas que siempre terminan en su ombligo—. Marcos y Carlos eran como hermanos, se conocían desde siempre. Clara y yo también. Nos conocimos en el colegio y enseguida creamos un grupo compacto en el que no admitíamos a nadie más, casi siempre estábamos juntos. Ya estoy llorando otra vez, perdona. —Mark seca las lágrimas de mis mejillas con sus labios, animándome así a seguir—. El caso es que cuando Marcos murió, los tres entramos en una fase autodestructiva de la que tan sólo Clara está intentando salir, pero parece ser que Carlos no la deja y, para ser sincera, yo tampoco. Es más, hoy me he dado cuenta de que estamos arrastrando a Dani con nosotros. —Escondo la cabeza en su cuello y él me pasa la mano delicadamente por ella, enredándome el pelo.

—Dani está muy colgado por Clara. Puedo entender la situación del tío ese, se ha quedado solo; pero Clara ha hecho su elección y como no se aleje, la próxima vez Dani puede hacer alguna barbaridad. —Me coge de la barbilla y me levanta la cara para que lo mire—. ¿Quieres saber a qué se refería tu amiga cuando dijo que tenía que contarte algo?

—Sólo si quieres decírmelo —respondo volviendo a apoyar la cabeza en su cuello.

—Yo estoy, estaba, liado con una mujer... —deja transcurrir unos segundos antes de completar la frase—... una mujer casada. ¡Es increíble lo mucho que me cuesta decirlo! Es como si hablase de otra persona. Ya ves, no soy quién para juzgar a nadie.

Me habla sobre su relación con Caroline, de su última amante, Susan, y de todas las demás. Del ir y venir de una relación sin futuro, en un sabotaje continuo de otras posibles relaciones.

—Parece que lo de la autodestrucción también se me da de perlas —comenta con fingida ironía.

—A lo mejor siempre la dejas volver porque sabes que con ella no tienes que comprometerte a nada. Tal vez ése sea el motivo por el que te sienta tan bien el sexo conmigo, porque sabes que yo tampoco quiero compromisos.

Me doy cuenta de que Mark siente una desagradable sensación en el estómago al oírme decir. Al parecer no estoy nada desencaminada.

—No lo sé, Annie. Pero lo que sí sé es que aún nos quedan dos semanas para averiguarlo. ¿Qué hay del fin de semana en Granada?

—Creí que te habías olvidado.

—¿Eso es un sí? —pregunta al tiempo que hace que los dos caigamos sobre la cama, rodando hasta que queda encima de mí.

—Sí, pero ahora deja que vaya a ducharme —suplico, librándome de sus besos y dirigiéndome al baño.

—Vale, pero si tardas tendré que entrar a enjabonarte la espalda.

Mark se puso una camiseta mientras pensaba en lo que acababa de decirle Ana. Tal vez tuviera razón, quizá era él el problema y no Caroline, y sospechó que, si las cosas fueran de otra manera, comprometerse con Annie no le costaría nada. Supuso que su padre lo hubiese tomado fatal, y se lo imaginó diciéndole: «¿Española? ¿Estás loco? ¿Quieres sufrir lo mismo que yo?».

Hablar con él de Marcos ha sido como liberarme de un peso enorme. Mientras el agua resbala sobre mi cuerpo siento que la ilusión crece en mi interior. Decido aceptar aquellas dos semanas enteras sin más presiones, sin remordimientos, sin comparaciones. Sólo tengo que vivir, dejarme llevar. «Tengo que ir a hablar con Marcos, contarle lo que está pasando en mi vida. Es todo tan repentino y tan intenso».

Mark es intenso, fuerte, acaparador... Ya me advirtió que necesitaba mucha atención y creo que no exageraba un ápice. Y durante estas dos semanas le daré toda mi atención; ojalá no se quede también mi alma.

LA PLAYA

Después de ducharme y vestirme nos dirigimos en coche hacia mi casa, son las doce del mediodía de un domingo soleado, como casi todos en Alicante. Decidimos ir por la ruta del Postiguet para ver el mar, que está en calma. A pesar de que estamos todavía en el mes de junio, hay bastante gente tomando el sol. Mark entra por el carril de la playa en vez de seguir por la carretera.

—¿Qué haces?

—¿No te apetece un paseo por la orilla?

—¿Te das cuenta de que todavía llevo traje de fiesta y taconazos?

—Sí, pero también llevas el mejor traje de baño de la historia —me dice bajando del coche. Esta vez me adelanto y cuando llega a mi puerta ya la he abierto y me estoy bajando, me coge de la mano y la cierra por mí. Yo me quito los zapatos y me subo el vestido cogiéndolo con el elástico de mis braguitas.

—Esto para mí es un gran sacrificio. Que sepas que yo siento por este vestido lo mismo que tú por *Jag*.

—Yo también le tengo cariño. ¿Quieres saber cuánto? —pregunta con una mirada inconfundible. Voy a la carrera hasta la orilla, Mark me sigue despacio sin quitarme la vista de encima.

Paseamos, nos mojamos, nos besamos, nos reímos. Consigo ser feliz sin sentirme culpable por ello; me sorprende pensando que ojalá durara más.

—¿Quieres probar el mejor helado del mundo? —suelto de golpe.

—¿Sabes que no hemos desayunado todavía?

—¿Nunca has desayunado helado?

—Yo soy más de café.

—Recuerda que estamos en plan aventureros —intento convencerle, guiándole hasta el quiosco del Peret.

Una vez allí, pido por él.

—Dos de chocolate y vainilla.

Mark saca la cartera para pagar.

—Estás en mi territorio, los helados los pago yo.

—No, no está bien que me invites.

—Me dijiste que te avisara si algo de lo que hacías me molestaba; pues esto me molesta —le recrimino con malhumor. Él se queda mirándome, duda y yo aprovecho para sacar el dinero del monedero que llevo en el bolso, cruzado de manera informal por la cadenita que normalmente descansa en su interior.

Vamos hacia el coche degustando los helados en silencio y acariciándonos las manos que llevamos entrelazadas. Al llegar Mark no me deja entrar, me apoya en la puerta, me coge la cara con una mano y me besa de forma lenta y juguetona,

degustando por completo mi sabor a chocolate y vainilla. La calidez de su beso y la frescura que el helado ha dejado en nuestras bocas me parecen la mezcla perfecta.

EL ÁTICO

En pocos minutos estamos en mi casa. Mark entra con paso dubitativo. También yo me siento rara, es como si no estuviésemos solos, como si Marcos estuviera con nosotros. Le cojo de la mano y le llevo hasta la cocina, que está separada del salón por una barra.

—Prepara café mientras me cambio, ¿vale? —le pido, saliendo de la cocina.

—Pero ¿dónde tienes las cosas?

—Busca y encontrarás.

Mientras me bajo la cremallera del vestido y apenas he entrado en la habitación, noto sus manos en mí instándome a quitarme el vestido.

—¿Qué haces?

—Buscar —responde, moviendo una de sus manos por mi estómago mientras con la otra explora mi escote hasta que encuentra lo que desea.

—Pues no creo que encuentres café por aquí. —Mi voz suena temblorosa.

—Busco algo que me apetece más —replica mientras me quita el vestido.

La incomodidad se instaló como una rémora en el estómago de Mark. Según entró en el ático sintió la presencia del otro en toda la casa. No le gustó nada estar allí, pero sabía que no podía decírselo a ella. Hasta ese momento todo marchaba bien y no quería estropearlo, aunque desconocía cómo podría imponerse a alguien que ya no estaba. Le hubiera encantado que siguiera vivo para poder pelear de hombre a hombre. En ese mismo instante se dio cuenta de que nunca había querido buscar al marido de Caroline para luchar por ella.

Me siento rara, no estoy disfrutando del momento. Estamos en *nuestro* dormitorio, el dormitorio que compartía con mi marido, y puedo notar su presencia. Consigo zafarme del abrazo de Mark.

—Estoy hambrienta.

—Ok, mensaje recibido.

Lo miro con nerviosismo mientras me muerdo el labio.

—Te vas a hacer daño otra vez. No pasa nada, lo entiendo. —Y me da un beso en la frente antes de acariciarme el labio para que deje de mordérmelo—. Vístete y vamos a comer a algún sitio.

—No, seguro que puedo preparar algo rápido con lo que tengo. —Intento sobreponerme mientras escojo una camiseta interior de tirantes y unos calzoncillos de hombre que uso para estar por casa.

—Es verdad; que sabes cocinar...

Él se apoya en el quicio de la puerta. Ocupa todo el hueco, Marcos no era tan grande y, aunque era más guapo de una forma tradicional, no tenía el atractivo animal de Mark; esa mirada intensa, esa nariz rota, esos labios casi siempre entreabiertos.

—Sí, ¿tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo Dani. Me enseñó las fotos de la barbacoa. ¿Te pondrás ese bikini para mí?

—¿Me lo dejarás puesto? —bromeo de camino a la cocina.

—No prometo nada.

—Tendrías que ir al médico. —Había tenido que empujarlo para salir de la habitación.

—¿Para qué? ¿Es que no vas a darme hoy mi dosis de medicación? —responde mientras me sigue, apenas unos pasos por detrás.

—De hecho ya te he dado unas cuantas. En ese armario hay patatas y algunas latas, ¿por qué no preparas un aperitivo mientras yo hago la comida, grandullón? —Le doy un ligero beso en los labios.

—Eso cuenta como ayer. Por cierto, normalmente me gusta ser yo quien lleve los calzoncillos, pero tengo que reconocer que te sientan muy bien.

Mientras comemos, primero los aperitivos y después la paella que he preparado, hablamos de nuestro pasado. Mark me cuenta cosas acerca de su vida en Texas; aunque él y su hermana viven en la ciudad, la familia tiene un rancho, donde vive su padre.

Los recuerdos se agolparon en la mente de Mark. Su madre regresó a España cuando a él lo enviaron al internado y nunca volvió con su padre; mandarle a estudiar tan lejos fue el detonante de la ruptura entre ambos. La madre se negó a aceptar la distancia que el padre había impuesto, sólo porque el niño y su madre estaban muy unidos; pasaban mucho tiempo juntos, jugaban, él la acompañaba cuando iba de compras, la ayudaba en las tareas del rancho... Su hermana, sin embargo, era mucho más independiente. Bajo el estricto punto de vista de su padre, la actitud de Mark no era natural, así que decidió que necesitaba una educación estricta lejos de su madre; al fin y al cabo él también se había criado así. Pero su amada María nunca lo entendió y nunca le perdonó que la alejara de su hijo.

—Es un buen hombre, pero tiene unas ideas muy anticuadas acerca de la educación y de lo que tiene que ser un hombre y una esposa.

—¿Y tu hermana se quedó con tu padre?

—Mary es mayor que yo. Por entonces tenía unos diecisiete años, estaba enamorada y no hubiera dejado a su novio por nada del mundo, después de todo ahora es su marido.

—¿Y tú por qué regresaste a Texas después del internado?

—Mi madre murió a los dos años de estar yo en aquel colegio.

—Lo siento. ¿Te llevas bien con tu padre? —seguí preguntando con auténtica tristeza.

—Ahora sí, pero durante mucho tiempo le culpé de la muerte de mi madre. De chaval hice muchas locuras.

—Las cicatrices...

—Hacía boxeo y en mis ratos libres, me metía en peleas y alguno de mis contrincantes usó algo más que puños.

—El pobre Carlos no tenía ninguna oportunidad —comenté como al desgaire—. Castigabas a tu padre, ¿no?

—Supongo. Pero de eso hace mucho tiempo, la culpa la tuvieron las hormonas. —Quitó importancia a lo que acaba de contarme.

—Siento ser yo quien te dé la noticia, pero tus hormonas siguen alteradas.

—Sé lo que se siente —dice, poniéndose serio de nuevo mientras me mira directamente a los ojos—, pero tenemos que seguir viviendo.

—¿Quieres un café? —Necesito cambiar de tema.

—Ok. —Me coge de la mano cuando me levanto para empezar a recoger—. Qué me dices, ¿vas a empezar a vivir otra vez?

—No hace ni veinticuatro horas que te conozco y ya hemos tenido nuestra primera pelea, tres polvos, he visto cómo tumbabas a un tío de un puñetazo para defender mi honor y preparamos nuestra primera escapada. Para cuando te vayas habré vivido todo lo que me tocaba para este año y me dedicaré a descansar —contesto soltándome y yendo hacia la cocina. Coge lo que falta de la mesa y viene detrás de mí.

—¿Sólo tres? Tenemos que ponerle remedio a eso.

—Cuando yo digo que estás enfermo...

Mark deja los platos en el fregadero y me quita lo que tengo en las manos. Me besa de una forma exigente, haciéndome notar que esta vez él va llevar las riendas y yo no voy a poder, no voy a querer, decir no. Siento el fuego en mi estómago y en algún sitio más. Me gusta, me apetece dejarme hacer y me rindo por completo a su exigencia.

A Mark le pareció increíble lo mucho que le apetecía estar dentro de aquella mujer. Quiso poseerla por completo, borrar las huellas del otro, y decidió que le haría el amor en todas y cada una de las estancias de la casa para que Annie, su Annie, no pudiera volver a pensar en el otro sin acordarse de él. El café tendría que esperar.

Me gira y estira mis brazos sobre la encimera, apoyando sobre ella mis manos abiertas. Hace calor y el tacto frío del mármol bajo mi cuerpo hace que me estremezca y mi piel se erice. Él entrelaza los dedos en mi pelo, me gira la cabeza hacia un lado y se apodera de mi cuello desde atrás; me besa, me lame y me muerde hasta escucharme gemir de placer de forma primitiva. Sin pausa, desliza la otra mano por debajo de mi camiseta, cogiendo uno de mis pechos para tirar y rozar alternativamente el pezón hasta notarlo duro entre sus dedos. Otra descarga eléctrica me atraviesa el interior y mi corazón se desboca.

Intento darme la vuelta hacia él, pero bloquea mi movimiento con sus caderas, y noto su prominente miembro.

—Quiero... quiero tocarte —protesto.

—Shhh, después. Ahora concéntrate en ti. Siénteme.

Y lo hago. ¡Cómo lo hago! Mis caderas se mueven y mi trasero se frota contra él instintivamente, que se deshace de mi camiseta de un solo movimiento para mover sus labios entreabiertos sobre mi espalda, rozándome con la lengua la columna, las costillas, la cintura y después volver a subir. Esta vez me muerde y chupa por todas partes, creo que me estoy volviendo loca; un cúmulo de sensaciones se acumulan en mis entrañas. Punzadas de placer, fuegos artificiales deseosos de explotar. Estoy completamente mojada y dispuesta a acogerlo.

—Mark...

—¿Qué? —Su voz está ronca y rota por el deseo.

—Vamos... ya...

—Aún no.

—¡Joder! —suplico al notar su mano en mi entrepierna mientras que con la otra, que hasta ahora me sujetaba la cadera, me coge del cuello y se acerca a mi oído, dejando caer sobre mí su peso para besarme detrás de la oreja, movimiento que alterna con bocaditos y lametones al tiempo que sigue moviendo sus dedos por el centro de mi sexo.

La presión de su cuerpo sobre el mío es firme pero delicada.

Siento que se contiene y yo me estoy volviendo loca. Jadeo sin parar y aprieto los puños de puro placer.

—Ahora voy a quitarte los calzoncillos y vas a prometerme que te portarás bien o pagarás las consecuencias —susurra en mi oído con la voz más sexy e insinuante que he escuchado en mi vida.

—¡Ja! Si me porto mal, dudo que estés en condiciones de hacerme pagar nada —le reto. Por toda respuesta él introduce un dedo en mí a la vez que me muerde el cuello y succiona con fuerza. Se me escapa un grito. «¡Dios! Es el mejor amante del mundo».

—¿Y bien?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Me portaré bien —prometo casi en un quejido.

Baja por mi espalda besando todos y cada uno de los rincones que encuentra a su paso y sigue su camino de besos, lametones y mordisquitos por la nalga y por el muslo mientras me retira el pantaloncito. La verdad es que no me hubiera movido aunque no me hubiera amenazado, porque apenas si puedo mantenerme en pie.

Mark se incorpora y se acomoda para penetrarme desde atrás, cogiéndome por las caderas con las dos manos, pero en vez de eso se roza contra mi trasero. Soy consciente de su miembro, duro y firme; el tacto se sus velludos muslos en los míos... Ni siquiera sé cuándo se ha quitado el pantalón, pero estoy desesperada por tenerlo dentro y le apremio.

—Oh, vamos, hazlo.

—¿El qué?

—Ya lo sabes.

—Dímelo.

—Quiero tenerte dentro.

Y entra. Despacio. Muy poco a poco, a veces hacia dentro y después un poquito hacia fuera, hasta volverme completamente loca. Me retuerzo de placer, literalmente, y empujo mis caderas hacia él para obligarlo a llenarme por completo. Sus movimientos se hacen también más exigentes y mi cuerpo responde enseguida con electrizantes sacudidas, gemidos y un suspiro que marca el final del orgasmo más largo e intenso de mi vida. Mark se deja caer lentamente sobre mí, disfrutando también de los últimos momentos del suyo.

—Me gustas mucho, ¿sabes? —me dice al oído.

—Me hago una idea —respondo mientras me incorporo y me giro hacia él—. ¿Sabes qué me apetece ahora?

—¿Qué? —Sus labios dibujan una espiral sobre mi mejilla y me estremezco al sentir la vibración cuando habla.

—Una siesta. No sé tú, pero yo estoy agotada y además casi no hemos dormido esta noche.

—Normalmente no hago siesta.

—Esto te pasa por liarte con una española. Esto... Necesito ir al baño.

—Yo también.

—Tú al de fuera, que es esa puerta, y yo al de mi habitación. Nos vemos en el sofá —le indico, al tiempo que me pongo la camiseta, con los calzoncillos aún sujetos en una mano.

Cuando termino de asearme y llego hasta el sofá, Mark ya se ha tumbado y ha puesto un CD de Scriming. ¿Puede alguien ser tan perfecto?, me pregunto.

Mark la vio llegar. Cuando ella se paró frente a él y se le quedó mirando, no fue capaz de imaginar qué estaba pensando, pero creyó que parecía que quisiera comérselo. Le gustó, hizo que se sintiera en casa. Annie se había cambiado los calzoncillos por unas preciosas braguitas de raso color rosa.

—Así me gusta, tú braguitas y yo calzoncillos.

Me coge de la mano y tira de mí hasta que quedo tumbada boca arriba sobre su estómago. Me abraza y yo le cojo la mano para instarle a dibujar sus espirales en mi ombligo. Mis espirales. Y así nos quedamos dormidos.

El sonido del teléfono fijo nos despierta. Lo cojo, estirando la mano hacia la mesita que hay al lado del sofá, y respondo con voz soñolienta.

—Soy Clara. Empezaba a preocuparme al no recibir tu llamada, pero ya veo que has llegado a casa. ¿Has vuelto en taxi? Podías haber regresado con nosotros. ¿Se ha pasado mucho Mark? ¿Quieres que Dani hable con él o que le dé una paliza o algo? —Clara siempre habla mucho cuando está preocupada.

—Clara, estoy bien y, no es por nada, yo sé que tú tienes a Dani en un pedestal, pero cariño, después de lo que hemos visto esta mañana, no creo que pueda darle una

paliza a Mark.

—Éste suelta una carcajada.

—La última vez que lo intentó no le fue muy bien —dice él.

—Un momento, ¿ése es Mark? ¿Está ahí contigo? —pregunta Clara.

—¿Está con ella? —Ahora es Dani quien habla, que debe estar al lado de Clara escuchando.

—Sí, está conmigo —contesto.

—Y sólo la he torturado un poquito —apostilla Mark, acariciándome el muslo.

—Estate quieto, estoy al teléfono —le riño.

—Se han liado otra vez, de hecho se están liando ahora en nuestras narices; bueno, en nuestras orejas —informa Clara a Dani.

—¿A qué hora sale vuestro vuelo? —le pregunto cambiando de tema.

—Tenemos que estar a las ocho en el aeropuerto, así es que queríamos saber si tú o Mark podíais dejarnos allí antes de ir a trabajar, pero supongo que ahora podéis llevarnos juntos, ¿no?

—¿Por qué no quedamos para cenar esta noche? —oigo que pregunta Dani.

—Vale, ¿preparo algo aquí?

—No, salgamos a cenar fuera —propone Mark.

—Vale. Pues vamos al Piripi —plantea Clara.

—Ok. Esta conversación a cuatro bandas me está volviendo loca. En cuanto estemos preparados, bajamos a por vosotros. —Y cuelgo sin esperar.

Me pongo unos vaqueros con una camiseta que deja un hombro al aire, un cinturón ancho y unos buenos tacones. Elijo un maquillaje ligero, apenas un poco de brillo. Durante el proceso, Mark me mira desde la puerta del dormitorio, ocupando todo el hueco y sin quitarme los ojos mientras yo me muevo de un sitio para otro.

—Ponte el pintalabios de anoche.

—¿Qué? —me sorprende.

—Sabías a caramelo.

—¿Te diste cuenta?

—Ya te dije que sí, que me había enterado —responde cruzando los brazos y mirándome con una sonrisa coqueta.

Al principio, al entrar en casa de Clara, los cuatro estamos un poco tensos, pero en honor a mi amiga tengo que reconocer que se porta muy bien y no es tan chinchosa como acostumbra.

—¡Hola, cascarrabias! —dice a Mark en cuanto entra.

—Sabes que tengo razón —contesta él tranquilamente, lo que también me sorprende; pensé que se enfadaría pero ha sido muy razonable. No hablamos más del asunto y el resto de la noche resulta muy divertida.

Después de la cena vamos al As de Pikas, nuestro bar favorito, donde nos pedimos un cubo de cervezas, y perdemos al póker a favor de Mark.

La noche transcurrió con naturalidad, pero aunque Mark disfrutó de ella, de lo

que realmente tenía ganas era de quedarse a solas con Annie.

Cuando llegaron al *pub* se sorprendió al ver el ambiente motero. Una Harley dibujada a modo de *graffiti* ocupaba toda una pared llena de firmas y dedicatorias, mientras que otro de los muros estaba decorado con pósteres y carátulas de LP. Detrás de la barra estaba un tío grande y calvo, con los brazos llenos de *tattoos* y mirada de perdonavidas, que tenía a su lado a la que parecía ser su mujer por el modo en que se toqueteaban y miraban. Pequeña, rubia platino y con flores tatuadas en uno de los brazos —que hacían juego con su prendedor de pelo— y un bizcochito con una guinda roja dibujado en el otro antebrazo.

Ambos saludaron con cariño a las chicas y Dan le presentó a la pareja, mientras las chicas se dedicaron a gritar y saltar cuando Claire enseñó el anillo.

—Bien hecho —dijo a Dan mientras servía tres chupitos de Jack Daniels.

Le gustó Ace, el camarero. Su mujer, Spade, la rubia platino, invitó a las chicas a unos cócteles de cava con fruta dentro. Todos brindaron, se besaron y apuraron la copa de un trago. Después él ganó a todos al póker y, antes de dar por finalizada la velada, Claire y Annie se tomaron unos chupitos de tequila con la dueña del local.

De camino al coche, las muchachas gritaron y rieron por todo, contaron chistes que sólo ellas entendieron y Dan acabó teniendo que sujetar a Clara, que quería regresar subida sobre el capó. Annie fue más comedida, se limitó a echar el asiento hacia atrás.

—Me duermo —dijo. Y al segundo respiraba emitiendo un pequeño ronroneo. Ni siquiera los gritos de Claire, llamándola «sucio traidora dormilona», consiguieron sacarla de su trance. Estaba preciosa con aquel mohín en la boca. Cuando llegaron intentó despertarla.

—Cariño, hemos llegado a casa —acompañó su voz con un suave zarandeo.

—Yo me quedo aquí.

—No puedes quedarte aquí.

Escuchó el sonido de las puertas traseras al cerrarse y sólo le dio tiempo de ver que Claire y Dan iban corriendo hacia la casa, besándose con pasión.

—Supongo que eso significa que no me vais a ayudar, ¿no? —no contestaron.

Antes de cogerla en brazos, buscó las llaves en el bolso de Annie. Su cartera pareció saltar al encuentro de su mano, y aunque era consciente de que no debería hacerlo, no pudo evitarlo.

La abrió y encontró justo lo que buscaba: la foto del otro, Marcos. Era rubio, tirando a pelirrojo, con los ojos de un azul profundo y la nariz recta; no como la suya. Parecía perfecto y sonreía como ella, como su Annie. ¡Dios!, estaba loco de celos de un muerto. Nunca se sintió así con respecto al marido de Caroline, más bien le daba pena el pobre diablo.

Dejó la foto en su lugar, localizó las llaves y la subió en brazos hasta el ático. Una vez que consiguió abrir, mientras la sujetaba en brazos, le quitó con delicadeza los zapatos, el pantalón y el cinturón. Luego la acostó en la cama y le dejó puestas la

camiseta y las braguitas; al darse cuenta de que no llevaba sujetador, se le endureció la entrepierna.

«Esta noche no», pensó mientras la tapaba con la sábana.

Dudó si debería quedarse a dormir, al no haberlo hecho antes no se sintió seguro, al pensar que quizá ella no quisiera verlo en su cama cuando despertara. Aquél seguía siendo territorio del otro.

Vio un bolígrafo sobre la mesilla de noche y supo, exactamente, lo que tenía que hacer.

A las seis de la mañana me despierta el teléfono, me duele la cabeza. ¿Dónde está el aparato? En el bolso. Voy corriendo a buscarlo, tropezándome con todo.

—¿Sí?

—Soy Clara. ¿Os acordáis de que tenéis que llevarnos al aeropuerto?

—Ummm. —Intento centrarme y hago memoria—. Sí, pero...

—¿Pero qué? Si salimos en media hora os invitamos a desayunar.

—Sí, claro, me ducho y bajo, no te preocupes. —En ese momento me fijo en la nota que hay en la mesita del salón.

—Oye, ¿no está Mark contigo?

—Ehhh, no.

—¿Os habéis enfadado otra vez?

—No. En realidad no creo. No sé, estaba dormida.

—Se habrá ido al hotel para cambiarse y eso, no te preocupes.

—Pues claro que no me preocupo. Oye, no es exactamente como si estuviéramos saliendo, sólo es un rollo. Anoche yo no estaba para el tema, así es que...

—No seas injusta, Mark no es así.

—No pasa nada. Voy a ducharme antes de que se haga tarde.

—Vale.

Después de colgar cojo la nota y la leo: «llámame cuando te levantes», luego un número de móvil y una espiral garabateada en toda la nota. «PD: ¿Comemos juntos?». Me doy cuenta de que se me ha dibujado una sonrisa en la cara y me llevo la nota a los labios. Dudo entre llamarlo ahora o cuando llegue al trabajo, tal vez esté durmiendo. «Pues que se fastidie, por no quedarse». Marco.

Un tono. Dos...

—Jacob.

—Hola, Jacob, ¿te he despertado? Perdona, soy Ana. Annie.

—Hola, cariño, ya sé quién eres. ¿Cómo estás?

—Bien, ummhhh, las espirales en papel no cuentan —le escucho reírse.

—Levántate la camiseta.

—¿Vamos a tener sexo telefónico? —pregunto con coquetería.

—No tenemos tiempo, pero te tomo la palabra. Súbete la camiseta, vamos. —Obedezco y me miro. Una enorme espiral recorre mi vientre hasta el ombligo.

—Eres un capullo, ahora tendría que hacerte venir para que me limpiaras esto.

—No me tientes.

—Ayer no te dije una cosa: tú también me gustas. Mucho.

—Por algo se empieza. ¿Comemos juntos?

—Sí, nos vemos en El Çigró a las tres y algo.

—Ok. —Hubo un momento de silencio.

—Me voy, tengo que llevar a la feliz pareja al aeropuerto.

—Es verdad, salúdalos de mi parte. —Otro silencio y colgamos.

No me lo puedo creer, le he dicho que me gusta, ¿seré idiota? Este tío ha puesto mi mundo patas arriba en un día. «¿Qué habrá querido decir con eso de por algo se empieza?». Me pongo en marcha y abro el armario para escoger la ropa; ¿vaqueros? No, voy a comer con él. Cojo un vestido corto y vaporoso con muchas florecitas, mangas diminutas y cinturón fino, y lo acompaño con botines de *cowboy* y cazadora vaquera.

EL HOSPITAL

Después de dejar a los recién casados deseosos de iniciar su nueva vida, me dirijo al trabajo y me cruzo con Lucy en el reloj de fichar.

—¿Qué tal, Ana? —me pregunta con sorna.

—Bien, gracias, ¿y tú?

—Vi a Carlos, estuvo en la fiesta buscando a Clara.

—¿Le dijiste tú dónde estaban?

—No, creo que se le escapó a Raquel. ¿Pasó algo?

—No, no.

—Está muy mal, ¿sabes?, me da mucha pena. —Sólo pude asentir—. Y tú, ¿qué tal con mi compatriota guaperas?

—Pasamos el rato.

—Ya. ¿Vienes a almorzar a la UCI?

—Sólo si no me interrogas.

No puedo dejar de pensar en el fin de semana, tantas emociones y sentimientos en tan poco tiempo me hacen sentir cierto aturdimiento; pero quiero, necesito, dejarme llevar. Las cicatrices de su cuerpo, las de su alma, la nariz rota, el puñetazo que le propinó a Carlos, los muchos líos en los que se habría metido; de repente quería saberlo todo de él: cómo sería su día a día en su país, el aspecto de su amante —la mujer casada—. «Seguro que muy guapa y probablemente con buenas tetas, no como yo».

A las once, una llamada me devuelve a la realidad. Es Lucy, acaban de ingresar a Carlos con una sobredosis: pastillas, alcohol, coca.

—Está muy mal —me dice— y no sabemos a quién llamar; el número de contacto en caso de accidente es el de Clara, pero no sé yo si debemos avisarla.

—No, Clara está camino de Hawai. Bajo enseguida y llamo yo a sus padres.

Mientras me dirijo a la UCI a la carrera, mi mente no puede dejar de barajar un montón de posibilidades. «Si las cosas van mal y no aviso a Clara, es probable que no me lo perdone nunca, pero está de luna de miel». «¿Qué pensaría Dani?». «¿Y si lo llamo a él?».

Entro a la UCI por la puerta de uso exclusivo para sanitarios y así no tener que llamar e ir más rápido. En el box todavía están Lucy y María, su auxiliar, terminando de ajustar la medicación y acomodarlo. Lo han estabilizado, pero todavía es pronto para saber cómo evoluciona. Me concentro en el sonido rítmico del respirador, que se mezcla con el bip del monitor, mientras María coloca bombas y comprueba electros, y Lucy saca sangre, pone la medicación y toma parámetros. Lo he visto hacer montones de veces, tanto a ella como a Clara, pero es muy diferente cuando se trata de alguien cercano. Yo no viví eso con Marcos, no tuve tiempo de despedirme, él

llegó muerto al hospital. Me pregunto si tengo derecho a hacerle esto a Clara, pero a pesar de los años compartidos, él no es ahora su marido, su marido es Dani; intento convencerme de que hago lo correcto.

—Voy a llamar a sus padres.

—Habla con Nuria, está en el despacho —me aconseja Lucy. Nuria es la intensivista de guardia.

Después de hablar con ella me tranquilizo un poco. «Es pronto —me explica ella —, pero es joven y fuerte. Creo que podrá superarlo, aunque hay que esperar para ver cómo evoluciona y comparar algunas pruebas».

Consigo hablar con el padre de Carlos. Media hora después están en el hospital. Abrazos, lágrimas, comentarios sobre lo mal que está, lo mucho que se ha perdido desde lo de Marcos, lo mal que lleva que Clara haya rehecho su vida. Hablan con Nuria, que les dice lo mismo que a mí. Pasan a verlo y salen llorando.

Lucy les informa del horario de visitas, pero su madre me mira con lágrimas en los ojos. «Ya que no está Clara, te quedarás tú con él, ¿verdad?», me suplica.

No soy capaz de contestar. Lucy la coge por los hombros y le dice que no se preocupe, que está en buenas manos y que ella se encargará personalmente de que se haga lo mejor para su hijo en cada momento; pero la mujer no quita los ojos de mí hasta que asiento a su petición. Veo que están pasando cosas a mi alrededor, pero yo no reacciono; es como si alguien me estuviera contando una película pero yo no estoy ahí, no quiero estar ahí.

—Ana, tienes que subir a rehabilitación, te llaman —me reclama María. Es un alivio.

Cuando termina mi turno vuelvo a bajar a la UCI, entro por detrás para evitar a los padres de Carlos. Lucy está dentro del box.

—Ana, vete a casa, he cambiado turnos y me quedaré aquí hasta que puedan quitarle el respirador.

—No tienes por qué hacer eso.

—Tú tampoco y no es justo que te lo pidan. ¿Quieres que vayamos a tomar algo a la cafetería?

—No tengo hambre.

—La verdad es que yo tampoco.

Y mientras la escucho, siento una punzada en el pecho. ¡Comida! Un momento... Miro el reloj, son las cuatro menos cuarto. ¡Mark!, ahora sí que la he liado; si al menos lo hubiera llamado. Voy a la salita y saco el móvil del bolso. Un mensaje. «Como tardes mucho, me lo comeré todo».

Un tono, dos tonos.

—Jacob.

—Soy Ana.

—Estás castigada sin postre.

—Yo... no voy a poder ir. —Se produce un momento de silencio.

—¿Se te ha complicado el día?

—Eh, sí.

—Ok, por la tarde terminaré como a las siete. ¿Te llamo?

—Es que no sé a qué hora voy a terminar, mejor te llamo mañana. —Intento ganar algo de tiempo.

—Annie, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Y nosotros, estamos bien?

—Tengo que dejarte. Mañana hablamos.

Mark sintió que apresaban su corazón en un puño. Los monosílabos, los silencios, ese tono distante... Así hablaba Caroline cuando quería poner distancia entre ellos, pero él normalmente seguía con su vida hasta que ella volvía a aparecer. Sin embargo, no pudo hacerlo en esa ocasión. Tenía que saber qué era lo que había cambiado, si Annie estaba sufriendo... Si se sentía culpable, él podría reconfortarla.

Paso el resto de la tarde con Carlos sin atreverme a pensar en nada. A las ocho suena el timbre de la UCI y Lucy entra en el box.

—Ana, es para ti. Te buscan.

—No quiero ver a sus padres, no puedo decirles nada nuevo.

—Es el americano.

—¿Mark? ¿Le has dicho algo?

—No. —Como no hago por moverme, Lucy me coge de la mano y tira de mí para que me levante.

—Vamos, ve a hablar con él.

A duras penas me levanto y me dirijo hacia la puerta. Al salir le veo allí, de pie, tan grande... Lleva la chaqueta del traje en la mano, la corbata floja, una cartera colgando del hombro y el pelo algo revuelto. Al verme salir viene hacia mí, se inclina para darme un beso en los labios pero yo giro la cara y me lo da en la mejilla.

De reojo veo a los padres de Carlos mirando intrigados la escena.

—He subido a rehabilitación y Rachel me ha dicho que estabas aquí. Te he traído un bocadillo por si tenías hambre. —Lo saca de la cartera y me lo da.

—Gracias —acierto a decirle.

Voy hacia los padres de Carlos para informarles de que no hay nada nuevo y les aconsejo que se vayan a casa a descansar. Les prometo que pasaré allí la noche y que les avisaré si hay algo nuevo; me hacen caso, me abrazan y se van, no sin antes echarle un último vistazo a Mark. Me vuelvo hacia él muy despacio.

—¿Me vas a contar qué pasa? —me pregunta mientras me acaricia el labio para evitar que siga mordiéndomelo.

—Vamos fuera, al jardín. —Una vez allí me siento en un banco, subiendo los pies y abrazándome por las rodillas.

—¿Quiénes eran esos que me miraban con mala cara? —se preocupa sentándose a mi lado—. ¿Qué les ha pasado?

—Son los padres de Carlos. —No le he mirado mientras respondo.

—Ya. ¿Qué ha hecho? —Su voz suena tensa pero suave, se nota que se está conteniendo.

Le cuento lo que sé, que tampoco es mucho, y por fin giro mi rostro hacia él.

—¿Me culpas a mí? Por lo de ayer.

—No, no. Llevaba un ritmo imposible, tarde o temprano tenía que pasarle algo así.

—Está bien. ¿Has llamado a Clara?

—No, no sé qué hacer.

—Interrumpir su luna de miel es su decisión, no la tuya; tiene derecho a saber lo que pasa.

—Es fácil decirlo.

—Nada de esto es fácil para mí. Nada lo es desde que te conocí, pero no es el momento de hablar de eso. Me voy, llámame si necesitas algo.

—Mark. —Le detengo cuando ha dado ya dos pasos para alejarse—. No quiero complicarte la vida. Lo de las dos semanas era un juego, no tienes obligación de volver a verme.

—¿Es lo que quieres? —No me sale la voz, así es que niego con la cabeza bajando la vista—. Ven aquí —me dice abriendo los brazos.

Yo corro a su encuentro y le aprieto fuerte, me quedaría en su abrazo para siempre. Me besa en la cabeza y me acaricia la espalda con dulzura.

—Llámame mañana y telefonea a Clara, no puedes ocultarle esto.

—Pensé que precisamente tú...

—Ana. —Me aparta, cogiéndome la cara con ambas manos—. Carlos no es Marcos.

Hablar con él hace que vea todo mucho más claro; esa conexión que tenemos, esa confianza en tan poco tiempo, incluso esa brutal sinceridad a la hora de decir lo que piensa; es como si nos conociésemos de toda la vida. Me temo que no me voy a conformar con dos semanas, cuando se vaya me tocará sufrir; ahora estoy segura, pero aun así voy a seguir adelante.

Por la mañana me incorporo a mi puesto después de una ducha y desayunar algo. Cumpló como puedo con el turno y bajo a ver a Carlos. Todavía no he llamado a Clara y tampoco a Mark, ni él a mí; me está dejando espacio, supongo, o se lo ha pensado mejor. Cuando entro, Lucy me informa de que lo han despertado y que está con correas de seguridad porque ha intentado arrancarse la vía de un tirón, y que en unos minutos Richi, que está de turno hoy, se la va a quitar.

Richi se acerca a nosotras. Siendo como es, hombre de pocas palabras, me aprieta el hombro con una mano y me dice que espere fuera.

Le escucho decirle que expulse el aire por la boca. Lucy le riñe como a un niño y lo amenaza con ponerle un bozal además de las correas. Al rato sale Richi con un

enfermero y me comenta que todo ha ido bien. Yo asiento y me quedo en la puerta del box mientras oigo cómo Lucy se desahoga con Carlos, hablándole como ninguno nos atrevemos a hacerlo.

—Eres capaz de cualquier cosa con tal de llamar la atención de Clara; si tanto la quieres, ¿por qué no la dejas ser feliz?

—No te metas dónde no te llaman y quítame toda esta mierda, que me largo —le contesta Carlos.

—No vas a ir a ninguna parte. Son correas psiquiátricas, intento de suicidio, ¿recuerdas?

—No fue intento de suicidio, sino un festival de cuidado.

—Eso se lo cuentas al psiquiatra y a tus padres de paso.

—No pienso hablar con ningún loquero.

—No es una sugerencia.

—¿Quién coño te crees que eres para decidir nada acerca de mi vida?

—O de tu muerte.

—O de mi muerte, sí. Que te haya follado un par de veces porque iba demasiado borracho para saber lo que hacía, no hace que...

—Crees que por insultarme va a cambiar tu situación. Eres un crío, un consentido de mierda y... que te den.

Y sale del box con lágrimas en los ojos. Cuando se da cuenta de que lo he escuchado todo, se va corriendo al baño. Me quedo allí plantada sin saber qué hacer. No reconozco a Carlos, no sé quién es la persona en la que se ha convertido; decido ir detrás de Lucy. La encuentro lavándose la cara, es evidente que hace un esfuerzo por no llorar más.

—Siento haberlo oído, no tenía ni idea de lo vuestro.

—No existe lo nuestro. Debo de ser masoquista, sé que sigue enamorado de Clara pero no puedo evitar sentir lo que siento.

—No creo que ame a Clara. Ama lo que fueron juntos, pero eso ya pasó; incluso antes de lo de Marcos ellos ya no estaban bien.

—En fin, ya veremos si algún día...

—¡Ojalá se dé cuenta de lo que tiene en vez de pensar en lo que tuvo! —la consuelo, abrazándola.

—¡Ojalá tú también lo hagas! Mark parece un gran tío.

—Lo mío tiene fecha de caducidad. Lucy, yo quiero mucho a Carlos, pero no dejes que te trate mal; su dolor no es justificación.

—Lo sé.

Cuando llegamos al box está cerrado. Un psicólogo está hablando con Carlos y cuando sale, después de algo más de una hora, le dice a Lucy que pase, que el paciente quiere hablar con ella.

A mí me lleva a un aparte, nos conocemos bien; me trató durante unos meses. Me habla con sinceridad, explicándome que lo mejor para Carlos en este momento es

alejarse de nosotras hasta que acepte no sólo lo que pasó, sino también los cambios que ha habido en su vida. Me dice que lo hemos sobreprotegido como si fuera un niño, consintiéndole todas las rabietas sin dejarle avanzar.

Pienso en lo que nos dijo Mark. El psicólogo sigue hablando pero yo ya no le escucho. Chasquea los dedos en mi cara.

—Perdona, estaba pensando en lo que me has dicho.

—¿Y tú cómo estás? —se interesa—. Hace tiempo que no vienes a verme.

—Estoy bien. Tengo que hablar con sus padres.

—Yo lo haré, tú ve a descansar; es una orden. —Le miro y, sin decir nada, me voy por la puerta trasera. Subo a rehabilitación y me doy una ducha muy larga y muy caliente.

Me voy a casa siguiendo el camino de la playa para ver el mar. El mar me calma, me da paz. Decido aparcar y dar un paseo. Pierdo la noción del tiempo, andando sin pensar. Cuando miro el reloj son casi las doce de la noche. Me doy cuenta de que esta vez sólo ha funcionado a medias, lo que quiero es estar con Mark, quiero sus espirales; me hacen falta.

En el hotel está de guardia el mismo recepcionista de la otra noche, que me reconoce y no hace preguntas.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches —respondo y subo directamente.

Mark siguió trabajando. Necesitaba entretenerse. Annie no había vuelto a ponerse en contacto con él y no saber qué estaba pasando le mataba, pero no tenía intención de presionarla y tampoco de rogar por las migajas. Decidió que cuando quisiera verlo sabría lo que tenía que hacer, aunque esperaba que Carlos se recuperara porque sino las cosas se iban a poner feas. Sólo un par de días atrás le dijo a Dan que no estaba dispuesto a lidiar con la situación, pero la verdad era que la atracción que sentía por Annie no le dejaba pensar con claridad, sólo quería verla y tenerla de nuevo.

El corazón le dio un vuelco al escuchar unos golpecitos en la puerta. Era muy tarde, pero la ansiedad hizo que se levantara a toda prisa para abrirla.

Cuando lo veo se me encoge el estómago, ¿cómo puedo haberlo echado tanto de menos? Descalzo, con los vaqueros estratégicamente abiertos y sin camiseta, me doy cuenta de qué es lo que necesito. Él es lo que quiero, necesito esconderme en su abrazo.

Me coge por la nuca, me atrae hacia él y me envuelve con su cuerpo hasta que me siento a salvo, mientras cierra la puerta de una patada.

Mark me quita la chaqueta despacio, me acaricia por encima del vestido; la espalda, el trasero, mueve la mano por mi cintura y sube hasta rozar mi pecho; me desabrocha el vestido besándome el cuello y bajando hasta mis pezones. Es lo que necesito, a él en mí, es lo que quiero.

Sus manos se mueven por mi cuerpo con seguridad mientras yo meto las mías por

la parte de atrás de la cinturilla de su pantalón, tocándole las nalgas. Me quita el vestido y me tumba en la cama; su mirada me desvela que tiene en mente algo especial, algo que me va a hacer sentir placer por todos los poros de mi piel. Baja por mi estómago, pasa por mi ombligo, se deshace de mis braguitas con maestría y llega hasta el centro de mi deseo para besarlo, lamerlo y dar pequeños mordisquitos.

Me reconforta, me excita, me aprieto contra su boca. Él me tiene sujeta por las caderas y de vez en cuando sustituye la boca por la mano para poder mirarme; me introduce primero un dedo y después otro, y continúa besándome hasta que siento que me voy y sus caricias se vuelven más intensas.

Con un último suspiro finaliza mi orgasmo. Ha sido eléctrico, como una descarga de adrenalina que me hace gemir y retorcerme de placer.

—¿Quieres dormir?

—¿Y tú? —pregunto yo a mi vez.

—Esta noche será como tú quieras. Estás cansada, apenada y confusa; lo entiendo.

—No estoy confusa con respecto a esto —protesto mientras dirijo mi mano a su miembro erecto.

—Me encanta mirarte cuando pierdes el control, la forma en que te retuerces y te relames... —me incita con su boca pegada a la mía.

Me besa intensamente mientras yo acaricio sus abdominales, su pecho, sus muslos y seguimos haciendo el amor con toda la pasión de la que son capaces nuestras confusas almas.

Mark me gira poniéndome boca abajo en el colchón, masajea mi espalda y mis nalgas —primero con las manos, luego con los labios—, y mete una mano bajo mi cadera hasta llegar a mi sexo mientras con la otra toca mi pecho y ocupa su boca en mi cuello.

Me estoy volviendo loca de deseo y comienzo a mover la cadera con cierta impaciencia. Él la levanta con las manos, hasta ponerme casi a gatas, y con una mano en mi cuello me pregunta:

—¿Estás bien así?

—Estoy esperándote, vamos.

Él responde tomándome poco a poco y yo sigo instintivamente sus movimientos, hasta que nuevamente llego a un orgasmo lento y convulsivo con el que no puedo, ni quiero, evitar un grito casi al terminar. Después hace más exigentes sus movimientos hasta que se deja llevar por su propio clímax, que termina con un profundo suspiro.

Cae sobre la cama y me arrastra hasta tenerme pegada a él, mientras que con su dedo índice comienza a dibujar sobre mi ombligo.

—Eres increíble, la mujer más excitante que he conocido en mi vida.

—Te voy a echar de menos cuando te vayas, ¿sabes? —respondo a su halago, pensando en voz alta.

—¿A mí o el sexo conmigo?

—Todo —reconozco, incorporándome un poco y acariciándole la cara.

—Aún tenemos unos diez días y este fin de semana iremos a Granada.

—Ya. Oye, no era mi intención ponerte en un aprieto. Sé que cuando regreses a tu país volverás con ella, es sólo que para mí todo esto es tan... nuevo, distinto. Y me gusta. ¿Soy demasiado sincera?

—No, yo siento lo mismo. Cuando vuelva no creo que pueda retomar mi relación con ella. Y me gustaría que tú y yo estuviéramos, por lo menos, en el mismo continente.

—Eso estaría bien.

—¿Crees que podríamos conseguirlo aun estando tan lejos?

—Podríamos intentarlo, es cuestión de aviones, ¿no? —propongo sonriendo. Quiero intentarlo con todas mis fuerzas—. Necesito más de dos semanas, no sé cuánto más, pero sé que dos semanas no son suficiente.

—Para mí tampoco. Con dos semanas no tengo ni para empezar a comerte —responde, dándome un bocado muy seductor en el cuello.

—Tú no te cansas nunca, ¿eh?

—Llevo dos días sin tenerte, tengo que ponerme al día.

Pasamos los siguientes días en su hotel. Yo tan sólo voy a mi casa para coger ropa, me doy cuenta de que Mark sigue sintiéndose incómodo en ella. Y pronto llega el sábado por la mañana.

Partimos hacia Granada.

LUCY Y CARLOS

—Hola, me han dicho que querías hablar conmigo —dijo Lucy mientras acercaba una silla para sentarse a su lado.

Carlos aún estaba en la cama, pero le habían quitado ya las correas.

A Lucy le pareció que estaba guapísimo con su pelo oscuro revuelto y la mirada vidriosa e intensa. Le observó humedecerse los labios, sin duda se estaba armando de valor para hablar con ella. No pudo evitar sentirse inquieta, no sabía qué era lo que querría decirle pero, ante la duda, empezó a retorcerse las manos con nerviosismo en un acto reflejo.

—Sí —confirmó, fijando la vista en una arruga de la sábana—. Yo... supongo que te debo una disculpa.

—¿Supones?

—Lo siento, de verdad. No mereces que te trate como lo he hecho hoy...

—¿Sólo hoy?

—Lucy, estoy hecho un lío. No sé lo que siento con respecto a nada ni a nadie —hizo una pausa—. Nunca te he mentado.

—No, no lo has hecho. Supongo que en parte es culpa mía, no puedo evitar estar enamorada de ti, como tampoco puedo obligarte a que tú sientas lo mismo por mí; pero tranquilo, se acabó. Te ayudaré a salir de ésta y después no volveré a verte. Tengo que avanzar.

—¿Te he hecho mucho daño?

—Me he hecho más daño yo misma.

—Pero tú sabías que yo seguía colgado de Clara.

—Entonces, ¿por qué te liabas conmigo? ¿O con las demás?

—Soy un tío. Necesito lo que necesito.

—Eso son excusas. La verdad es que no tienes ni idea de qué es lo que quieres o necesitas.

—Si Marcos no hubiera muerto...

—No sigas por ahí.

—¿Qué?

—Utilizas lo que le pasó a Marcos para justificar tu comportamiento, pero lo cierto es que ya tonteabas conmigo antes de todo lo que pasó después.

—Yo... Supongo que sí, pero él me centraba.

—Eso no habría durado eternamente. Hubieras dejado de escucharle tarde o temprano, o Clara se habría cansado de aguantar tus coqueteos y te habría mandado a la mierda mucho antes.

—Podrías evitarme esto, ¿no?

—No, es hora de que escuches las verdades.

—¿Qué verdades? A ti nadie te obligó a estar conmigo y sabías lo que le hacía a Clara. Tú también me tirabas los tejos aunque sabías que estaba casado.

—Sí, y bien que lo estoy pagando. Mira, vamos a dejarlo estar; lo que ha pasado entre nosotros, pues... Es mejor olvidarlo. Sin reproches ni rencores, pero se acabó.

—De acuerdo, si es lo que quieres, me parece bien.

Pero aquello no era lo que Lucy quería oír. Se le encogió el corazón, pero sabía que a la larga era lo mejor.

GRANADA

Son las ocho de la mañana del sábado, hemos metido un par de bolsas de viaje con ropa y los enseres de aseo en su coche y nos ponemos en marcha. Antes hemos desayunado en el bufet del hotel, no me acostumbro a la forma de desayunar de Mark, a mí se me cierra el estómago en cuanto veo los huevos por la mañana.

—Cariño, ¿qué quieres?, me agotas todas las noches, tengo que recuperarme.

—Sí, la culpa de que comas como un animal seguro que es mía, me vas a salir caro.

—No siempre te molesta que coma como un animal.

—Eso es cierto —acepto cogiéndole un trozo de bacon.

—Si seguimos así, pronto desayunarás lo mismo que yo.

Le miro sonriendo, el bacon no está nada mal.

Llegamos a un pueblo cerca de Granada, Benaluga, y toma el desvío.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte algo. Aquí está mi madre. Y mi abuela vive en este lugar todavía.

—Me encantará conocerlas —respondo, aunque se me encoge el alma.

Llegamos a un cortijo encalado en blanco, como los de antes; es una propiedad grande y se ven unas caballerizas a un lado del terreno. Una vez en la puerta de entrada, Mark toca el claxon y un hombre mayor con la piel muy curtida por el sol y la vida de campo abre las puertas de hierro.

—¡Chiquillo! Lolita, corre a decirle a la señora que ha llegado el chiquillo.

Lolita, una niña de unos trece años con dos trenzas de pelo casi tan negro como sus ojos, corre hacia Mark sin hacer caso de lo que le ha dicho el hombre mayor, y se le sube encima en cuanto éste sale del coche. Yo salgo también.

—Lolita, cada día estás más guapa. Paco, ¿cómo estás? —dice dándole un afectuoso abrazo al hombre y dejando en el suelo a la niña—. Os presento a Ana.

El hombre viene hacia mí enseguida.

—Encantado de conocerla, señorita. —Y mira a Mark con una sonrisa en la cara—. Ya era hora de que le dieras una alegría a tu abuela. Ya verás, ya; está en un sinvivir desde que la llamaste y le dijiste que venías con alguien —comenta sin el menor disimulo—. Lolita, te he dicho que avises a la señora.

—Encantada de conocerla —se despide de mí la niña con una reverencia, sujetándose la falda por ambos lados mientras me mira recelosa. Al momento está corriendo camino de la casa.

Mark vuelve a entrar en el coche para aparcarlo dentro. El cortijo es precioso, con fuentes estratégicamente colocadas y flores por todas partes: dondiegos de noche, rosales, infinidad de claveles y geranios. El conjunto es una maravilla para los

sentidos; el ambiente está impregnado de olor a jazmín y a azahar; el panorama, una fantasía para la vista; el tacto aterciopelado de las hojas de las rosas, una delicia de sensaciones y, aun en la distancia, percibes el sabor del azahar de los naranjos. Realmente es un lugar mágico.

Mark sonrió. No podía dejar de mirarla. A Annie le brillaban los ojos observándolo todo. Desde el primer momento supo que conseguiría que allí se sintiese a gusto y relajada lejos de su mundo, del otro. La tomó de la mano para que pudiera sentirle y porque le apetecía, como si fueran una pareja de verdad. Recogió las bolsas del maletero, aún sin soltarla, y mientras ella continuaba bebiendo el entorno con la mirada, la condujo al interior de la casa.

Una señora como las de las películas, con su moño blanco repleto de horquillas, vestido negro y delantal, viene hacia nosotros llorando y gritando exageradamente.

—¡Ay mi chiquillo!, creía que no volvería a verte antes de morirme. Tienes olvidada a tu pobre abuela. —Le vapulea mientras le llena la cara de besos. Mark casi se ha doblado por la mitad, porque su abuela es aún más pequeña que yo. De repente, me suelta, la coge a ella en brazos y le da un par de vueltas.

—No digas tonterías, todavía te quedan muchos zapatillazos que dar, abuela.

—Empiezo ahora mismo como no me bajes, deja de hacer el ganso, anda, y preséntame a tu novia.

Se me erizan los pelos de la nuca al escucharla llamarme así, pero ninguno la sacamos de su error. Está tan contenta, que nos da lástima, supongo.

—Abuela, ella es Ana, y es igual de llorona que tú. Esta señora de infinita paciencia es mi abuela, cariño. —Este «cariño» ha sonado con cierto tonito.

—Encantada de conocerla, señora. —Ella se acerca a mí y me abraza.

—Llámame abuela, guapa. —De repente, se quita la zapatilla y se la tira a Mark, dándole con ganas.

—¡Auuu! ¿Por qué?

—Por llamarnos lloronas. —No puedo evitar reírme—. Ve a dejar las cosas con Paco, os he preparado dos habitaciones arriba. Yo voy a enseñarle la casa a Ana y después de que os refresquéis un poco os pongo las migas, que ya están preparadas. ¡Hale, cada uno a lo suyo! —Toda una matriarca andaluza.

Mientras me enseña la casa, me cuenta que durante los años de internado de Mark y sobre todo en los veranos que pasaban en el campamento, él, George y muchas veces su amigo Dani y la chica, Natalia, iban los fines de semana y cuando tenían libre, pero que siempre tenía que meterlos en vereda con la zapatilla; porque la muchacha era un chicazo y pelear con los cuatro tenía lo suyo.

—No te quejes, que te lo pasabas en grande —la interrumpe Mark, entrando en la cocina.

—Pues sí, aquí por lo menos te tenía vigilado, porque anda que no me diste disgustos cuando te fuiste con tu padre... ¿Le has contado a Ana los líos en los que te metías?

—¡Abuelaaa! —le riñe él—. Déjalo ya.

—¿Sabes que una vez le hirieron con una navaja?

—Abuela, me ha visto desnudo —responde Mark.

—No digas cochinadas, diablo, que eres un diablo. Señor, perdónalo, que es joven.

—No tanto —le contradice mientras me coge y me acerca a él—. Vamos a asearnos para comer, ¿vale? —informa a su abuela con dulzura, y le da un beso en la mejilla.

—No tardéis.

—Tu abuela es un encanto —comento ya en la escalera—. Me sabe mal mentirle.

—¿Mentirle? ¿Por qué lo dices?

—Por nosotros, la mujer piensa que somos novios de los de verdad.

—Lo he estado pensando, y a lo mejor lo somos, aunque haga poco que nos conocemos y no sepamos cuánto va a durar, pero de momento... ¿Qué me dices? —me observa con esa mirada tierna que sabe poner a veces y que me convencería de cualquier cosa.

—Tal vez, pero esta noche vamos a dormir separados.

—Nos escaparemos e iremos a los establos, como en las pelis. —Me besa con pasión mientras baja una mano hacia mi trasero y con la otra me coge de la nuca. De pronto sentimos una zapatilla que vuela a nuestro lado.

—Aparta tus sucias manos de esa pobre chica, ¡cochino!

Inmediatamente nos soltamos y nos reímos. La abuela regresa a la cocina, con una sola zapatilla, mascullando cosas acerca de la decencia y el decoro.

Después de comer unas espectaculares migas y un poco de membrillo casero con queso, vamos al cementerio cercano a ponerle flores a su madre. En el panteón familiar ocupa un lugar especial, a la izquierda de su padre, el abuelo de Mark.

—¿Te gustaría que estuviera en Houston, cerca de ti?

—Éste es su lugar. El sitio que le corresponde. A mi padre sí que le gustaría tenerla más cerca para poder visitarla.

—¿No viene nunca aquí?

—Mi abuela lo mataría, literalmente. Tiene una escopeta cargada con dos cartuchos para cuando se atreva a acercarse. Dice que algún día lo hará y ella va a estar esperándolo.

—Es muy triste, tu padre también sufriría con todo esto.

—Sí, lo sé, ahora lo sé. Pero cuando mi madre murió, vino y no fue muy agradable. Mi abuela y él tuvieron unas palabras tras las que ella cargó la escopeta y le dijo que no volviera nunca más o la utilizaría. Jamás la ha descargado.

Me pongo de puntillas para besarle en la mejilla. Después dejamos las flores y se despide de su madre en silencio.

—Yo... la echo de menos. Me gustaría poder contarle tantas cosas... Además, nunca más he vuelto a ver feliz a mi padre. A veces sonrío con mis sobrinos, pero

nunca se ríe como reía con ella. A menudo se encierra en su estudio y pone films de cuando éramos pequeños; se pasa horas allí, estoy seguro de que él también sigue culpándose por no haber venido a buscarla cuando se marchó de su lado.

—¿Por qué no lo hizo?

—No lo sé. Vamos al pueblo a tomar una cerveza.

Paseamos por el pueblo sin rumbo fijo. Me enseña las cuevas en las que en otros tiempos vivían los nativos del pueblo y que hoy en día se utilizan sobre todo para el turismo rural, muy en boga en la zona.

Luego vamos a un bar de la plaza del pueblo. Todo el mundo nos mira cuando entramos y oímos que cuchichean. «El nieto de la Mariana, el americano», dicen. Nos sentamos a degustar nuestras Alhambras Especiales mientras jugamos al dominó. En la segunda ronda dos ancianos se sientan con nosotros. «Venga, una de cuatro, que a dos ni dominó ni “ná”». Naturalmente nos dan una soberana paliza a base de gestos y guiños que nosotros no entendemos y, cuando nos levantamos reconociendo nuestra derrota, se ríen en nuestras narices con sus desdentadas bocas mientras mascullan algo acerca de los extranjeros.

Cenamos pan con jamón y ensalada de tomates y ajos con la abuela y Lolita, que se niega a irse a su casa mientras pueda estar cerca de Mark.

—La tienes loquita, vas a tener que casarte con ella —bromeo con Mark, al oído, de camino al salón para tomarnos un jerez que nos está sirviendo la abuela.

—¿Es que no quieres ser tú? —Me quedo blanca. No esperaba esa respuesta ni en sueños—. Perdona, era broma. ¿Estás bien? —pregunta al verme la cara.

—Sí... yo... Por un momento pensé... Nada, olvídale.

—Tranquila, a veces hago las cosas bien. —Me da un beso en la sien.

«¿Y eso qué significa?», me pregunto, pero no me atrevo a decir nada.

—Abuela, mañana iremos a Granada temprano, así que será mejor que nos acostemos ya —se despide Mark de su abuela cuando terminamos el jerez.

—Está bien, tú ya sabes dónde está tu habitación. Yo acompañaré a tu novia a la suya.

—¡Abuela, por favor! —se queja.

—Haz caso a tu abuela —le pido.

—Una chica juiciosa. Por fin lo que te hacía falta, ella te meterá en cintura.

—Sí, claro, en cintura me metes... —comenta bajito, a mi oído.

Su abuela me deja en la puerta de la habitación y la cierra en cuanto entro, después de darme las buenas noches.

—Y más te vale que no te oiga con tus diabluras esta noche, muchachito.

—No me oirás, abuela, buenas noches —le escucho a través de la madera.

Mark pensó que había sido un día perfecto. Durante toda la jornada sintió a Annie como suya de verdad; su novia, su mujer, su futuro. Pero desconocía cómo podría conseguirlo. Decidió que tendría que convencerla para ir a Houston, porque en Alicante ella estaba demasiado cerca del otro, y aunque lo que de verdad le hubiera

gustado era quedarse en Granada el resto de los días que aún le quedaban en España, sabía que no podía ser. Luego dejó de pensar en el futuro lejano y pensó en cómo satisfacer sus deseos esa noche sin despertar a su abuela. Finalmente utilizó el truco de George y Nat cuando eran adolescentes.

Oigo unas piedrecitas en la ventana, enseguida sé quién es. Me levanto corriendo de la cama y abro. Está subiendo por el enrejado de la hiedra.

—Estás loco, como sea venenosa verás.

—La hiedra no lo es, pero tú... tú, cariño, me has envenenado la sangre y ahora no puedo dormir si no me inoculas tu antídoto.

—Mira que eres cursi.

—¿Pero a que te gusto? —me pregunta al llegar a mí mientras trata de darme un beso.

—Ah, no, antes te lavas, que si es venenosa no quiero contagiarme. —Me coge por la nuca y me besa profundamente—. Entra ya, que te vas a caer. —Obedece y me coge en brazos para llevarme a la cama. Hacemos el amor y, cada vez que quiero gritar, acalla mi pasión con sus besos, lo que me vuelve más loca todavía.

En esta ocasión soy yo la que recorro su cuerpo con mi boca y mis manos, explorando cada uno de sus rincones, cubriendo cada tramo de su piel con mi lengua, hasta que llego a su erección y la abarco con mi boca; lamiendo, besando y succionando hasta que no puede más y me levanta para que, colocándome encima de él, lo cabalgue a un ritmo frenético, enfebrecida de deseo. Nos corremos prácticamente al mismo tiempo y caemos exhaustos sobre el colchón.

—Eres una chica mala y vas a ir al infierno —rompe el silencio al cabo de un rato.

—Si no te gusta no vuelvo a hacerlo...

—Claro que me gusta, pero has mancillado esta santa casa con tu boca —se ríe de mí mientras dibuja con su dedo en el ombligo.

—En mi boca había algo tuyo, ¿recuerdas? —replico provocativa.

—Perfectamente, y la susodicha también. Mira cómo se pone sólo de pensarlo.

—Vete a tu cama o llamo a tu abuela, cochino. No, cosquillas no. —Me pongo a reír como una loca y él me calla con un profundo beso que no termina hasta que llegamos a otro orgasmo.

—Venga, vete a tu habitación, que es tarde y vamos a dormirnos sin darnos cuenta —le ordeno.

—No quiero.

—No seas crío.

—¿Yo soy el crío, cuando eres tú la que no se atreve a mostrarle a mi abuela que somos adultos?

—Es verdad. Pero porque esa zapatilla voladora me ha asustado. Venga, levanta.

Mark por fin se pone en marcha. Se viste y se agacha hacia la cama, sobre la que yo estoy desnuda todavía, para besarme.

—Acompáñame a la puerta, perezosa.

Me levanto muy despacio, rozándome contra él, para ponerme el camisoncito. Luego lo cojo de la mano y lo llevo hasta la puerta. Él abandona mi habitación con precaución y se va a su dormitorio.

Es todo tan perfecto, él es tan perfecto, me siento tan bien, me gusta tanto que estemos juntos y no sólo en el sexo... Es un conjunto, lo pasamos bien, nos divertimos de una forma sencilla y natural, somos capaces de hablar y contarnos cosas como si nos conociésemos de toda la vida y, desde el principio, me ha perdonado las cosas desagradables que le he dicho sin tener que disculparme. Es como si estuviera en mi alma.

No es que piense que puedo enamorarme de él, es que sé que me voy a enamorar; pero el tema ya no me crea ansiedad, sólo felicidad. ¿Y Marcos? Llevo sin pensar en él desde que salimos de Alicante y no me siento culpable.

De regreso a su habitación, Mark supo que se había enamorado como un chiquillo, nunca había sentido esa necesidad por nadie en su vida, esa plenitud que le llenaba el pecho cuando estaba dentro de ella, durante los momentos de intimidad, cuando hablaban, lo fácil que le resultaba contarle lo que sentía. Pero estaba determinado a no compartirla con el otro, no podría; con ella no sería capaz de pasar por eso. Prefirió pensar en otra cosa, si no iba a volverse loco.

Por la mañana me despierta el olor a café recién hecho. Miro el reloj que hay en la mesilla, son las siete. Me levanto, me pongo la bata, cojo mi neceser y voy al cuarto de baño. Cuando voy a entrar sale Mark, que me mira de arriba abajo, me sonríe y me besa en el cuello con gula.

—Quita, enfermo. Anoche te di doble dosis, así que ahora, aparta.

—¿Estás segura?

—No. Pero déjame pasar, venga, bobo. —Le doy una palmada en el pecho desnudo, él me coge la mano y me besa la palma.

—Que manía tienes de ir medio en bolas —le recrimino. Estoy a punto de besarlo cuando el radar de su abuela se pone en marcha.

—¡Chicos! —grita desde abajo—, el desayuno ya está. Bajad de una vez.

—Será mejor que le hagamos caso —se queja su nieto en voz baja.

—¿Ahora quién es el rajado? —le azuzo mientras entro en el baño. Él por toda respuesta me da una palmada en el trasero.

—¡Ya bajamos! —escucho a Mark.

En la mesa del desayuno hay jamón, chorizo, panceta, morcilla, tomate rallado, queso, tortas del pueblo —así las llaman— y bollos; café, zumo, leche y frutas.

Después del opíparo ágape, Mark me lleva a conocer las caballerizas. Ensilla un caballo y una yegua, que dice que es muy mansa, para ir a pasear por los alrededores. No es tan difícil como parecía, de hecho me encanta. Él de vez en cuando se adelanta al trote para desfogar un poco a su animal, mientras mi yegua y yo seguimos al paso.

Después de un buen rato regresamos al cortijo, tememos el momento de la despedida por las lágrimas de la abuela y de Lolita, que llora incluso más.

Por fin salimos hacia Granada. Noto cierta tristeza en el rostro de Mark, le acaricio el brazo y me recuesto contra él para reconfortarlo, percibo su sonrisa; lo he conseguido. Me gusta saber que tengo ese poder sobre él.

En media hora llegamos a Granada y nos dirigimos a un *parking* céntrico para dejar el coche. Nos dedicamos a pasear por la ciudad, charlando tranquilamente, hasta que llegamos a la zona del Realejo y entramos a tomar unos finos con sus respectivas tapas en un par de bares. Por último entramos en la tasca de Miguel el Gitano, que cocina frente a la barra de una forma tranquila al tiempo que cuenta batallitas. Es muy entretenido y, además, nos apunta en un papel una dirección del Sacromonte donde podemos ver un espectáculo flamenco esa misma tarde.

—No preocuparse por «ná» —nos dice—, yo llamo al primo de mi «cuñao» y, esta tarde, ustedes tenéis una zambra.

Subimos al Albaicín a tomar café y postre y nos alojamos en un hotel de la zona porque yo me pongo pesada con la siesta. El hotel es un edificio típico, con un patio repleto de flores y arcos, en donde nos dan una habitación enorme con una cama con dosel de madera; a un lado hay un sofá no muy grande con dos sillones tipo imperio y un ventanal de madera. Me voy hacia él rápidamente y lo abro, la vista del patio desde arriba es impresionante, la ventana tiene una verja de hierro con maceteros de geranios y claveles que le dan un aroma especial a la habitación.

Mark se acerca hasta mí y me pasa la mano por la cintura mientras me besa en la cabeza.

—Desde aquí tengo una vista preciosa —comenta, soltando el pañuelo que llevo atado a la cadera sobre el vestido de tirantes de hilo blanco.

—¿Qué me dices de la siesta?

—Luego —susurra en mi oído.

Después del sexo y la siesta nos vamos al Sacromonte, a la dirección que nos dio Miguel, el cocinero.

Resulta ser una tasca a la que no ha llegado la ley antitabaco. Humo, alcohol, bailarines, taconeos raciales, guitarras rasgadas, faldas con temperamento propio y voces desgarradoras; algunos gitanos, algunos payos y bastantes turistas disfrutando de lo lindo, incluidos nosotros; yo incluso me atrevo con una sevillana. Es perfecto.

—No me apetece irme a casa —me quejo a la salida.

—Cariño, no estás en condiciones de ir a ningún sitio. Dentro de un minuto, en cuanto entremos en el coche, te dormirás.

—Oye, que no me duermo cada vez que bebo un poquito —protesto.

—Ya, claro.

Decidimos dormir en el hotel y salir hacia Alicante a las cinco de la mañana para ir directamente a trabajar.

LA DESPEDIDA

La siguiente semana la pasamos juntos, casi siempre en el hotel porque Mark no se siente muy a gusto en mi casa y yo lo noto. Me entero de los progresos de Carlos por Lucy, que no se ha separado de él a pesar de que por momentos le ha puesto las cosas muy difíciles; pero me niego a hacerle una visita. El domingo vamos al aeropuerto a recoger a Dani y a Clara.

—Míralos, están ahí.

—¡Ehhhh! Ana, Ana... —Clara corre hacia mí—. Amiga, amiga... —deja a Dani con las maletas.

Cuando terminamos con nuestros histéricos saludos y abrazos, nos reunimos con los chicos, que están hablando en tono serio. Me temo lo que Mark le está contando, pero decido esperar a llegar a un lugar seguro antes de decirle a Clara lo que ha ocurrido.

—Vamos a casa; os invitamos a tomar algo, pero primero necesito una ducha —propone Clara.

Vamos en mi coche.

Una vez allí, después de que Clara y Dani se refrescan, se sientan con nosotros en el salón. Mark y yo estamos buscando la mejor forma de explicarle a Clara la situación de Carlos.

—Clara, tengo que contarte algo importante —abro fuego.

—Habréis tomado precauciones, ¿no? —pregunta, suponiendo que ese algo va por otros derroteros.

—¿Qué? Claro. No es eso. Escucha, se trata de Carlos —observo que se pone rígida.

—¿Qué ha pasado?

—Tuvieron que ingresarlo por sobredosis, pero ya está bien; estuvo mal, pero se ha recuperado. Ya está en planta y tiene quien lo cuide.

—¿Por qué no me llamasteis?

—No sabía qué hacer, estaba confusa. Luego el psicólogo me dijo que lo mejor era que nos alejásemos de él, porque no le estábamos dejando avanzar, así que decidí esperar a que volvieseis.

—Voy a llamarlo.

—No, tienes que esperar a que te llame él, pero no lo hará hasta que esté preparado.

—¿Y quién lo cuida?

—Sus padres y... Lucy.

—¿Con que es Lucy?

—¿Lo sabías?

—Sí. No sabía quién era, pero sabía que era del hospital.

Durante todo este tiempo los chicos nos miran sin decir nada. A Dani se le ve muy incómodo, no se está quieto en el sitio, y Clara no indaga más, imagino que va a esperar a que estemos a solas.

Después de tomar algo, Mark y yo subimos a mi piso, se nos acaban las dos semanas y tenemos que hablar y despedirnos.

Estamos a diecinueve de junio y, aunque la *plantá* de hogueras no es hasta mañana por la noche, hay muchas calles cortadas. Los monumentos se agolpan en las calzadas a la espera de ser instalados y, en algunos lugares, ya han iniciado el proceso de montaje debido al gran tamaño que poseen. Mañana comienza también el concurso de *mascletás*, pero en cuanto lo veamos nos iremos al aeropuerto a dejar a Mark; lo haremos en mi coche ya que ha embarcado el suyo de regreso hace unos días. Estoy realmente triste. Sé que suena absurdo, pero lo siento como otra pérdida.

—¿Quieres que bajemos a ver el ambiente? —me pregunta.

—La verdad es que no.

—Vamos, nos queda una noche y tú adoras estas fiestas. Llamamos a Dan para que se arreglen y salimos.

—¿Y si nos quedamos y hacemos el amor?

—Hacer el amor suena muy bien, pero... Venga, enséñame tu fiesta y yo te enseñaré el cuatro de julio en Houston.

—¿Me estás invitando a ir a verte? —Siento que la alegría vuelve a mi corazón.

—Sí. Eres mi chica, ¿no?

—¿Lo soy?

—¿Quieres serlo?

—Sí. Voy a cambiarme, llama a Clara y dile que no hay excusas.

Mark sintió que su corazón se saltaba un latido. Estaba encantado, se había tirado de cabeza y ahora sentía que, por fin, tenían una relación. Con una luminosa sonrisa en el rostro llamó a Dan, pero el teléfono estaba desconectado, así que lo intentó con Clara y obtuvo los mismos resultados. Y a pesar de que durante un rato hizo memoria, no consiguió acordarse del número del fijo; afortunadamente Annie había dejado su agenda junto al teléfono. La abrió para buscar lo que necesitaba; pero no era una agenda. Era un cuaderno con cartas dirigidas a Marcos; cartas de amor desgarradoras, en las que decía todo lo que él no quería saber.

No se atrevió a buscar las últimas pero, sin saber cómo, llegó a una fechada a principios de junio. Leyó. «Me siento mal, es como si te estuviera traicionando, pero no te preocupes, cariño, sólo es que él me confunde. Yo nunca podré querer a nadie como te quiero a ti, soy tuya desde siempre y para siempre». No fue capaz de avanzar, no estaba preparado para seguir leyendo. Pensó que lo único que podía hacer era darle tiempo; una vez en Houston todo sería distinto.

Cerró el cuaderno y volvió a ponerlo donde estaba. En esos momentos sonó su teléfono.

—Jacob.

—Mark, soy Dan. Me ha dicho Clara que os llame para que os vengáis a ver la ciudad. Ella ya se está cambiando.

—Sí, ya bajamos. Annie también se está cambiando.

—Ok, amigo.

—Dan...

—¿Sí?

—¿Te has arrepentido en algún momento de darle tiempo a Clara?

—Jamás. ¿Por qué? ¿Te pasa algo?

—No, olvídale.

—Mark, oye...

—Olvídale. —Y colgó. No tenía intención de hablar más del tema.

La ciudad está preciosa. El bullicio, el gentío, el ir y venir de tractores cargando *ninots* y monumentos; las grúas y los artistas volcados en sus obras hacen que la alegría se contagie sin poder remediarlo. Paseamos sin rumbo fijo, nos sentamos en una terraza a tomar algo, nos reímos, curioseamos y nos dan las tantas viendo una *mascletá* nocturna que a Mark le encanta.

Cuando llegamos a casa hacemos el amor, pero casi con desesperación. Mark está encerrado en sí mismo, apenas dice nada, sólo me toca como si me fuera a escapar en cualquier momento.

Al acabar se queda mirando al techo fijamente, no dice nada, no me acaricia, no me dibuja.

—Mark, nos veremos pronto —le digo haciendo una espiral en su pecho—. Soy tu chica, ¿eh?

—¿Mi chica? ¿Eres realmente mía?

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Me besa con pasión y vuelve a hacerme el amor, esta vez de forma autoritaria y posesiva, como para demostrarme que sí soy suya.

Al día siguiente y ya con las maletas cargadas en el coche nos vamos a la plaza de los Luceros a esperar en primera fila, a pleno sol, con unas latas de cerveza y el sombrero de paja, como debe ser.

—No hagas el guiri, ¿eh?

—¿Por qué lo dices?

—Porque en cuanto empieza lo fuerte, los que no estáis acostumbrados os vais corriendo hacia atrás y la liais con el mogollón que hay.

—Oye, que nosotros también tenemos fuegos artificiales.

—Esto no es igual.

Pero cuando empieza lo fuerte no sólo no se retira, sino que me rodea con sus brazos apoyando las manos en la valla, protegiéndome de un hipotético ataque pirotécnico.

—¿Me he portado bien? —pregunta cuando acaba todo.

—Te quiero, grandullón —respondo gritando sobre el ruido del gentío. Se me ha escapado, él me mira de esa manera tan intensa, con la boca abierta, pero no dice nada—. Lo siento, no quería decirlo en voz alta, pero se me ha escapado. Con la emoción de la *mascletá*, el ruido y eso, yo... —Me tapa la boca con los dedos.

—Me gusta, ¿puedo quererte yo a ti también?

—Me gustaría mucho.

—*I love you, honey.*

CARLOS Y CLARA

Clara revoloteó por la casa, nerviosa, haciendo varias cosas a la vez y sin terminar ninguna. Dani se había ido a trabajar, pero a ella aún le quedaban unos días de vacaciones. No podía dejar de pensar en Carlos, no podía evitar seguir preocupándose por él como antes, seguramente por costumbre. Se planteó si, tal vez, a ella también le vendría bien acudir al psicólogo, y lo cierto es que necesitaba hablar con él, saber qué era lo que había pasado por su cabeza para hacer una cosa así.

En esos momentos sonó el teléfono. Descolgó y aparcó los pensamientos en un rincón de su mente.

—¿Diga? —El corazón le dio un vuelco al escuchar su voz. Fue como si sus pensamientos lo hubiesen conjurado.

—Hola, Clara —respondió Carlos con voz aparentemente tranquila.

—¡Hola, capullo! ¿Cómo se te ocurrió hacer lo que hiciste? ¿Te has vuelto loco? Tú...

—Clara, tranquila, ya no eres mi mujer, ¿recuerdas? No puedes... No está bien que me hables como antes.

—Te hablo como una amiga. Me preocupa lo que te pase, aunque no te lo creas.

—Pues no debería. Tendrías que... no sé, odiarme.

—No puedo odiarte. ¿Por qué dices eso?

—Es lo normal después de todo lo que te hice. Tenemos que hablar. ¿Quedamos?

—Yo... No sé. Creo que a Dani no le haría ninguna gracia.

—Esto sí que es una novedad, tú dejándote influir por lo que diga un tío.

—Resulta que ese tío es mi marido y me importa mucho lo que sienta.

—Eso está bien. Por favor, necesito cerrar nuestro capítulo.

Clara tardó un momento en decidirse, el silencio a Carlos se le hizo eterno.

—Vale, deja que hable con él. —Un nuevo silencio—. Carlos...

—¿Sí?

—Cuídate. Y dale recuerdos a Lucy.

—Me cuidaré. No estoy con Lucy, Clara.

—No tienes que darme explicaciones —replicó Clara con cierto tono irónico.

—Ya, claro. En realidad te debo muchas explicaciones, pero no de ahora, sino de antes. Cuando nos veamos, ¿vale?

—Te llamo en cuanto hable con Dani.

—¿Te hace feliz? —La voz de Carlos denotó cierta tristeza.

—Mucho. —Y con la respuesta, Clara sintió que su corazón se hacía enorme.

—Me alegro, te lo mereces. Llámame pronto. —Y colgó sin esperar su respuesta.

Clara se sintió aún más nerviosa después de colgar, debía enfrentarse a Dani para poder ver a Carlos y, ¿dónde? Tendría que ser un sitio tranquilo pero no demasiado

íntimo, y mejor con gente.

Al parecer Carlos estaba mejor, pero después de lo que pasó el día de su boda no quería quedar con él a solas. Decidió que el As de Pikas, a primera hora de la tarde, sería un buen lugar y en donde, además, se sentiría segura con Ace cerca.

El teléfono volvió a sonar, esta vez escuchó la armoniosa y dulce voz de Dani y la embargó la misma sensación que le producía taparse con una manta calentita en invierno, aterciopelada y protectora.

—Hola, cariño, ¿qué tal llevas tu día?

—Ummmm, no sé.

—¿No sabes? —Dani pareció extrañado—. ¿Qué te pasa?

—He recibido una llamada.

—¿Y...?

—Y no te va a gustar —terminó Clara.

—Carlos —adivinó él, secamente.

—Sí.

—Ya. —Durante un instante ninguno de los dos dijo nada.

—Quiere que nos veamos —confirmó Clara por fin.

—¿Para qué? —el tono surgió inequívocamente molesto.

—Dice que quiere cerrar ese capítulo.

—No es que haya cambiado mucho entonces —replicó él irónicamente.

—Sí, sí, yo diría que sí ha cambiado. No sé, creo que realmente lo necesita.

—Él quiere, él necesita... No ha cambiado nada.

—Dani, por favor, no te enfades —le suplicó.

—No me enfado, es que estoy cansado de esto. Cada vez que creo que nos hemos librado de él, reaparece y a ti te falta tiempo para ponerte a su disposición —le recriminó.

—Yo no hago eso. Te pareces a Mark. Si no quieres, no iré.

—Ja, ésta sí que es buena.

—Lo digo en serio, si me dices que no vaya no iré.

—Vale, pues no vayas. No quiero que vuelvas a verlo o a hablar con él.

—¡Daniel! ¿Cómo puedes ser tan inseguro? —Del otro lado del teléfono se oyó una risotada amarga—. Dani, cariño, es importante. Será como poner el punto y final de verdad.

—Pues entonces yo también voy. Mejor, dile que venga a casa un día que yo también esté.

—No seas absurdo, no...

—Tengo trabajo, hablaremos cuando llegue a casa.

—¿Qué? ¡No me hables así!

—Estoy harto, he dicho que hablaremos en casa. Adiós.

—¡No te atrevas a colgarme! —Demasiado tarde, Dani ya había colgado aporreando el auricular contra la base del teléfono. Clara tiró el teléfono contra el

sofá, con rabia—. ¡Serás idiota! Ahora te vas a enterar. —Recogió otra vez el aparato y marcó ese número que sabía de memoria.

—¡Hola, guapa!

—No me digas eso, no viene a cuento.

—Vale, ¿te han dado permiso?

—Yo no necesito permiso de nadie para nada, ¿de acuerdo?

—Ésta sí es la Clara que yo conozco, creí que te habían domado.

—Carlos, vamos a quedar antes de que me arrepienta.

—Lo que mande la señora.

—Carlos...

—¿Sí?

—Soy muy feliz, no me lo estropees, por favor.

—No voy a hacerte más daño, te lo prometo.

En cuanto colgó se dirigió a la cocina y cogió una onza de chocolate. La devoró con ansia, pensando en Dani, segura de que él había sacado la tableta que tenía escondida en el cajón de su mesa y se la había comido de una sentada; poseía ese maravilloso metabolismo que le permitía hacer aquel tipo de excesos. A su mente acudió una imagen de su cuerpo desnudo, delgado y esbelto, desperezándose en la cama aquella misma mañana, y sintió un cosquilleo de aprensión en el estómago. Odiaba estar enfadada con él.

Una hora después, mientras preparaba la comida oyó la puerta. Era Dani. Le escuchó dejar las llaves, el móvil y la cartera en la mesa de la entrada, tomándose su tiempo antes de quitarse la chaqueta y colgarla en el respaldo de una silla. Luego se dirigió hacia donde ella estaba cocinando y se apoyó contra la mesa, mirándola fijamente.

Ella no se movió, no dijo nada y siguió con su tarea como si Dani no acabara de llegar. Se dio cuenta de que Dani estiraba el brazo para deshacerle el nudo del delantal, algo que hacía a menudo para enrabietarla.

Clara apartó la comida del fuego y se giró para mirarle directamente a los ojos. Se quitó el delantal, el minivestido vaporoso que utilizaba para estar por casa, y se acercó a su marido. Le echó los brazos al cuello y él colocó sus manos sobre la curva de sus femeninas caderas.

—Te amo, tonto. Soy completamente tuya, no tienes nada que temer.

—Pero ¿y si te convence de que tu hombre es él? Te conoce, sabe qué teclas tocar para manipularte.

—Dani, ¡por favor! —Clara enredaba las manos en su pelo—. No soy tan tonta, no es tan fácil manipularme, y sé que te quiero a ti y sólo a ti. ¿Qué te pasa? Tú no eres inseguro, pero desde que nos casamos estás muy susceptible...

—Es que no creo que pueda pasar por todo otra vez. Creía que nos habíamos librado de él y ahora llama y empieza todo de nuevo: las llamadas a medianoche, las notas, las crisis... Estoy recién casado y quiero disfrutar de un matrimonio de dos,

por favor.

—Te aseguro que no me voy a arriesgar a perderte, pero lo que le pasó... Estuvo a punto de morir...

—¿Y si vuelve a intentarlo?

—Nada, te lo prometo. Esto será una despedida.

Dani le acarició la cara con la punta de los dedos hasta bajar a su cuello y, acercándola, la besó en profundidad, la alzó en brazos y la llevó al dormitorio, donde se convenció de que realmente era su mujer. Sólo suya.

CARLOS Y CLARA II

—¡Hola, Ace!

—¿Cómo te va, guapa? —El camarero dejó sobre la barra un puñado de tazas usadas.

—Bien, bien. Ummm, esto... He quedado con Carlos aquí. —Se habían citado a las cinco de la tarde, pero Clara decidió llegar un poco antes para hablar con Ace, por si la cosa se ponía tensa. Confiaba en él, era un hombre grande y sereno que transmitía tranquilidad y respeto a partes iguales.

—¿Con tu ex? —Clara afirmó con la cabeza—. Me alegro de que hayáis solucionado vuestras diferencias.

—En realidad hemos quedado aquí para eso —matizó clavando la vista en el suelo.

—Ya. ¿Vendrá Dani?

—¡No! Esto es cosa mía, no de Dani. Él quería venir, pero no le he dejado, esto tengo que hacerlo sola.

—Ummm —masculló Ace sin dejar de pasar una bayeta por la mesa.

—Ummm ¿qué? —preguntó dejándose caer en la silla.

—Me cae bien Carlos, pero estoy con Dani.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que tu ex sigue colgado por ti y no es conveniente que os veáis a solas.

—¡Hombres! Seguro que Spade me entendería. Además no estaremos solos, estás tú, ¿no? Si Carlos se pone... bueno, ya sabes...

—Tranquila, estaré aquí.

Clara le regaló una gran sonrisa justo en el momento en que Carlos entraba por la puerta.

Los dos hombres se saludaron con un apretón de manos y después de intercambiar los «cómo va todo» de rigor, Ace se retiró, dejándolos solos. Carlos se sentó junto a Clara.

—*Capuccino* con sacarina para la señora y un cortado para ti, ¿no? —dijo Ace en voz alta desde la barra.

—Buena memoria —respondió Carlos. Clara se dio cuenta demasiado tarde de que se había inclinado hacia ella. Le había plantado un beso en los labios.

—¡Carlos! No hagas esto.

—Es un besito de amigo.

—Si empiezas con tus juegos, me largo.

—¿Has sentido algo?

—¿Qué?

—No sé, un cosquilleo, un pinchazo en el pecho, un vuelco en el estómago,

algo...

Clara forzó una sonrisa. La verdad es que después de tantos años de intimidad, y a pesar de lo mucho que lo había querido y deseado, no había sentido nada. Tampoco resultó repulsivo, pero era como si la hubiera besado Ana; no quiso hacerle daño al responder, pero era mejor ser sincera. Para eso estaban allí.

—La verdad es que no. Me ha molestado porque he pensado en Dani.

—Eso está bien. Es señal de que lo estamos superando.

—¿Tú...?

—No. Ha sido un impulso, quería comprobar qué pasaba, pero no he sentido nada

—le mintió. No habían sido los fuegos artificiales, la pasión desenfrenada que sentía al tocar a Lucy, pero fue dulce como la miel; casi como estar en casa.

Hablaron sin parar durante un par de horas. De la noche en que se desfasó y terminó en la UCI, de sus infidelidades y ausencias durante el último año de matrimonio, de la muerte de Marcos, de sus sesiones con el psicólogo... Ya ni siquiera bebía alcohol, estaba intentándolo.

—Entre las personas a las que tengo que pedir perdón está Ana —confesó Carlos.

—Te pasaste mucho. Está en Houston.

—¿Con el que me partió la cara?

—Te lo merecías.

—La verdad es que sí. Es muy distinto a Marcos, ¿no? Es enorme.

Clara se rio con ganas.

—Te pareció enorme porque te tumbó de un solo puñetazo. —Él sonrió mientras se tocaba la mandíbula y recordaba—. En realidad te gustaría, y Dani también.

—Estoy seguro, pero no vamos a comprobarlo. Es mejor que no nos veamos durante un tiempo.

—Sí. ¿Qué vas a hacer con Lucy? —preguntó ella de golpe.

—¿Qué sabes de eso? —eludió la respuesta con otra pregunta.

—Sé que está enamorada de ti y que la estás jodiendo otra vez.

—Hasta que no me recupere no voy a mantener ninguna relación, pero no voy a pedirle que me espere, no tengo derecho.

—¿Y si la pierdes? —Por toda respuesta, él se encogió de hombros—. ¿Alguna vez me pusiste los cuernos con ella?

—No, una vez nos besamos, pero me paró. Tonteábamos, pero no pasó nada con ella hasta que me echaste.

Ya no lo quería pero su traición seguía doliendo.

En ese momento levantó la vista y vio entrar a Dani con el casco en la mano. «¡Dios! Es tan guapo...», pensó mientras su mente era arrasada, como en fotogramas, por las imágenes del polvo que habían compartido cuando él se enteró de que volvería a ver a Carlos: posesivo como nunca, autoritario y terriblemente erótico. Su dulce Dani convertido en una fiera celosa. Esa mirada imperaba ahora en su cara, la estaba quemando y, ¡por Dios!, excitando. Su matrimonio con Carlos le pareció tan

lejano...

Carlos siguió su mirada y lo vio. Asintió con una sonrisa.

Dani se dirigió a la barra, saludó a Ace, hablaron durante un momento y, aunque Clara no pudo oír lo que decían, se fijó en que Ace ponía una mano en el hombro a Dani y éste afirmaba algo sonriendo. Luego se aproximó a la mesa con una cerveza en la mano, se sentó al lado de Clara y cogiéndola por la nuca le dio un morreo en toda regla. Carlos fijó la mirada en la mesa.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Dani a Carlos, manteniendo a su mujer abrazada por los hombros.

—Eso no era necesario —contestó Carlos.

—No creo que tenga que pedirte permiso para besar a mi mujer. —Dani se puso tenso.

—No hace falta que marques el territorio, sé que ahora te pertenece...

—¡Eh! Ya basta, que estoy aquí y soy una persona, no un objeto.

—Será mejor que me vaya —replicó Carlos.

—Sí, será lo mejor, si ya habéis acabado, claro —corroboró Dani—. Porque esto es el final, ¿no?

—Sí, lo es —admitió Carlos con un brillo extraño en los ojos—. Espero que seas mejor que yo en esto del matrimonio.

—Lo soy.

Carlos desapareció para siempre.

—¿Ha terminado? —preguntó Dani.

—Completamente. —Clara le acarició el pelo con una sonrisa ladina—. Aunque creo que le llamaré de vez en cuando, me pone mucho lo celoso que te vuelves.

—No estoy celoso —replicó él agarrándola del pelo—, pero si se le ocurre intentar algo de nuevo, me lo cargo. —Y la besó con pasión.

HOUSTON

Ya han pasado casi dos semanas desde que Mark se fue. Hoy es dos de julio y mi avión sale a las nueve de la mañana; llegaré de madrugada a Houston. Mark vendrá a recogerme, se ha tomado unos días libres para estar conmigo, dice que no me va a dejar parar, que ha preparado un montón de cosas para mí.

Clara me ha dicho que nuestras dos semanas se van a convertir en toda una vida y me he asustado un poco, pero no me disgusta, aunque por si fueran pocos los problemas de nuestra relación, tenemos que añadirle la distancia. Le he dicho a Clara que no sé cómo voy a reaccionar si me cruzo con la otra, y que como se la haya tirado en los días que hemos estado separados, lo mato.

Dan me lleva al aeropuerto porque Clara está trabajando, tiene turno de noche.

—¿Tú estás enamorada de Mark? —me suelta así, por las buenas.

—No lo sé. Es pronto para eso.

—No lo creo; quiero decir que no creo que sea pronto.

—Pues lo es, por lo menos para mí; pero algo hay, eso está claro.

—Yo diría que él sí se ha enamorado.

—Pues aunque lo pienses no deberías decírmelo.

—Es que es mi amigo y lo ha pasado mal con Caroline, y creo que es pronto para que le vuelvan a partir el corazón.

—¿Y por qué piensas que yo haré eso?

—Por Marcos.

—Lo estoy superando. Antes de conocer a Mark no había salido de mi área y ahora ya estoy en el área rival.

—Pues procura no perder el balón, ¿quieres?

—Vete al cuerno, tu amigo sabe cuidarse solo.

—No lo creo. Me parece que él, en lo que respecta a Marcos, no ha salido de la portería.

Ya en el avión pienso en lo que me ha dicho Dan; tal vez es hora de tener una conversación con Mark. No puedo decirle que Marcos no significa ya nada para mí y no sé qué querrá oír exactamente.

Estoy entrando en la terminal, lo busco con la mirada; no tiene que ser tan difícil encontrar a un tío tan grande. Está ahí, ¡Dios, qué guapo! Y me espera a mí. Suelto el equipaje en cuanto puedo y le salto encima rodeándolo con mis piernas, él me abraza, me besa y me da vueltas.

—Te prohíbo que vuelvas a morderte mis labios, ya te has hecho daño.

—Oye, son mis labios.

—No, son míos, pero te los dejo porque sin ellos estarías muy fea.

—Idiota, bésame.

—A sus órdenes. —Me besa hasta dejarme sin aliento, hasta que un guardia pasa a nuestro lado diciendo «circulen, vamos, circulen».

Nos vamos directamente a su casa porque estoy cansada y tengo hambre. Mark promete prepararme algo y después ayudarme a relajarme. Al parecer tiene pensado algo especial para conseguirlo.

Su casa está en el centro, y por el camino se ve mucho bullicio en las calles. Se nota que se están preparando para la fiesta del día siguiente. Dejamos el coche en un *parking* privado de un edificio alto, de esos que tienen más de veinte plantas, y subimos a la veintidós, que es donde está su apartamento. Es muy espacioso, el salón y la cocina están apenas separados por una barra, como en mi casa, y tiene unos ventanales enormes con vistas al parque Eleanor Tinsley. Mark me coge de la mano y me lleva al dormitorio pintado en blanco, con muebles de madera oscura y un par de cuadros apoyados en el suelo. «Tiene estilo», pienso.

—Te he vaciado un cajón —comenta abriendo un cajón de la cómoda— y he dejado algunas perchas libres en el armario. ¿Por qué no deshaces la maleta mientras te preparo un baño?

—¿Me vas a preparar el baño? —Me ha sorprendido.

—Sí —responde besándome suavemente en los labios y desapareciendo por la puerta del baño.

Me tomo un minuto mirándolo todo para asimilar dónde estoy y lo que está pasando; si me lo hubieran dicho hace un mes desde luego no lo habría creído.

Cuando termino me acerco al baño, hay velas y huele a aceites y aroma de vainilla, «umhhh cómo me gusta», la bañera está llena de agua espumosa. Mark se acerca a mí y comienza a desnudarme despacio. Me quita la camiseta y el sujetador sin apenas tocarme, desliza el dedo por mi estómago y llega hasta los botones de los vaqueros, que me desabrocha y me baja para, después, metiendo las manos bajo mis braguitas, quitármelas también. Yo no puedo dejar de mirarle a la cara, refleja tanto deseo que creo que me voy a quedar sin baño. Pero no, a mi pesar Mark se contiene y alargando la mano me ayuda a entrar en la bañera.

—¿Por qué no entras conmigo? —le propongo, coqueta.

—Es para ti, yo voy a preparar la cena.

—Pues me las arreglaré sola —le reto.

—No te atreverás —me dice metiendo la mano en el agua y echándome espuma a la cara—. Ahora vuelvo a por ti, espérame.

—No sé, me lo pensaré. —Lo veo desaparecer hacia el dormitorio. Le hago caso y disfruto del baño, respiro hondo y me relajo.

Al rato entra de nuevo y se quita la camiseta. Cómo me gusta verlo así, descalzo, con los vaqueros abiertos enseñándome el calzoncillo y ese magnífico pecho y abdomen alegrándome la vista. Se acerca y se sienta en el borde de la bañera. Introduce el brazo en el agua y comienza a enjabonarme con la mano desnuda, primero los pies para subir lentamente por una pierna hasta la rodilla, juega un poco

en ella y en la corva, desliza un dedo por el interior del muslo, sigue por la cadera, el ombligo, las costillas... Creo que estoy a punto de morir de excitación, tengo los ojos cerrados intentando adivinar adónde va a dirigir su mano ahora, y acierto, está disfrutando en mi pecho; dibujando espirales que terminan en el pezón, que está totalmente endurecido, juega un rato con el otro y sube hasta mi cuello. Lo rodea con su mano y baja en línea recta hacia mi centro. Cuando toca mi clítoris abriendo mis labios, yo le sujeto la mano por la muñeca.

Él se arrodilla en el suelo, se agacha sobre mí y me besa, atrayéndome hacia él, mientras me sujeta del pelo con la mano libre. De repente me coge en brazos y, así, empapada y sin dejar de besarme, me saca de la bañera.

—La cena ya está —rompe el silencio separándose un poco de mí.

—No, yo estoy.

El deseo contenido se escapa de cada célula de nuestro cuerpo. Me coge, pegándome por completo a él, y deslizándose a lo largo de su pecho me deja en el suelo. Coge una toalla y me envuelve en ella ayudándome a secar, aunque él está casi tan mojado como yo.

Llevo mis manos a la cinturilla de sus vaqueros y los bajo. Después le apreso las nalgas con las palmas abiertas por dentro del calzoncillo para bajárselo y noto su dureza en mi vientre, sintiendo un fuego en mi interior difícil de describir; ya sólo puedo pensar en tenerlo dentro. Me coge de nuevo en brazos y me lleva hasta la cama, donde sigue torturándome con sus besos hasta que me coloca de rodillas y él se sitúa a mi espalda, con el pecho pegado a mi piel. Me aferro al cabecero de la cama mientras me penetra una y otra vez en un viaje de placer que sólo acaba cuando nuestros cuerpos se relajan después de un largo, larguísimo orgasmo.

Por la mañana salimos a la calle a disfrutar de la fiesta del cuatro de julio. Hemos quedado con su hermana, que se llama Mary, y con el marido de ésta, Robert. Vamos a pasear al parque, hemos preparado cestas con comida y buscamos un buen sitio para hacer el pícnic. Por la tarde vemos el desfile y, ya por la noche, disfrutamos de los magníficos fuegos artificiales.

—¿Ves como nuestros fuegos no tienen nada que envidiar a los vuestros?

—Es espectacular, me encanta vuestra fiesta.

Nos vamos a ver un concierto de *rock* en español que hacen todas las semanas en el Bambou Lounge. Mientras Mark y Robert van a buscar las bebidas, Mary y yo nos sentamos en una mesa cerca del escenario.

—¿Sabes? —me dice—. Cuando mi hermano me dijo que había conocido a la mujer de sus sueños no me lo podía creer, pero ahora que te conozco creo que tiene mucha suerte.

—Gracias. ¿Te dijo que soy la mujer de sus sueños?

—¿Bromeas? Claro. Os gustan las mismas cosas y en una chica no es tan corriente. ¿De verdad te gustan el boxeo y los coches?

—De verdad.

—Mi hermano boxeaba muy bien, pero menos mal que lo dejó, porque cada vez que iba a verlo sufría un montón.

Dirijo la mirada hacia Mark, que está en la barra, y lo veo hablando con una morena exótica que se le acerca provocativamente; demasiado diría yo. Mark está rígido como un palo, pero en un momento dado inclina la cabeza hacia ella, me imagino que para poder oír lo que le dice, hay demasiado ruido. Pero algo no me gusta nada, tengo ganas de ir y abrirle la cabeza a la morena esa. Él me busca con la mirada y me hace un gesto de disculpa con la cara. Yo niego con la cabeza y supongo que mi mirada le da una idea de lo enfadada que estoy, porque coge a la morena por el brazo y la aparta de él bruscamente, pero ella insiste volviendo a acercarse. Yo ya no me aguanto más. Me dirijo hacia ellos, pero la hermana de Mark me coge de la muñeca.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no te preocupes, no voy a hacer ninguna locura, sólo quiero matarla.

—Me parece bien —me alienta Mary riéndose a carcajada limpia.

Al llegar a ellos me meto en medio, dando un empujón a la morena mientras me engancho del cuello de Mark y le planto un sensual beso. Él me mira riéndose.

—Gracias por salvarme, celosona —dice en mi oído.

—¿Están ya nuestras copas? —Me aparto un poco, haciendo caso omiso de su afirmación.

—Las están preparando. —Esboza una media sonrisa ladeada mientras me da una palmada en el trasero.

—Te espero en la mesa —acepto—. Pórtate bien —añado mientras me alejo. Él se ríe afirmando con la cabeza y yo vuelvo junto a Mary, no sin darme cuenta antes de que la chica exótica se retira y dedica sus afectuosas atenciones a otro.

—¡Bien hecho! —me jalea Mary—. Has marcado tu territorio.

—¿Eso he hecho?

—Sí, y muy bien por cierto.

—Como me entere de que estaba intentando provocarme le voy a dar un puñetazo.

—¿De qué habláis? —pregunta Mark colocando las bebidas sobre la mesa.

—De boxeo —responde Mary. Ambas nos miramos y sonreímos con complicidad.

—A mi hermana no le gusta. —Mark se sienta a mi lado mientras Robert lo hace junto a Mary.

—Lo que no me gustaba era ver cómo te zurraban a ti.

—A mí tampoco me gustaría ver que te pegan, sobre todo si hay golpes bajos, aunque yo te voy a dar uno por tontear con la morena esa —refunfuño.

—Ya, pero tú sólo estás pensando en tu propio placer.

—No voy a negar que hay una parte de ti que prefiero que no pongas en peligro;

tal vez estoy siendo un poco egoísta.

Él me besa con dulzura.

—Mañana vamos a ir a ver a papá —explica a su hermana. Ésta le acaricia el brazo.

—Ten paciencia, sigue siendo un viejo testarudo.

—Lo intentaré.

Vemos el concierto y nos levantamos para bailar a cada momento. Su hermana es como él, alta, castaña, de ojos oscuros pero con otro tipo de cara, más ovalada y con labios finos; y aunque también tiene un halo de nostalgia es más risueña que Mark. Entre ellos hay una gran complicidad, a pesar de que pasaron separados toda su adolescencia, o quizá por eso.

Ya de madrugada volvemos a casa de Mark y nos abandonamos a una sesión de sueño angelical después de una maratón de sexo endiablado.

EN EL RANCHO

Al día siguiente vamos al rancho a ver a su padre. Es una situación extraña, entre los dos hombres existe una tensión evidente. El padre, un hombre que también tuvo que ser corpulento pero no tan alto como el hijo, de pelo claro y ojos azules, no tiene demasiado parecido con Mark. Supongo que habrá sacado los rasgos de su madre. Se estrechan la mano sin demasiado entusiasmo.

—Padre, ella es Ana Cruz —me presenta.

—Es un placer, señorita —dice el padre cogiendo mi mano y llevándosela a los labios.

—Encantada, señor Jacob.

—Es usted española.

—Así es.

—No sabe usted la de veces que le he dicho a mi hijo que no se enamore de una española, pero no tiene por costumbre obedecer a su viejo.

—Padre, no empecemos...

—Tengo que decir —interrumpo—, que a mí no me parece usted nada viejo. —Y me aferro a la mano de Mark, que se da cuenta de que lo estoy pasando mal y me acerca a su cuerpo. El padre luce una enigmática sonrisa ante mi respuesta.

—Me recuerda usted otros tiempos, señorita Cruz. ¿Pasamos al comedor? Ya han dispuesto la mesa.

—Será lo mejor —dice Mark.

—Ya que has estado en España habrás ido a ver a tu abuela, ¿no?

—Sí. Está bien. Todo está bien.

—Por supuesto —responde el padre bajando la mirada. Está claro que la madre está omnipresente entre ellos—. ¿Sigue queriendo matarme?

—No quiere matarte, el tiempo pasa —miente Mark.

—Por supuesto —repite.

Después de comer paseamos por el rancho. Mark me enseña los caballos y las vacas. Está insoportablemente guapo con los vaqueros, la camisa, el sombrero tejano y las botas. Hemos quedado en que después iremos a tomar algo a un bar *country*, y por último le llevaremos donuts a George, que está de guardia esa noche. George es *ranger*.

Cuando bajo de cambiarme de ropa, escucho gritos en el estudio. Mark y su padre están discutiendo.

—Apenas la conoces, te dejará. Les llama la tierra —grita el padre, enfadado.

—Tal vez me deje, pero yo no me quedaré de brazos cruzados.

—Sigues culpándome, ¿eh?

—No hace falta, ya te culpas tú solo.

—Te lo digo por tu bien, no quiero que cometas el mismo error que yo.

—¿Mi madre fue un error para ti?

—Sabes que no era eso lo que quería decir. En España todo era maravilloso, pero cuando vinimos, no le gustaba esta vida. Ni siquiera creo que le gustara yo cuando me conoció de verdad. Lo que quiero decir es que una aventura es sólo una aventura.

—Mira, padre, la quiero. Todavía no sé cómo van a salir las cosas entre nosotros, pero sí sé que no necesitamos más fantasmas.

—Mark, espera, no he terminado...

Al abrir la puerta Mark me ve. Yo tengo lágrimas en los ojos y él me abraza muy fuerte.

—Siento que lo hayas oído —me dice al oído mientras me saca de allí.

En vez del coche de Mark cogemos la furgoneta familiar para movernos por el pueblo, nos quedamos en silencio unos minutos y después nos ponemos en marcha con calma.

—¿Me quieres? —me pregunta.

—Te pedí permiso, ¿recuerdas?

—Sí, pero quiero decir de verdad. Como para querer plantearte un futuro conmigo.

—De momento tenemos un presente.

—No me has contestado.

—Me estoy enamorando de ti.

Mark se asustó. Había hablado más de la cuenta y no podía evitar pensar en lo que le dijo su padre. Sabía que lo más probable era que, después de un tiempo de idas y venidas, aquello se acabara, pero se negaba a pensar en ello aunque ella no hubiera hecho ningún comentario al respecto.

—Yo no he dejado de pensar en ti y en estar contigo, pero es todo muy complicado. ¿No crees? —respondo ante su silencio.

—Veamos qué pasa, ¿ok?

—Ok.

PELEAS

Entramos en un local decorado con madera; dianas, billar, máquina de música y tipos con sombreros Stetson y tatuajes. Bailamos, yo tomo un margarita y él una cerveza y nos divertimos olvidándonos de todo lo que nos rodea.

Estoy en la barra esperando a Mark, que ha ido a escoger una canción, cuando uno de esos tipos se acerca a mí más de lo necesario.

—Me estás molestando.

—No creo —contesta él. Noto su manaza en mi trasero y recurro a mis clases de defensa personal: gran pisotón, codazo en la boca del estómago, rodillazo en sus partes más sensibles y puñetazo en la sien. Me doy cuenta de que Mark me coge de la cintura y me pone detrás de él. El rinoceronte se levanta justo para dar un puñetazo en la cara de Mark, pero éste se recupera rápido y se lo devuelve, acompañado por un gancho en el hígado. Otro mamut se acerca con una botella, dispuesto a dar a Mark en el cogote. Yo lo veo y me subo a su espalda, metiéndole los dedos en los ojos, él intenta sacudirme como si fuera una mosca.

—¡No te atrevas a tocarlo! ¡Animal!

Unos fuertes brazos me cogen de la cintura y me cargan al hombro.

—Vámonos de aquí —me apremia Mark.

—Suelta, puedo con él, déjame y verás lo que le hago.

Una vez en el coche me sienta en el capó.

—Creo que eres una mala influencia para mí, mi querida tarada.

—Ese tío me ha tocado el culo, ¿tenía que dejarme? ¿Te molesta? —grito. Estoy muy enfadada.

—No, tenías que haber dejado que lo arreglara yo.

—¿Por qué?, es mi trasero.

—Yo soy el hombre, se supone que estoy aquí para protegerte.

—No necesito que me protejas, me las arreglo bien sola, troglodita.

—Oye, que la que se ha liado a mamporros eres tú.

—Soy una mujer adulta, independiente y actual, no necesito ningún príncipe azul que me rescate de nada. Tendrás que quitarte esas ideas de la cabeza, grandullón.

—Sé que eres una mujer competente, pero ese tío es diez veces más grande que tú. Si en vez de estar conmigo hubieses estado con tu amigo el payaso, tu bonita cara no sería tan bonita ahora.

—Mi amigo el payaso no me traería a sitios llenos de rinocerontes que quieren toquetearme.

—Está bien, la culpa es mía; yo te he puesto en peligro, lo siento —claudica, acariciándome la cara.

—No hagas eso.

—¿Qué he hecho ahora?

—Me estás dando la razón para terminar ya con esto. Siempre dejamos estas discusiones a medias.

—Porque no vamos a llegar a un acuerdo. No puedes meterte en problemas y no dejar que te ayude, forma parte de mi naturaleza. Pero tienes razón, asumo mi culpa por traerte y abandonarte sola en la barra y por eso te pido perdón.

—Eres idiota. Yo he venido aquí contigo y me he quedado porque me ha dado la gana. Tú no eres responsable de mí, ¡soy adulta, por el amor de Dios!

—Sí que lo eres. —Y me besa en el cuello con gula. Lo empuja con fuerza.

—Sexo, así terminas las discusiones. Ahora, como no lo has conseguido por las buenas, quieres terminarla con sexo. ¿Es que no sabes discutir y punto? A veces es bueno, ¿sabes?

—No, no lo es. En momentos de enfado y confusión se toman decisiones y se dicen cosas de las que después te arrepientes, pero que pagas el resto de tu vida.

—No es siempre así. No puedes vivir tu vida por lo que hicieron tus padres.

—¿Y tú sí puedes vivirla por lo que fuiste con tu marido? —Se hace un silencio de un minuto que parece eterno—. ¿Lo ves? Digo cosas que no debo. —Se apoya en el coche, a mi lado, cruzando los brazos.

—No, tienes razón. Pero estoy intentando cambiar eso. He avanzado mucho durante este último mes, tienes que saberlo; tú no sabes cómo era antes de estar contigo. —Él sigue con la mirada fija en el suelo—. Dani me dijo que no llevas bien lo de Marcos —le incito para que hable del tema, pasándole un dedo por el brazo.

—Dan es un bocazas —responde moviéndose incómodo—. Será mejor que nos vayamos, tus amigos se han dado cuenta de que no estamos dentro.

Levanto la vista hacia el bar y veo un grupo de hombres mirando a su alrededor. Mark me ayuda a bajar del capó.

—Sabes que podría haber bajado sola, ¿verdad? —comento una vez dentro del coche.

—¿Quieres que nos paremos a discutirlo ahora? —replica poniendo el coche en marcha.

—Sé cuándo parar. ¡Vámonos ya!

Cuando llegamos a la oficina del *sheriff* y bajamos del coche, Mark no me coge de la mano ni de la cintura. Toma la caja de donuts y se encamina hacia la puerta. Me duele el corazón como hacía tiempo que no me dolía.

Le cojo del cinturón obligándole a pararse.

—¿Te has enfadado?

—No cariño. *Honey*, no me enfado, es sólo que... Da igual, vamos dentro. —Y por fin me toma de la mano.

—¿Sólo que qué?

—Que cuando me dices esas cosas, creo que mi padre tiene razón y en realidad ni

siquiera te gusta cómo soy. Diablos, parezco una chica lloriqueando.

—No todas las chicas lloriquean, aunque yo lo haga a menudo —esbozo una sonrisa—. Me gustas, me gustas mucho. Tienes que creerme.

Me abraza y me besa en la cabeza con cariño. No me cree y no sé qué tengo que hacer para que me crea.

Ese Marcos... Mark no se sintió capaz de imaginar qué tipo de hombre habría sido, pero supo que él no podría renunciar a ser quien era, y desde luego, tenía muy claro que a ella no le gustaba.

—¿Dónde has aprendido a pelear así? —pregunta cambiando de tema.

—Clases de defensa personal. ¿Sigo siendo tu chica?

—Mía.

—Mark...

—¿Me vais a dar mis donuts o qué? —nos interrumpe la voz de George.

—Ya vamos —responde Mark.

Cuando nos acercamos, George mira asombrado la cara de Mark.

—¿Qué demonios?! Estabais en la pelea del bar *country*.

—¿Ya te has enterado?

Me preocupa que la noticia haya llegado tan rápido a sus oídos. Entramos y nos acomodamos alrededor de la mesa de George.

—Mis compañeros han ido a pararla.

—Deberías encerrarla, la ha liado ella —bromea Mark.

—Oye, que no es verdad. Ha sido el mamut aquel —protesto.

—Si le hubieras dicho que estabas conmigo, te habría dejado en paz sin más.

—Vamos, que si no quiero que me sobe un tío, tengo que pertenecer a otro. ¿Se puede ser más machista?

—Yo no hago las reglas, *honey*.

—Pues no me gustan vuestras reglas. Y no me llames *honey* ahora.

—No son *nuestras* reglas, son reglas universales. En tu querida tierra también pasa. ¿Acaso Marcos no defendía lo suyo?

—No metas a mi Marcos en esto.

—Como no os calléis voy a tener que encerraros a los dos —ataja la conversación George.

En ese momento la emisora empieza a hacer ruidos y escuchamos al compañero de George explicando que ha tenido que detener a dos sujetos que participaban en la pelea y que vienen hacia la comisaría. De repente Mark y yo nos miramos y rompemos a reír como locos.

—*Honey*, será mejor que nos vayamos antes de que lleguen.

—Sí —le secundo, poniéndome en pie y cogiendo la mano que me tiende.

—Venid a comer a casa mañana, Nat tiene muchas ganas de verte y hablar contigo, Annie.

—¿Qué te parece? —reclama mi conformidad Mark.

—Pues claro, me encantará.

Hacemos el camino de vuelta al rancho en silencio. Yo no sé cómo sentirme, me da miedo la forma tan intensa de amar que tiene Mark; es posesivo, autoritario, lo quiere todo y no sé si estoy preparada para entregarme de la manera que él necesita. Mi relación con Marcos era mucho más tranquila y sosegada, nos conocíamos tan bien; no había sorpresas, hablábamos acerca de todo lo que nos rodeaba, él no era nada machista. Mark no lo es en muchos aspectos, pero a veces es tan... pasional.

Ya en casa, al acostarnos, nos acurrucamos uno contra otro y nos abrazamos. Permanecemos en silencio, pensando en los acontecimientos del día. Al cabo de un rato ya no puedo resistirlo más, necesito romper la tensión.

—¿Sabes? En realidad yo te he salvado a ti, si no le doy a ese tío te habría roto la botella en la cabeza.

—Eres mi princesa azul.

—Sí, creo que sí.

—Entonces, ahora me toca a mí enfadarme porque me has defendido.

—No. No estoy enfadada porque me hayas defendido. Entiendo que no quieras que me hagan daño, de la misma manera que yo no quiero que te lo hagan a ti —me vuelvo hacia él en la cama—, pero a veces eres tan... pasional, que me da un poco de miedo.

—¿No te gusta que sea pasional? —Mark me da un beso en la frente.

—Me encanta, pero me asusta un poco. Yo no sé si sabré quererte de ese modo.

—Shhhh, durmamos un poco.

Pero no pegamos ojo hasta bien entrada la madrugada.

Al despertar por la mañana me encuentro sola en la cama. Estiro la mano notando que su lado está ya frío, probablemente hace horas que ha abandonado el colchón. Me levanto, me pongo la bata y me acerco a la ventana. Un grupo de jinetes se acerca a la casa, entre ellos Mark. Nunca pensé que un hombre pudiera ser tan atractivo, me lo comería entero ahora mismo.

Mark desvió la mirada hacia la ventana del dormitorio. Allí estaba ella, mirándolo con aquella cara de deseo que lo volvía loco. Levantó el sombrero a modo de saludo y sonrió, aunque lo que en realidad quería era saltar del caballo y subir corriendo a la habitación para hacerla suya hasta que se olvidara de su propio nombre. Pero consiguió controlarse, sabía que tenía que ir más despacio para que ella se sintiera segura a su lado.

No puedo quitarle la vista de encima. Esa sonrisa me hace sentir cosquillas por todo el cuerpo. ¡Ojalá subiera!, aunque lo que de verdad me gustaría sería tenerlo en la cama conmigo, pero puesto que él se contiene, no seré yo quien dé el primer paso. Se ha vuelto a colocar el sombrero, desmonta y se entretiene hablando con los otros hombres; entre ellos está su padre.

Me voy a la ducha. El agua termina de despertarme y al salir oigo que tocan a la

puerta. Sí, es Mark.

—Señorita, el señor me ha dicho que le suba el desayuno.

—Pase. Déjelo en la mesa, gracias —respondo algo decepcionada al darme cuenta de que él no va a subir.

Huevos, bacon, tortitas... Elijo una tortita, la mordisqueo sin muchas ganas y doy unos sorbos al café. Hace siglos que no tomo un café con leche y una tostada con aceite de oliva. Lo echo de menos. Echo de menos España. Cuando termino de desayunar me visto y bajo en busca de Mark, a él también lo echo de menos aunque apenas haga unas horas que no le veo.

Al bajar por la escalera oigo de nuevo voces que salen del estudio. Mark y su padre discuten de nuevo y otra vez soy el objeto de su discusión.

—Para ella eres una aventura.

—Déjalo ya.

—Primero una mujer casada, luego una española... ¿Cuándo vas a madurar, hijo?

—Todo esto no es de tu incumbencia.

—Eres mi hijo, así es que sí es de mi incumbencia. Esa mujer saldrá corriendo en cuanto...

—Ya basta —digo entrando en el estudio sin llamar. Me dirijo directamente al padre de Mark.

—No tiene ningún derecho a juzgarme por lo que hizo su mujer, no tiene motivos para ofenderme y debería pensar que es posible que su esposa tuviera una buena razón para abandonarle.

El padre de Mark da un paso hacia mí, amenazador, pero Mark se interpone entre nosotros.

—Eres una mujer valiente y sincera, admiro eso en una mujer, pero no estás preparada para quedarte con un Jacob.

—Ya basta, padre.

—Tal vez tenga razón, pero ahora mismo eso no lo sabemos ni usted ni yo. —Espero un momento antes de continuar—. Siento lo que he dicho de su esposa, ha estado fuera de lugar.

—No importa, yo mismo lo pienso constantemente. Me gustaría quedarme solo.

Mark y yo salimos del estudio y nos sentamos en las escaleras, uno al lado del otro, sin tocarnos. Me siento miserable por lo que he dicho a su padre.

—Lo siento, pero es que... Estoy cansada de todo esto.

—¿De mí?

—Pues claro que no, pero no entiendo por qué tiene que ser tan difícil. No debería de serlo.

—Hay demasiadas distracciones a nuestro alrededor. En los días que te quedan por estar aquí nos concentraremos en nosotros, sólo en nosotros, ¿de acuerdo?

—Eso me gustaría. Mucho.

—Voy a darme una ducha y nos vamos a dar una vuelta por el pueblo, ¿ok? —

asiento con la cabeza—. Y luego nos vamos a casa de George y Nat.

—Me encantaría entrar en la ducha contigo, pero no estoy cómoda con tu padre aquí.

—Lo entiendo. Volveremos a Houston por la tarde. Siento lo de mi padre.

Mark subió las escaleras lentamente, le pesaba el ánimo. Sabía que su padre no reaccionaría bien, pero no se esperaba que ella se enfrentase a él de aquella manera. Sonrió. Annie era increíble, su queridísima tarada, pensó. Se sintió incapaz de hacerla feliz.

Me he quedado sola, así que subo a la habitación a preparar la bolsa para volver a Houston y espero allí hasta que Mark está listo para irnos.

En media hora estamos en el pueblo, paseamos, nos dirigimos a un mercado campesino y compramos fruta y vino.

—Espera aquí un momento —me pide Mark, dejándome a la puerta de una tienda—. Son para ti. —Me ofrece un ramo de margaritas y se me ilumina la cara.

—Gracias, aunque no me gustan las flores muertas.

—Eres difícil de complacer, *honey*.

—Creía que te gustaban los retos.

Mark me coge de la cintura, apretándome contra su cuerpo, y me besa con pasión. Le echo las manos al cuello sin poder, sin querer, resistirme.

—Te he echado de menos, hace casi doce horas que no me besabas —protesto.

—Es hora de irnos, pero espera aquí otro momento —replica sonriente, volviendo a entrar en la floristería.

—Pero ¿qué vas a hacer ahora?

Sale con una maceta.

—Éstas están vivas. —Me las ofrece. Me río con ganas.

—Si pudiéramos ser siempre así.

—Lo seremos.

Cargados de bolsas, nos subimos al coche y nos encaminamos hacia la casa de George y Nat.

EN CASA DE NAT

Nat abre la puerta, es una chica llena de vitalidad en su apenas metro cincuenta y poco, con unas pronunciadas y perfectas curvas, una espectacular melena pelirroja y unos ojos color miel que te hablan con sólo mirarte.

Enseguida abraza a Mark, que le da uno de los dos ramos de flores, el que había comprado para ella.

—Mi querido Teddy —acepta con una sonrisa luminosa.

Mark le devuelve el abrazo, dándole un beso en la cabeza y acariciándole la espalda.

—Vamos, pasad; aunque tú, Mark, quizá quieras ir directamente al garaje; George está liado montando no sé qué que ha comprado para la moto.

—¿Quieres verla, *honey*? —me invita—, es una Harley.

—Como la de Dani.

—No, ésta es una Fat Bob de este mismo año, pero no sé cuántas cosas le ha puesto ya.

—De eso nada —nos interrumpe Nat—, nosotras tenemos que hablar de nuestras cosas. Piérdete.

—Sí, mejor —desestimo la oferta de Mark—. Mi frágil corazón no podría soportar ver cómo os arriesgáis a destrozar una joya como ésa con vuestras manazas.

Él roza ligeramente mis labios con los suyos y se encamina hacia el garaje. Pero al momento se vuelve, como si se le hubiera olvidado algo, me coge por la nuca y me da un beso que me deja sin respiración. Sin más, me suelta y se aleja definitivamente. Me quedo mirando su marcha y me apoyo los dedos sobre la boca, ligeramente hinchada y trémula.

—Acompáñame a la cocina, nos serviremos un vino mientras charlamos —me saca Nat de la sorpresa, y tengo la impresión de que va a ser más bien un interrogatorio que una ligera charla.

Efectivamente no tardo en darme cuenta de que quiere saber cómo nos van las cosas a Mark y a mí.

—Espero que no pienses que soy una entrometida. Quiero mucho a Mark y le veo tan ilusionado contigo... Encima se ha desenganchado de esa...

—De Caroline.

—Sí. Es una mujer insoportable. En España diríamos lo del perro del hortelano. Pero no te dejes llevar por los celos, ya no es nada para él.

—No estoy celosa, creo. ¿Es muy guapa?

—No sé. Supongo que es de esas mujeres que los hombres miran cuando pasa.

—Vale. Me parece que ya estoy oficialmente celosa.

Nat se ríe, tiene una risa muy graciosa, como de niña traviesa. Me hace pensar en

los cuatro, de adolescentes, haciendo diabluras juntos en Granada.

—Mark me contó que os conocéis hace un montón de años.

—Apenas éramos unos críos. Hicimos tres veranos de campamentos juntos. Yo era la única chica. Mark era como mi hermano, siempre cuidando de mí, mientras Dani nos seguía a todas partes y George me tiraba los tejos.

—Y lo que no son los tejos, ¿no? Tenéis una hija.

—Sí, es verdad —confirma, riéndose de nuevo.

—¿Mark cuidaba de ti? Es un caballero andante. Debe ser por culpa del punto machista que tiene dentro.

—¡Mark no es machista!

—Pues a veces dice unas cosas... ¿Y qué me cuentas de lo de abrir las puertas, pagar siempre...?

—Lo han educado así, pero no es machista; respeta a las mujeres y nunca las trata mal.

—Eso lo sé.

—Es protector con todo el mundo; supongo que si te considera su mujer, contigo lo será aún más.

—Su mujer, suena muy fuerte. No tenemos una relación tan intensa. En realidad sí es intensa, pero no es tan seria aún. Hace poco más de un mes que nos conocemos.

—A veces no es cuestión de tiempo. ¿Tú estás enamorada de él?

—No lo sé. Creo que sí, pero a veces es muy difícil.

—Si ya estás enamorada o te estás enamorando, no dejes que te asusten sus arrebatos de macho tejano. Es como un oso de peluche, grande, protector y blandito.

—Por eso le llamas Teddy.

—Sí. Mark siempre quiere proteger a todo el mundo, supongo que es para compensar el hecho de no haber podido proteger a su madre.

Al oírlo así, de forma tan cruda y directa, se me encoge el corazón.

—Todos tenemos cicatrices en el alma.

—Mark las tiene también en el cuerpo —comento para intentar sacarle información al respecto, porque supongo que ella sabe cómo se las hizo.

—Eso es un buen ejemplo. ¿Te ha dicho alguna vez cómo se las hizo?

—Me dijo que en una pelea, pero no detalló más y parecía que no quería hablar de eso, así es que no insistí.

—George amonestó a un borracho que estaba molestando a unas chicas en un bar, y cometió el error de darle la espalda. El tipo sacó una navaja, Mark lo vio y se tiró a por él.

Hace una pausa, ya que se le ha quebrado la voz y le asoman lágrimas a los ojos; en ese momento me doy cuenta de que yo también estoy a punto de llorar y se me forma un nudo en la garganta.

—Mark recibió sin dudar los navajazos que iban destinados a George, le salvó la vida arriesgando la suya propia y, de paso, nos salvó a mi hija y a mí de un futuro sin

George.

—¿Qué pasó con el tío ese? —pregunté entre sollozos.

—George tuvo que dispararle para pararlo. Murió.

—Así es que se salvaron mutuamente.

—Sí. —Las lágrimas resbalan por mi cara con total libertad. Nat es más dura, su mirada continúa acuosa pero no se ha dejado llevar por los recuerdos—. George y yo no estábamos juntos en ese momento, pero sentir que podía perderlo tan fácilmente y para siempre, me hizo replantearme todo. Desde ese día no he vuelto a separarme de él.

—¿Hace mucho de aquello? —Sé, por Mark, que su hija tiene trece años. No puede ser que George, que tiene treinta como Mark, fuera ya *ranger* hace tanto tiempo.

—Hace seis años. Mi hija tenía siete años entonces. George y yo tenemos una historia complicada.

En ese momento entran los chicos manchados de grasa y riéndose. Nos miran. Yo no he podido parar de llorar al pensar que podría no haber llegado a conocer a Mark, no puedo evitar pensar en que yo sí había perdido a mi amor, mi otro amor. Es todo tan confuso.

George viene hacia mí como alma que lleva el diablo.

—¿Pero qué te pasa? No llores, por favor —me suplica, limpiándome con una servilleta de papel.

—George, estate quieto, que la estás manchando de grasa —le recrimina Nat. Parece que George es uno de esos hombres que no soporta ver llorar a una mujer. Mark me coge de la mano, tirando de mí para encerrarme en su abrazo.

—Tranquilo, George, Annie es un poco llorona —le informa, besándome en el pelo y acariciándome, pero al darse cuenta de que no consigue que me calme, me conduce al porche. Nos sentamos en un precioso columpio de madera blanco que decora el lugar junto con una mesa, unas sillas y muchos maceteros con flores—. ¿Qué pasa? —Mark transmite calma mientras me sigue acariciando.

—Que estuviste a punto de morir y yo... Y yo...

—Pero no estoy muerto, estoy aquí contigo. Tampoco soy Marcos. No voy a ir a ninguna parte.

Por fin me calmo y volvemos a entrar en la casa.

—Lo siento, yo no sabía lo de tu marido... No sabes cuánto siento haberte contado eso. Yo... —Nat intenta disculparse.

—No te preocupes, Nat, de verdad, en realidad yo te lo he sonsacado y es verdad que soy una llorona.

Comemos el asado y nos bebemos el vino que habíamos comprado por la mañana en el pueblo. El postre consiste en fruta y queso.

Charlamos durante todo el tiempo, conociéndonos; me cuentan muchas anécdotas de los campamentos y conozco la interesante historia de Nat y George, que es casi

como una novela romántica.

A eso de las cuatro viene Georgina, su hija, que es exactamente igual que su padre: morena, alta para su edad, profundos ojos azules en los que casi ni se distingue la pupila... Es una fotocopia en versión femenina.

A media tarde nos despedimos y regresamos al rancho a por nuestras cosas. Un rápido «hasta pronto» al padre de Mark y volvemos a la ciudad.

Me ha gustado conocerlos, pero tengo ganas de estar a solas con Mark; en realidad tengo ganas de él.

Y DE NUEVO HOUSTON

Mark no quiso pensar en nada de lo que pasó en el rancho. «Su Marcos», así le llamó ella. Además, se enfadó consigo mismo por muchos motivos: las palabras de su padre —«te va a dejar»—, por la reacción de Annie en casa de George cuando lloraba por la posibilidad de no haberlo conocido; o tal vez porque pensó que lloraba por el otro. Pero, poco a poco, la sangre de su cabeza viajó hacia otras partes de su anatomía y ya sólo pudo pensar en estar hundido en su interior. La sangre le hirvió al contacto de aquel pequeño cuerpo.

Entramos en el apartamento de Mark tocándonos como posesos, parece que hiciera un siglo que no hacemos el amor. Estoy loca por sentirlo dentro, sólo de pensarlo me siento húmeda y el corazón me da un vuelco.

—¿Me acompañas a la ducha? —propongo quitándome el vestido y las sandalias.

—Y al infierno también.

—Preferiría que no —respondo al recordar nuestro primer encuentro.

—Cuánto tiempo... —Me quita el sujetador y me atrapa un pezón con los dientes.

—¿No te sobran esos pantalones, grandullón? —mi voz suena provocativa.

—*Honey*, te deseo demasiado. Quiero estar dentro de ti, ya.

Entramos en la ducha, yo en braguitas y él todavía con los pantalones puestos, y sin esperar a que se los quite abro el grifo. El agua sale un poco fría, los dos gritamos; Mark me da un mordisco en el cuello a modo de venganza y me hace cosquillas. Forcejamos, yo por ponerlo a él debajo del grifo y él por ponerme a mí. Al final, cuando la excitación hace imposible seguir con el juego, me coge en brazos; yo atrapo con mis piernas su cintura y nos enredamos en un beso brutal, cara contra cara, abarcando todo lo que podemos; yo pierdo el sentido, nuestros actos se convierten en algo animal, sólo sentimientos. Y entonces, se desata la tormenta.

—Marcos... —se me escapa. No sé por qué, ya que en realidad con Marcos jamás me he sentido así.

Algo se rompió dentro de Mark. También en su exterior. Se quedó frío, la sangre que un momento antes hervía a borbotones se le quedó helada en las venas. Se sintió morir. Despacio, la bajó al suelo para no dejarla caer y salió de la ducha. Así, mojado y pálido, se dirigió al salón, tomó un pequeño jarrón de barro y lo estrelló contra la pared.

Me siento abandonada. Me abrazo pero me quedo bajo el agua; no quiero salir, no quiero enfrentarme a él, no sé qué puedo decirle. Oigo un golpe, algo que se rompe además de nuestros corazones. Mark entra en el baño y cierra el grifo. Yo estoy llorando en silencio pero no me atrevo a mirarlo, no quiero ver su cara de dolor y decepción. Mis lágrimas se mezclan con las gotas de agua. Él coge una toalla, me envuelve y me insta a salir de la ducha cogiéndome por los hombros.

—Tenemos que hablar —su frase ha sonado a despedida.

—¡No quiero hablar! —respondo como una niña enfadada.

Salí del baño y me espera en el salón. Me visto, después de secarme, y voy a su encuentro con el pelo aún mojado; despacio, con caminar dubitativo. Mark se ha cambiado los pantalones y puesto una camiseta, pero sigo sin poder mirarlo a la cara. Parece un animal enjaulado atravesando la sala de un lado a otro durante largo rato. Luego, como siempre que está enfadado, se acerca a mí de modo que quedamos a dos pasos de distancia. Lo que en realidad querría yo sería abrazarlo hasta calmarlo, pero cuando doy un paso hacia él se mueve hacia atrás rozando peligrosamente los restos del jarrón hecho añicos. No quiere que lo toque; me duele, me duele mucho.

—Sé que no te gusta mi forma de querer, pero no puedo compartirte con nadie, ni siquiera con un puto muerto.

Se me revuelve el estómago, siento náuseas. ¿Por qué ha tenido que decir eso? Mi mano se mueve más rápido que mi cerebro en dirección a su brazo. Le golpeo con todas mis fuerzas mientras con la otra le pego en el pecho. Sigo vapuleándole hasta que me coge por las muñecas y me aprieta contra él.

—¡No has debido decir eso! —grito con el corazón desgarrado.

—Es lo que siento. —Su voz, en cambio, no se ha elevado; pero el tono es tan gélido que siento que nos separa un océano.

—Yo... Lo he dicho sin pensar. Os llamáis, llamabais, igual, y yo... Estábamos en un momento tan íntimo... Yo sólo he tenido esa clase de intimidad con él y contigo... Con él fueron muchos años, creo que ha sido por costumbre; no te lo tomes así, por favor. —Estoy nerviosa, me trabo al hablar y lo hago de forma desordenada.

—¿Cuándo sale tu vuelo? —pregunta soltándose.

—¿Me estás echando? —Siento de nuevo lágrimas en los ojos.

—No. Seré yo quien se vaya al rancho hasta que te marches. Esta noche dormiré en el salón. Buenas noches. —Se da media vuelta y me deja a la vista su enorme y musculosa espalda. Yo sólo quiero abrazarlo, pero ha puesto una barrera entre nosotros.

—Mark, no hagas esto, por favor. Háblame.

—Quítate el anillo —dice sin girarse.

—¿Qué? —La incredulidad empaña mi voz.

—Quítate el anillo —repite, esta vez mirándose a los ojos.

—No puedo.

—Pues déjalo todo y quédate aquí conmigo.

—No tienes derecho a pedirme eso.

—¿Y a qué tengo derecho? ¿A las migajas que me deje él? —ahora sí levanta la voz y yo no soy capaz de responder nada—. Después de todo, sigues siendo suya. Siempre lo has sido y eso nunca cambiará, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —Me temo lo peor.

—No lo digo yo, lo dices tú en las cartas que aún le escribes.

—¿Las has leído? —No me responde pero tampoco parece arrepentido—. ¿Cómo te has atrevido a registrar mis cosas?! Tú no... no...

—No tengo derecho, lo sé —termina él la frase, despectivamente—. Espera un momento... ¿Registrar tus cosas? ¿Es que las has traído? ¿Aquí? ¿A mi casa?

—¿No puedes entender que son veinte años de mi vida? Demasiado tiempo para borrarlo de un plumazo.

—Sobre todo si no quieres hacerlo.

—No, no quiero hacerlo; no tengo por qué. Él es mi pasado y tú eres mi presente. ¿Por qué no puedo tener las dos cosas como el resto de la gente?

—Pero tú los mezclas. Nos mezclas a los dos y a mí me relegas a un segundo plano. Yo no puedo vivir con eso.

—Pues tendrás que poder.

—En eso te equivocas. Me voy a tomar el aire, me estoy ahogando aquí. —Ya en la puerta, mientras coge las llaves y la cartera, se gira y me mira—. Adiós, *Honey*. — Es un adiós demasiado rotundo.

—No lo hagas, por favor —le pido, llorando ahora a moco tendido. Pero lo hace. Se va.

Cojo el jarroncito gemelo del que él tiró antes y lo estrello contra la puerta. No lo espero. Llamo al aeropuerto, faltan dos horas para que salga el siguiente avión hacia España. Hago la maleta, llamo a un taxi y cierro la puerta a mi espalda.

Cuando Mark regresó al apartamento encontró un silencio absoluto. El terror le aprisionó el pecho, no quería pensar que ya no estuviera allí. Miró en todas las habitaciones, llamándola a gritos, hasta que se dio por vencido y miró en el armario. Estaba vacío.

Sin saber lo que hacía, fue a la cocina; necesitaba agua, la garganta le ardía y tenía la boca seca. Había una nota pegada en la puerta de la nevera.

Supongo que tienes razón y lo mejor es dejarlo ahora, antes de hacernos un daño irreparable. Ha estado bien casi todo el tiempo; echaré de menos tus espirales en mi ombligo. Me vuelvo a España en el avión que sale esta noche. Dile a tu padre que me echaste antes de que te dejara, se sentirá orgulloso.

Con tristeza, llevó la nota a la habitación y la guardó en un cajón. Al menos le quedaría eso de ella. Luego se dirigió al teléfono.

—Dan, oye, soy Mark. ¿Os ha llamado Annie?

—No, ¿por qué?

—Vuelve en el vuelo que acaba de salir, no sé si podréis ir a recogerla.

—Sí, claro. Llegará mañana por la noche, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Pero ha pasado algo.

—Hemos roto.

—Mark, ¿pero qué ha pasado?

—No quiero hablar. ¿La recogeréis?

—Mark...

—Dan, ¿la recogeréis o no?

—Que sí, pero...

Mark colgó. Pensó un momento y volvió a marcar.

—¿Caroline? Soy Mark.

DE NUEVO EN ALICANTE

Cuando estás hundida, un viaje de veintidós horas no es lo más recomendable. Lo único que hago durante todo el trayecto es pensar en Mark; en por qué ha salido todo mal, en lo que siento por él, por Marcos; hasta por Raúl. Reconozco la paciencia que este último ha demostrado conmigo. «¿Por qué no me he enamorado de él?». Quizá debería darle otra oportunidad. Tal vez ahora que he vuelto a sentir sea capaz de llegar a algo con él, porque está claro que ése es el tipo de relación que necesito: más tranquila y sosegada. Raúl me entiende y no me presiona.

Me sorprendo al ver a Clara y Dani esperándome. Corro a abrazarme a Clara.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Dani acariciándome la espalda.

—Que tu amigo es idiota. Es un inseguro y un cabezota y prefiere protegerse de mí. No quiere arriesgarse a sufrir y yo... yo... he perdido el balón. Tenías razón, toda la razón.

Durante el camino a casa no paran de rodar lágrimas por mis mejillas. Estoy muy lejos de Mark en todos los sentidos; siento un vacío enorme en mi interior.

—¿Quieres dormir en casa? —Clara sólo quiere cuidarme.

—No, no te preocupes.

—Vamos, quédate, haré chocolate caliente. Eso, y desahogarte, lo curará todo —insiste Dani.

—Eres un amor, pero no hace falta, en serio. Me apetece llegar a casa, ducharme y dormir en mi cama. Mañana ya pensaré. Luego nos tomamos ese chocolate y hablamos todo lo que haga falta. —Antes de que entren en su casa, me asalta la duda—. ¿Os ha dicho él que vengáis a recogerme?

—Sí, llamó anoche en cuanto salió tu avión. Pero ya sabes cómo es, no nos contó nada —confirma Dani, anticipándose a mi más que posible pregunta.

—Claro, pero sí se aseguró de que alguien me recogiera. ¡Es de lo que no hay! —digo a media voz, casi para mí misma.

—Para lo bueno y para lo malo —corrobora Clara.

Yo hago una mueca apretando los labios; sus labios, ahora de nuevo míos. Es increíble lo mucho que me gustaba que fueran suyos.

Ha pasado un mes desde que volví de Houston y no dejo de pensar en Mark, a pesar de que llevo saliendo con Raúl dos semanas. Ha sido como siempre, paciente y comprensivo; tanto que a veces me exaspera, me gustaría que tuviera más sangre. No soy justa con él, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Resultó todo tan fácil, escuchó todo lo que tenía que decirle, me desahugué con respecto a Mark. Él sabe lo que siento por el yanqui pero no me presiona, sólo me ha pedido tiempo para que me acostumbre a él. ¿El amor nace con tiempo? ¿O es algo

que se da desde el principio? No lo sé. La relación es tranquila, salimos a pasear, al cine, nos damos algún achuchón sin demasiada pasión... ¿Eso cambiará?, porque con Mark fue tan inmediato... Esa explosión de fuegos artificiales en mi estómago, esa capacidad de excitarme sólo con una mirada... Lo echo tanto de menos; el sexo, las charlas, incluso las discusiones; a él. Todo él.

No debería ser así porque tampoco hace tanto que nos conocemos. Pero lo llevo dentro y he empezado a escribirle.

Querido Mark, hoy hace mucho calor; son las diez de la noche y estoy sudando aunque acabo de salir de la ducha. Aquí no han pasado muchas cosas nuevas: la parejita está igual de feliz que siempre, yo estoy pensando en hacerme un *tattoo* (un sol, recuerda cómo me gusta el sol).

No sabes cuánto te echo de menos, a todas horas pienso en tus manos acariciando mi cuerpo. No tenías derecho a echarme de tu lado de aquel modo. Eres un cobarde y un mentiroso, me dijiste que nada nos distraería mientras estuviera en Houston y dejaste que pasara. Estoy segura de que, en parte, todo lo que te dijo tu padre influyó en tu decisión.

Sé que te preguntas qué habría sido de nosotros si Marcos no hubiera muerto. No lo vamos a saber nunca, quizá no hubiese pasado nada o tal vez le habrías dado la vuelta a mi vida como has hecho ahora.

Querido grandullón, siempre echaré de menos a Marcos, pero es a ti a quien amo. Sólo a ti.

Guardo la carta en mi agenda, sabiendo que probablemente él no la lea nunca, pero me ayuda a estar más cerca de él. Eso me recuerda que hace mucho que no le escribo a Marcos.

Estoy en casa después de un duro día de trabajo y decido conectarme un rato a Facebook para saber de todo el mundo. También me impulsa la secreta esperanza de que Mark esté por ahí, me apetece tanto hablar con él.

Llevo un rato mirando las fotos de la gente y, de repente, el corazón me da un vuelco al ver la ventanita del chat.

—Hi!

Me quedo mirando el saludo sin saber qué hacer, después de tanto tiempo esperando este momento ahora no sé si es buena idea.

—¿Estás ahí? —Escribe.

—Sí, hola.

—¿Cómo te va?

—Bien, supongo. ¿Y a ti?

—Te echo de menos.

—Yo también echo de menos poder hablarte.

—¿Sólo eso?

—No es apropiado que coquetees conmigo.

—Tienes razón, perdona. No te muerdas mi labio —ordena como si estuviera viéndome.

—Estoy sonriendo —le informo, aunque seguro que ya se lo imagina.

—Lo sé.

—Eres un listillo. Por cierto, mi labio ahora es mío y de nadie más.

—*Honey*, no te engañes, siempre será un poco mío.

—Eres un capullo. Fuiste un cobarde y no tienes dere... Vamos, que no me digas esas cosas.

—Siento mucho lo que pasó; cómo reaccioné. Ojalá no me hubieras hecho caso; si te hubieras quedado habríamos terminado en la cama, como en el hotel, cuando pasaste de lo que dije el día después de la boda de Dan y Claire.

—Ahora no lo sabremos nunca, ¿verdad? No quiero seguir hablando de eso. Por cierto, ¿qué hora es allí? ¿Las cinco de la mañana?

—Sí, últimamente no duermo mucho.

—Te entiendo, yo no duermo mucho desde hace bastante.

—Pero tienes la siesta.

—Sí.

—Tengo que dejarte, *honey*.

Y tal y como ha venido se va.

¿Y ahora qué? Es como si la conversación se hubiera quedado a medias. Como si nuestra vida se quedara en suspenso. No, no, ya estoy otra vez. Ahora salgo con Raúl, es a él al que tengo que echar de menos, es con él con quien tengo que querer estar.

La conversación con Mark ha sido un error, aunque con el paso del tiempo parece que fuimos algo tremendistas y que podíamos haberlo arreglado, lo cierto es que si volviera a pasar seguramente reaccionaríamos de la misma manera.

—¿Sí? —contesto al teléfono.

—Ana, soy Clara.

—Dime.

—¿Cenas con nosotros en casa mañana?

—¿Celebramos algo?

—Nada especial, sólo seremos nosotros, tú y algún otro amigo.

—¿Hay que vestirse de gala? ¿Llevo algo?

—No y no.

«Será la oportunidad ideal para presentar en sociedad a Raúl. Todavía no se lo hemos contado a nadie, ni siquiera a Clara».

—Vale, pero yo llevaré una sorpresa.

—Como quieras, nosotros también tenemos una sorpresa.

Enseguida me viene una idea a la cabeza.

—¡Tú estás preñada!

—Hasta mañana.

—¡Voy a ser tía! ¡Voy a ser tía...!

Clara cuelga.

Me alegro mucho por Clara, Carlos no quería tener hijos y ella los deseaba con toda su alma.

—¿Estás segura de que es buena idea? —duda Raúl, cuando le llamo para informarle de que mañana cenamos en casa de Clara como pareja.

—¿No quieres que lo sepan?

—Claro que quiero, pero al fin y al cabo son amigos de tu ex.

—No es mi ex.

—¿Entonces qué es?!

—No lo sé, pero da igual; ahora no es nadie.

—¿Estás segura?

—¿Quieres venir o no?

—Sí, pero estoy de guardia, si me llaman tendré que irme, ¿vale?

—Vale.

A Raúl no le cae bien Dani, no sé si por él mismo o porque es amigo de Mark. Ha llegado el momento de hacer oficial lo nuestro y dejar atrás a Mark. De repente me doy cuenta de que hace mucho que no voy a hablar con Marcos, tengo que ir a decirle esto, tiene que saberlo.

HOUSTON - ALICANTE Y VICEVERSA

Desde el principio tengo una sensación extraña, tal vez sólo sea cansancio. Apenas con tiempo de ducharme y arreglarme un poco después de salir de trabajar, enseguida ha llamado Raúl a la puerta.

—He comprado vino.

—Gracias, eres un cielo —agradezco el detalle. Le doy un beso en los labios y, cogidos de la mano, nos dirigimos a casa de Clara.

En cuanto estamos delante de la puerta el corazón comienza a latirme desbocado, parece que quiera salirse del pecho. Siento un escalofrío, debo de estar volviéndome loca.

Clara abre la puerta. Se queda boquiabierta y permanece bajo el umbral bloqueándonos el paso. A estas alturas, teniendo en cuenta mis latidos y la actitud de Clara, me temo que su sorpresa no era un embarazo, pero no me atrevo ni a pensarlo. Clara por fin nos saluda y decide apartarse hacia un lado para que entremos.

Cuando lo veo se me aflojan las piernas. Es aún más guapo que en mi mente, tan grande, tan potente; imágenes de todos nuestros encuentros sexuales me vienen a la cabeza, sonrojándome sin poder evitarlo. A él se le ha helado la sonrisa en la cara, los puños apretados se ven blancos y la mandíbula cuadrada marca especialmente el temblor de un músculo. Sus ojos están clavados en mi mano, enredada con la de Raúl, que también se da cuenta de la dirección de la mirada de Mark y me suelta extendiéndola hacia él.

—Soy Raúl, nos conocimos en la boda pero no nos presentaron —saluda conciliador. Pero Mark no aparta la vista de mí y no le contesta; por supuesto no le da la mano. Él nunca disimula lo que siente, aunque no le guste hablar de ello.

Dani reacciona y coge la mano de Raúl.

—Raúl, encantado de volver a verte ¿qué tal todo? ¿Nos sentamos?

Pero todos seguimos de pie. Mark y yo estamos mirándonos fijamente, como enganchados por un cable invisible. La tensión es insostenible y, justo en ese momento, como si lo hubiésemos conjurado, suena el móvil de guardia de Raúl.

Mark se acerca a mí, me abraza y un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies; me está impregnando de su olor, ese aroma a madera y a no sé qué. Noto cómo se me aflojan las rodillas, pero milagrosamente no me caigo y hasta consigo mantener la compostura en vez de comérmelo a besos hasta calmar el fuego que desprende por todos los poros de su piel, que es lo que quiero hacer en realidad. Siento su dedo acariciarme la boca.

—No te muerdas mi labio —me dice al oído. Y yo le hago caso, lo suelto y me paso la lengua sobre ellos, rozando apenas su dedo; lo suficiente para notar su sabor a cuero salado, a piel, a deseo, lo que hace que esté a punto de perder la cabeza.

Reacciono y doy un paso atrás.

En ese momento Raúl, que estaba de espaldas a nosotros hablando por teléfono, nos mira con recelo. Mark ha metido las manos en los bolsillos y tiene un gesto de derrota en todo el cuerpo.

—Yo tengo que irme, una urgencia. Tú... ¿te quedas? —me pregunta.

—No, me voy a casa.

—Está bien, en otra ocasión será —se disculpa dirigiéndose a Dani y a Clara. Esta vez a Mark no le dice nada.

—Ehh, sí, en otra ocasión —replica Clara al cabo de demasiados segundos.

Mientras nos marchamos noto la mirada de Mark fija en mi espalda. Raúl no me da la mano, casi ni se acerca a mí mientras Dani cierra la puerta en cuanto salimos.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte? —insiste Raúl al tiempo que pulsa el botón de llamada del ascensor.

—Ahora estoy contigo, yo no soy así.

—Lo sé, pero... Por un momento creí que iba a darme un puñetazo.

—No es tan fiero como aparenta —miento.

—Ya, pero creo que ese tío mataría por ti.

—¿Y tú no? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Yo soy un tío tranquilo. ¿Quieres calma o tormenta? Porque si eres una mujer a la que le gustan las relaciones tormentosas, yo no soy tu hombre.

—No me gustan las relaciones difíciles, pero no tienes por qué meterte con él. Mark no es tormentoso, es un buen tío. Es divertido y no lo ha tenido fácil en la vida; es un luchador, pero no tiene nada que ver con lo que tú piensas.

Estoy hablando sin parar, de forma rápida y desordenada, pero es que me molesta mucho que se meta con Mark. No tiene derecho, no lo conoce; no como yo.

—Ya, sólo quiero que pienses en lo que te he dicho. Si quieres a alguien que mate por ti, deberías de entrar ahí otra vez.

—Creo que lo mejor es dejar esta conversación aquí —replico tajante.

—Vale. —Se acerca y me da un casto beso en los labios que no me hace sentir nada, es como el roce de un plástico. No hay cosquillas, tampoco provoca sensaciones ni escalofríos, no se me eriza la piel; esos finos labios no son capaces de transmitirme nada.

Su beso se vuelve más osado y mis sensaciones más desagradables. Raúl intenta abrazarme y yo me siento como en una prisión entre sus brazos, como si me estuvieran poniendo una camisa de fuerza de la que quiero escapar. Me aparto bruscamente y le miro con rabia, él no es quien yo quiero que me abraze. Me devuelve la mirada, pero en la suya hay un deje de tristeza y decepción, no decimos nada mientras entra en el ascensor y desaparece. Me quedo mirando la puerta un momento, luego miro hacia casa de Clara y me decido por las escaleras. Cuando estoy a punto de abrir la puerta de mi casa oigo un portazo en la de Clara. Contengo la respiración porque no quiero que me llegue su aroma a madera y testosterona,

espero a que entre en el ascensor y después me encierro en casa llena de frustración.

Sintió que todo daba vueltas a su alrededor, estaba destrozado. No era eso lo que Mark esperaba encontrar cuando, casi sin pensarlo, preparó una bolsa con algo de ropa y se fue al aeropuerto a esperar el siguiente vuelo que saliera hacia España. Tan sólo llamó a su hermana para contarle que había hablado con Annie y que iba a buscarla. Mary lo tranquilizó y le aseguró que ella y Robert se encargarían de todo durante unos días mientras él resolvía sus asuntos, momento que aprovechó para aconsejarle que fuese con pies de plomo y no se comportara otra vez como un elefante en un cacharrería; aquello era algo de lo que su madre solía acusar a su padre.

No era ningún tonto. Entendió perfectamente el mensaje que su hermana quiso hacerle llegar, en el fondo sabía que se parecía más a su padre de lo que le gustaba admitir, pero estaba dispuesto a no cometer sus mismos errores. Por eso, en una ocasión asumió que él no se quedaría de brazos cruzados si Annie lo dejaba; sólo unas horas atrás su decisión le pareció la mejor de las ideas, pero ahora... Estaba claro que no lo había sido. No supo cómo asimilar esa derrota.

—Déjame la moto —pidió Mark a Dan. Dani cogió las llaves del armarito que estaba colgado en la pared y se las lanzó sin pedir explicaciones, pero Clara les miró con cara de preocupación.

—Mark, no estás para coger la moto ahora, y menos si vas a beber.

—No me voy a emborrachar, las especialistas en eso sois tu amiguita y tú.

—Mark, no te pases —interrumpió Dan.

—Lo siento, Claire —repuso con cara de arrepentimiento—. Estoy bien, no te preocupes, sólo necesito dar una vuelta y despejarme.

—Yo no lo sabía, lo prometo. De haber estado enterada de esto te lo habría dicho.

—Lo sé, la culpa es mía por no preguntar. Tendría que haber imaginado que el buitre ese seguiría detrás de ella. Da igual.

—¿Por qué no subes a hablar con ella? —sugirió Dani.

—No tiene sentido, ha seguido con su vida, es lo normal, aunque... no es que haya esperado mucho. —El tono de Mark resultó triste e irónico al mismo tiempo.

—Tú tampoco has sido un santo —defendió Dani a Ana.

—Ahora nada de esto importa. Me voy, no me esperéis despiertos.

Dio vueltas por la ciudad sin rumbo fijo hasta que se encontró en la playa contemplando el mar, ese mar que tanto le gustaba a Annie. Al menos le quedaban los recuerdos y el regusto de lo que podía haber sido; eso era lo que más le dolió, reconocer el final.

Hasta el momento en que la vio con el otro, en el fondo de su corazón siempre pensó que todo tenía arreglo, pero al parecer a ella no le costó demasiado olvidarlo todo; olvidarle a él. Pero cuando la abrazó, ambos sintieron aquel escalofrío que los noqueó; él supo que aún le deseaba, pero ¿sería suficiente con eso?

El sonido de las olas y la brisa del mar terminaron por calmarlo. Como Annie le dijo en una ocasión, el efecto de la playa era mágico.

Se subió en la moto y, sin darse cuenta, se encontró en la puerta del *pub* al que fueron el día siguiente de conocerse, el As de Pikas.

Tras la barra, el tipo grande y tatuado lo saludó nada más verlo con un apretón de manos al estilo motero, y colocó sobre la barra una Budweiser bien fría y un par de vasos de chupito que llenó de Jack Daniels.

—¿Lo recuerdas? —dijo Mark sorprendido.

—No me acuerdo de tu nombre, pero sí de lo que bebes. Y también de que sueles ganar al póker —sonrió—. ¿Y las chicas?

—Ya no hay «chica».

—Las mujeres son impredecibles —se lamentó Ace, el camarero, mientras levantaba el chupito para brindar—. ¡Por ellas!

—¡Por ellas! —secundó el brindis en el mismo momento en que Spade, la mujer de Ace, entró en el local.

—¿Por quién brindáis, chicos?

—Por vosotras, las mujeres —respondió Ace.

—Eso me gusta. ¿Estás de vacaciones?

—Algo así —contestó Mark.

—Pues me alegro de que vengáis hoy, he traído a Ana el libro de *tattoos* que quería ver.

—Ana no va a venir —informó Ace poniendo cara de «no metas la pata».

Spade miró a Mark con sorpresa.

—Annie y yo ya no estamos juntos —se vio obligado a aclarar Mark.

—Ya me parecía a mí que tenía que haber alguna razón para que hubiera dejado de sonreír otra vez.

—Supongo que la culpa es mía, pero ahora está bien; está con otro.

—Créeme, ese pobre infeliz no tiene nada que hacer —intentó desengañarle Spade.

—¿Lo conoces?

—Han venido un par de veces a tomar café, pero él no le hace recuperar la sonrisa.

—¿Soy muy ruin si me alegro? —comentó con malicia. Ace se rio y Spade lo miró con desaprobación—. Sí, supongo que sí —se respondió a sí mismo al cabo de unos segundos.

—Pues, por lo que veo, tú tampoco es que estés muy bien... —Spade sonrió.

—No. Estoy hecho polvo, pero no puedo quejarme. Fui yo el que metió la pata. No sé por qué os estoy contando esto, normalmente no hablo mucho de mis problemas; lo siento.

—A veces es más fácil hablar con desconocidos. ¿Y por qué no dejas esa cerveza y vas a hacer lo que sea que haces para que esa chica recupere la sonrisa?

—Porque no sé qué puedo decirle a estas alturas.

—Hablar está sobrevalorado —sentenció Ace mientras secaba unos vasos con esmero.

«Tiene razón», pensó Mark. No tenían por qué hablar, sólo abrazarse y besarse; ella había respondido a su contacto, luego ya vería qué hacer. De repente, según pensó en tenerla entre sus brazos, sintió que la moral se le elevaba como por ensalmo, casi pudo sentirla.

Hizo chocar la mano con Ace y cogió la pequeña cara de Spade para besarla en la frente.

—Gracias por todo. —Dejó un billete sobre la barra, agarró el casco y se marchó. Ahora sí sabía adónde.

No puedo dormir, no he sido capaz de tomar bocado y ahora no paro de dar vueltas en la cama; tengo calor. Decido levantarme y ponerme un poco de helado de turrón y caramelo para refrescarme. Mientras me lo preparo me doy cuenta de que voy vestida con la misma camiseta y calzoncillo que llevaba cuando Mark y yo hicimos el amor en la cocina. No puedo evitar preguntarme si volveré a sentir eso alguna vez.

—¡Maldito seas, Mark! ¿Me curas de Marcos para dejarme enferma de ti? —grito al aire, tirando con rabia la cuchara de servir helado al fregadero.

Sólo ha tenido que abrazarme y me ha dejado impregnada de él. El beso de despedida de Raúl me ha resultado incluso desagradable, hasta ahora no es que me excitara sobremanera pero tampoco me molestaba, podía dejarme hacer, pero ahora... Mañana tengo que poner fin a eso.

«¿Qué está haciendo Mark aquí? ¿Habría venido a buscarme? O... Tal vez sí hay embarazo y ha venido a felicitar a Dani y Clara».

De lo que no hay duda es de que yo no voy a dar el primer paso después de cómo me ha echado de su lado, y además, teniendo en cuenta la obsesión que tiene con Marcos, probablemente lo mejor sea dejarlo estar.

«¡Dios, qué susto! El timbre a estas horas».

Me temo lo peor. Supongo que Raúl ha terminado con la urgencia y ha decidido venir a hablar esta noche. No tengo ganas de verlo, aunque seguramente mañana tampoco las tenga y, cuanto antes acabe con esto, mejor.

Ahora golpes en la puerta, golpes impacientes. Empieza a extrañarme tanta pasión en Raúl. «¿Y si es...?». Dejo el helado en la mesita de la entrada y abro con ansiedad.

Ahí está, todo para mí. Tan alto, tan guapo, tan impresionante como siempre. «¡Joder, me están temblando las rodillas y los labios!». Me los muerdo para intentar pararlos.

«Te deseo».

Te deseo, nos decimos con los ojos, hasta que Mark se abalanza sobre mí, cogiéndome la cara con las dos manos, para besarme con toda la pasión que nace de sus entrañas. Resulta imposible estar más pegados, nuestros cuerpos parecen uno. Yo

me aferro a la pechera de su camisa, él abarca toda mi boca, casi no podemos respirar. Me pasa una mano por la cintura, apretándome contra su dureza para hacerme notar cuánto me desea, y apoya mi espalda contra la pared. Separa su boca de la mía un instante para dejarme tomar aire.

—Sabes a caramelo y a... ¿qué?

—Turrón.

—Turrón, ¡ummmhhh! Me gusta el sabor del turrón en tu boca. —Me da mordisquitos en los labios y roza su nariz con la mía, un momento de dulzura que apenas disimula la pasión que nos está matando.

Abro la boca y busco su lengua, le beso a conciencia explorando cada rincón de la misma, enredo una mano en su pelo y pongo la otra en su trasero, por dentro del pantalón, acercándolo a mí.

Mark me sube una pierna desde la parte trasera del muslo y nuestros cuerpos encajan a la perfección, es como si ya estuviéramos uno dentro del otro. Coge la mano que tengo en sus nalgas y me la sube por encima de la cabeza, sujetándola por la muñeca. La besa, la lame, la muerde, baja por la parte interior del antebrazo y me rodea la axila, continuando con ese juego mientras roza su erección contra mis caderas, y de un solo tirón se deshace de mi camiseta continuando camino hasta mi pecho. No sé si es posible sentir tanto placer como el que siento en este momento, estoy completamente mojada, el corazón mide más que mi tórax y bombea desbocado. Mark coge uno de mis pezones con su boca y descubro que sí, que aún puedo sentir más placer; la punzada que acaba de recorrer mi cuerpo es como un rayo en la tormenta esperando el trueno.

Baja por mis costillas y se entretiene en mi ombligo hasta alcanzar su verdadero objetivo: mi pubis, sus manos se apoderan de mis caderas y me quitan el calzoncillo. Y así, de rodillas ante mí, me obliga a abrir las piernas y se apodera de mi sexo volviéndome loca de placer. Consigo protestar lo justo y de manera poco convincente, me encanta lo que me hace sentir. Enredo mis manos en su pelo, apretándolo y alejándolo de mí; mi sentido común me dicta que lo aleje, pero el resto de mis sentidos quieren tenerlo ahí.

—Mark... estoy a punto...

Él sustituye la boca por una mano. Me posee introduciendo dos dedos y me roza el clítoris con la palma al tiempo que se levanta para besarme en el pecho, me muerde y tira de mi pezón con delicadeza, luego sigue por mi garganta hasta que llega a mi boca y apaga mis entrecortados jadeos con un beso. No puedo más y comienzo a explotar.

—Me gusta verte así, fuera de control estás preciosa. Vamos, *honey*.

El sonido de su voz provoca una descarga eléctrica en mi interior y ya sólo puedo suspirar y deshacerme en sus brazos, tal y como él quiere.

Cuando la sintió relajarse, Mark la besó en la frente. Luego la subió a horcajadas sobre sus caderas para que Annie lo rodeara con piernas y brazos mientras se dirigían

a la habitación. A medio camino, envueltos en una marea de besos, no pudo resistirlo más y se dejó caer sobre el sofá sin soltarla en ningún momento.

No fue capaz de detenerla cuando ella desabrochó y le quitó la camisa para explorarle el cuerpo con la boca. Mark tenía los sentidos a flor de piel y notaba cada caricia como una explosión, sintiendo que la sangre corría por sus venas a gran velocidad y, cuando ella se movió sobre él, rozándolo con su cuerpo, creyó que perdería el control.

No, se obligó a sí mismo. Quería disfrutar de ella un poco más; no quería que aquello terminara tan pronto, por si no había otra vez. Notó que Annie le mordía en la cadera y, con sensuales movimientos, bajaba por el muslo hasta conseguir dejarlo completamente desnudo. Luego tomó su miembro con la mano y lo acarició, con delicadeza primero y con exigencia después, mientras lo miraba y lo besaba; en la boca, en el cuello, en la cara.

—A mí también me gusta mirarte, me gusta ver como disfrutas de mí.

Con aquella declaración Mark se sintió explotar.

Se levantó, la cogió en brazos y esta vez sí llegaron a la habitación.

En mi dormitorio, me deja caer en la cama sin la menor delicadeza, lo que hace que me encienda aún más. Se pone encima de mí y lo acojo entre mis piernas, me mira a los ojos profundamente, quiere poseer mi alma además de mi cuerpo. Le dejo hacerlo y le sostengo la mirada mientras entra en mí, despacio, con calma, con un control que hace un momento no parecía que tuviese. Muevo mis caderas obligándole a tomarme por completo.

—Despacio, cariño, quiero que dure. Tenerte más tiempo...

Él impone un ritmo lento y cadencioso y yo me adapto, me dejo llevar, encantada, mientras me toma, me hace suya y yo lo poseo por completo. Nuestros movimientos se vuelven más potentes cuando el deseo nos urge, me aprieto contra él al notar las descargas y sacudidas que provoca en mí el intenso orgasmo y suspiro, casi grito, al terminar. Noto que él también está terminando, se tensa dentro de mí y un sonido gutural se escapa de su garganta hasta caer vencido sobre mí.

Mark pensó que no existía una mujer en el mundo que le hiciera sentir tanto placer. ¿Cómo podría convencerla de que su destino era pasar el resto de su vida con él? ¿Y si se negaba? ¿Y si quería seguir con el otro? Con aquel capullo que la había tocado, mancillando su cuerpo, su boca, su tesoro. ¡Dios, se estaba poniendo enfermo!

—Cariño lo que pasó... —empieza a decir Mark.

—Shhh. No quiero hablar, ahora no. —Cojo su mano y, poniéndola sobre mi vientre, la utilizo como si fuera un pincel y comienzo a dibujar espirales.

—Pero tenemos que hacerlo. Yo... necesito saber, ese tío...

—No. Déjame disfrutar de esto, ¿vale? Ahora no podría con una escena de celos, no quiero gritos ni discusiones, sólo quiero que me dibujes espirales hasta que me duerma, ¡por favor! —le imploro, mirándole a la cara.

—Pero tú dices que siempre dejamos estas conversaciones a medias y...

—Por favor...

Mark se calla y me deja disfrutar de sus manos, de sus suaves caricias, del momento que hemos vivido, y soy feliz. Si pudiéramos conservar este momento... Tengo miedo de que sólo sea un sueño, o peor aún: de que no tengamos más que este instante y mañana todo haya cambiado otra vez. Porque esta noche no voy a dejarle cambiar nada, esta noche no.

Mañana arreglaré mi situación con Raúl y después Mark y yo solucionaremos nuestras diferencias. Todo irá bien, tiene que ir bien.

Mark no supo qué pensar. Estaba claro que le deseaba, pero no podría asegurar que le quisiera, no se lo había dicho. Por otra parte, Annie estaba con el tipo aquel. ¡Maldita sea! Era ya demasiado tarde. Siempre estuvo seguro que fue él quien metió la pata, tanto que ella no quería ni hablar del tema. Encajó como pudo la pérdida, tendría que volver a su casa vencido y derrotado. Ni siquiera le llamó «grandullón» ni una sola vez.

De repente empezó a dolerle el corazón, si es que eso era posible. No fue capaz de soportar estar tan cerca y a la vez tan lejos. La miró. Estaba preciosa, durmiendo con ese mohín tan suyo en la boca y la respiración tranquila que le subía y bajaba el pecho, ese precioso y pequeño pecho.

Se levantó, se vistió y buscó papel y lápiz.

Cariño, siento mucho lo que pasó en Houston. Te quiero, pero sigo sin poder compartirte.

Cuando despierto me siento feliz, pero al abrir los ojos, noto una punzada de ansiedad al darme cuenta de que Mark no está conmigo. Me levanto de un salto, me pongo una camiseta y unas braguitas y lo busco por todo el piso. Le llamo.

Un papel con un bolígrafo, colocados sobre la mesa, llaman mi atención. Espero que en él me explique que ha ido a por el desayuno, porque si no...

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Joder, mierda! —grito al vacío cuando leo la nota. Ni siquiera una espiral. Corro hacia la habitación, me pongo unos vaqueros y unas chanclas y bajo a toda velocidad a casa de Clara.

—Dime que está aquí, porque si no lo mato, te juro que lo mato —abordo a Clara según me abre la puerta.

—Dani le ha llevado al aeropuerto esta mañana antes de irse a trabajar —contesta compungida.

—Este tío es tonto. De verdad, va a volverme loca con sus celos y sus rarezas de tejano.

Entro en su casa con mi móvil en la mano, en el que comienzo a marcar el número de Mark.

—Apagado.

—Debe de estar ya en el avión. ¿Quieres un café?

—No lo entiendo. Anoche...

—Ana —me interrumpe—, yo te quiero mucho, pero esta vez no tienes razón.

—¿Qué?

—Ana, por Dios, ¿a qué vino que te presentaras con Raúl? ¿Y desde cuándo estás con él? Y, ¿por qué?, si ni siquiera te gusta.

—Sí me gusta, o me gustaba; o eso creía. Además, ¿por qué no me dijiste que el otro invitado era él?

—Iba a ser una sorpresa.

—Te aseguro que lo fue.

—Pero ¿por qué no me habías contado lo de Raúl?

—No sabía si duraría, llevábamos dos semanas. Pero anoche me di cuenta de que tengo que dejarlo. En realidad los dos nos dimos cuenta de que no funciona. En cuanto Mark me abrazó ya no pude dejar que Raúl me tocara.

—¿Sigues enamorada de Mark?

—Como una idiota. Anoche fue genial...

—Anoche no le dejaste hablar y ha pensado que ya no querías nada con él, si le hubieras visto... Me han dado ganas de llamarte, pero se suponía que yo no los estaba escuchando y, la verdad, por cómo lo contaba, yo tampoco sabía si...

—Pero si hicimos el amor y fue maravilloso.

—Cariño, es un tío, para ellos no es lo mismo. En cuestión de sentimientos tienes que hacerles un mapa.

—Antes de decidir nada con Mark, tenía que aclarar las cosas con Raúl.

—Las cosas con Raúl tendrías que haberlas aclarado antes de acostarte con Mark.

—Lo sé, no me hagas sentir peor de lo que ya me siento.

—Eres una mentirosa, te sientes de maravilla.

—Con respecto a Raúl me siento como una capulla.

—Él sabía a qué jugaba. ¿Qué vas a hacer ahora? —Clara me pone una taza de café en las manos.

Le doy un sorbo y pienso un momento: «Hoy tengo turno de tarde. Puedo cambiar el turno de mañana del jueves y juntarlo con el fin de semana largo, puesto que el lunes es fiesta, y así tengo cinco días para ir y volver. Estoy loca. Sí, por él, estoy loca por Mark».

—Estoy loca por Mark —repito en voz alta—, supongo que tendré que ir a Houston.

Por toda respuesta Clara se empieza a reír a carcajadas.

—Locos estáis los dos y nos volveréis locos a nosotros. Además, vais a hacer millonarios a los de la compañía aérea.

—Oye, guapa, que lo tuyo con Dani también tuvo su miga.

—¿Fuimos tan tercos como vosotros?

—O más.

—Deberías darte prisa, porque no es por jorobar, pero tienes que saber que la tal Caroline ha estado dando vueltas mientras tú tonteabas aquí con Raúl.

—Después de lo de anoche estoy segura de que es mío.

—¿Desde cuándo eres tan posesiva?

—No lo sé. Me lo habrá pegado él. Gracias por el café. —Doy un beso en la mejilla a mi amiga—. Me voy, que tengo muchas cosas que hacer.

Mientras me ducho confecciono un *planning* mental del día.

«Primero haré la bolsa de viaje, después llamo a Raúl y quedo con él para comer; a las tres a trabajar. Una vez allí cambio los turnos y llamo al aeropuerto, creo que hay un vuelo por la noche con escalas en Dublín y Londres que debe de llegar a Houston sobre las dos y media o las tres de la tarde. En cuanto llegue llamo a Mark y lo demás, ya veremos».

A las dos estoy en El Çigró esperando a Raúl para mantener esa conversación pendiente. Le veo llegar con su cartera de mano bajo el brazo, pantalón de vestir y polo de marca; estatura media, moreno, delgado... Es un hombre atractivo, pero no tiene comparación con el hechizo animal y seductor de Mark; no para mí.

Me doy cuenta de que la diferencia entre un hombre atractivo y uno irresistible está en los ojos de quien mira.

—Hola —me saluda, dándome un casto beso en la mejilla.

—Hola. ¿Qué tal la noche?

—Bien, bien, no era mucho, terminé pronto. Pensé en pasarme por tu casa, pero al final creí que era mejor esperar la llegada del nuevo día. —Me pongo roja al imaginarme la posibilidad de que hubiera venido a visitarme anoche—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Bien. —Ali, la camarera, nos toma nota. Pedimos el menú y una botella de agua bien fría.

—Y bien... ¿Prefieres que empiece yo?

—Lo nuestro... —Llega la ensalada y la bebida.

—En realidad creo que nunca ha existido un «lo nuestro» —me interrumpe, categórico.

—¿Por qué dices eso?

—Pasaste de un Marc a otro y yo... Nunca hubo un hueco para mí en tu corazón, y mucho menos en tu cuerpo.

—Yo creía que sí lo había.

—Lo creías o querías creerlo.

—¿No es lo mismo?

—No, no lo es. Dime una cosa —hace una pausa—, anoche, ¿pasó algo?

—¿Qué?

—Entre tú y él. ¿Pasó algo?

—Raúl... yo... Sería mejor...

—Da igual, ya has contestado.

—Lo siento.

—No creo que eso signifique mucho.

—No sé qué puedo decir, cuando lo tengo cerca no soy capaz de pensar; no puedo ser fría, sólo puedo seguir mis instintos. —Nos traen el primer plato.

—Yo nunca te he hecho sentir así... —Esta vez no le contesto, tan sólo bajo la mirada—. Sabes que ésta era nuestra última oportunidad, ¿verdad? —pregunta, utilizando lo que le queda de orgullo.

—Te mereces algo mejor que esto.

—En eso tienes razón. ¿Qué tal tu lasaña?

—Ehh, muy buena. ¿Amigos?

—No sé, quizá con el tiempo.

A las diez y cinco, Clara y yo estamos en su coche camino del aeropuerto. Llegamos en quince minutos, con el tiempo justo para el embarque. Clara me despide deseándome suerte.

—Y, ¡por favor! No metáis la pata otra vez. Hablad, que hablando se entiende la gente y vosotros parecéis animales que sólo sabéis hacer eso.

—Es que lo hacemos tan bien... Pero tienes razón, esta vez hablaremos, aunque no sé si antes o después de eso.

—Calla, anda, que estás enferma. Te pareces a Dan.

—Yo prefiero el turrón al chocolate.

—Ja, muy graciosa. Que sepas que ya no te contaré nada más.

—Claro —replico, abrazándola—. Conéctate al «Face» mañana por la noche y te cuento, ¿ok?

—Ok.

Estoy en el aeropuerto de Dublín y tengo que esperar seis horas hasta la salida de mi próximo avión. Es la una menos cuarto de la madrugada, en Texas serán las seis y media de la tarde, Mark ya habrá salido de trabajar. Voy a llamarlo para decirle que voy, aunque me va a costar una pasta y mi cuenta está temblando con tanto viajecito, pero tengo muchas ganas de hablar con él. Lo llamo.

Un tono, dos tonos.

—Jacob.

—¿Siempre coges el teléfono sin mirar quién es, grandullón?

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —pregunta con un tono entre sorprendido y aliviado.

—Hola. Pues estoy en el aeropuerto de Dublín.

—¿Qué? —Ahora el tono es de sorpresa total.

—A las seis de la mañana de aquí cojo un vuelo hacia Londres y, a las ocho aproximadamente, otro que me dejará en Houston a las dos y media de la tarde hora de allí.

—Pero... pero...

—¿No quieres que vaya?

—Claro que quiero. Me estás haciendo el hombre más feliz del mundo, pero el payaso y tú...

—Eso ya está resuelto. Y no le llames «el payaso», que después de lo que le hiciste anoche se merece un poco de respeto.

—¿Sabe lo que pasó?

—Sí.

—Eso significa que tendré que pegarme con él.

—¡No! ¿Por qué ibas a pegarte con él?

—No sé, vendrá a pedirme explicaciones y yo tendré que machacarlo. Además le tengo ganas. Y lo de los cuernos le está bien empleado, por meterse en las bragas de mi chica.

—Mira que eres bruto. Además, él no se metió en ningún sitio. —Un instante de silencio—. Sé que te estás riendo.

—Tú no lo entiendes, pero para mí ésa es una gran noticia.

—Ya hablaremos cuando esté allí. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo tengo ganas de tocarte.

—Creía que te gustaba verme.

—Me gusta todo de ti, *Honey* —Se queda en silencio, como recordando algo—. A la hora que llega tu avión probablemente estaré en una reunión. Llámame cuando llegues y, si no puedo recogerte, te mandaré un coche o le diré a Nat que se acerque a por ti. Mañana estará en Houston, en su *boutique*.

—No te preocupes, te llamo y si no puedes venir iré en taxi. Dile al portero que me deje entrar y te espero en casa.

—En la cama. No sabes cuántas veces he soñado con eso últimamente.

—No. Clara dice que hablemos primero, que parecemos animales y luego nos liamos y nos enfadamos por no hablar.

—Alguien me dijo una vez que hablar está sobrevalorado y yo le doy toda la razón. Además, mira quién fue a hablar; si conozco como creo a Dani, ellos no hablarán mucho si hay una cama o chocolate cerca.

—Eso es cierto. Tengo que colgar, me sales muy caro.

—Lo bueno se paga, cielo.

—Te quiero.

—Te quiero.

Me gusta todo en él, hasta cuando se pone fanfarrón. El viaje, que de normal ya es largo, me va a parecer eterno pensando en él. Creo que lo de hablar va a tener que esperar, ese ronroneo en su voz hace que me excite como si lo tuviera a un metro de distancia en vez de a nueve mil kilómetros.

Tengo miedo de que al estar en Houston las cosas se vuelvan a torcer. Hace un momento ha sido todo tan fácil, pero le resulta igual de simple levantar un muro entre nosotros. Si se pone terco tengo que tocarlo, el contacto le hace ablandarse; aunque me rehúya, si lo toco se deshará. Y si intenta echarme otra vez por culpa de su padre

o de Marcos, no le dejaré; me quedaré y que se aguante con su enfado hasta que aprenda a aceptar las cosas. Eso haré.

En el avión de camino a Houston intento dormir todo lo que puedo.

Al llegar llamo al móvil de Mark; apagado. Estará en la reunión, quizá haya llegado ya a casa, lo llamo allí.

Un tono, dos tonos, tres tonos.

Un mensaje en inglés diciendo que no está y que le deje el recado.

—Soy yo, ya he llegado al aeropuerto, tienes el móvil desconectado. Voy hacia tu casa...

—*Hello?* —Una voz de mujer —y no es Mary— me contesta en inglés.

—Hola, ¿he llamado a casa de Mark Jacob?

—Sí, ésta es su casa pero él no está. Soy Caroline, ¿quiere que le dé algún recado?

Se me encoge el corazón. Siento mil cuchillos afilados compitiendo por clavarse en mi estómago. «¿Qué es esto? ¿Un juego? ¿Una especie de venganza?». Y ahora, ¿qué? No puedo darme media vuelta y volverme a España y tampoco puedo creer que Mark me haga esto.

—Oiga, oiga...

No contesto, cuelgo directamente. Si eso le causa problemas con ella, que se aguante.

«No puede ser, no puede ser». La decepción se está transformando en enfado y luego en rabia, una rabia monumental. Pasan por mi cabeza mil cosas que hacer con él y a cual más dolorosa. En ese momento tomo una decisión. Iré a su casa, tendrá que enfrentarse a mí y decirme a la cara en qué coño piensa. Nueve mil kilómetros sólo para echar un polvo conmigo, aunque sea un polvo estratosférico, no lo justifica.

¿Y si fue a España sólo por negocios y yo fui el revolcón fácil de turno? Después de todo, tampoco es que dijera gran cosa: que sentía lo de Houston y nada más. Pero Clara le había dicho...

—Hemos llegado. —El taxista, que habla inglés con acento mexicano, interrumpe mis pensamientos justo antes de que mi cabeza empiece a echar humo.

Llego al zaguán y el portero se dirige a mí.

—Buenos días, señorita. —Habla un inglés claro para mí, aunque tiene marcado acento tejano.

—Buenos días, voy al apartamento del señor Jacob. Soy Ana Cruz, el señor Jacob ha dejado instrucciones para que lo espere en su apartamento.

—Pero usted... Un momento, por favor. —Hace una llamada. No entiendo bien lo que dice porque está hablando en un tono muy bajito—. Enseguida subimos —me informa en cuanto cuelga.

A los dos minutos se abre el ascensor y una rubia voluptuosa y despampanante, vestida a la última, muy maquillada y con unas enormes gafas de sol, sale de él. Me mira de arriba abajo y enseguida se me eriza el vello; es ella, estoy segura.

—¡Caroline! —la llamo, pero no contesta. No sólo no se vuelve, sino que acelera el paso saliendo del portal casi a la carrera.

—Señorita, ya podemos subir —me invita el portero cogiendo mi maleta. Yo le miro con desconfianza, sospecho que es él quien ha avisado a Caroline para que saliera. No entiendo nada.

Cuando estoy subiendo en el ascensor hacia el apartamento me suena el móvil, miro la pantalla, es Mark.

—Estoy en tu casa —le digo enfadada.

—¡Genial! Voy para allá, cariño, es que no he podido salir antes. —No le contesto porque se me ha hecho un nudo en la garganta que no me permite abrir la boca sin gemir—. ¿Cariño? *Honey*?

—Yo... Te espero en tu casa —le digo, llorando.

—Pero ¿qué te pasa?

—¿No lo sabes? —Y sin esperar su respuesta cuelgo.

Mark sintió una punzada en el corazón. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se había puesto a llorar? Su única alternativa era llegar cuanto antes al apartamento.

En cuanto entro miro a mi alrededor buscando pistas. Ahí está, en la mesa hay una nota de ella. La leo.

Querido, nos vemos esta noche, has estado fantástico. Te quiero.

Me derrumbo en el sofá. Me abrazo las piernas y fijo la mirada en un punto en la pared. Me niego a pensar, no quiero pensar en nada.

Escucho el sonido de la puerta al abrirse. Es Mark, que deja en el suelo la cartera que lleva colgada al hombro; despacio, muy despacio, mientras me observa como intentando averiguar algo.

Se quita la chaqueta y la corbata, las deja en el perchero de la entrada y se acerca hasta mí. Acucillándose entre mis piernas, apoya sus manos en mis rodillas.

—El portero me ha dicho que te has cruzado con Caroline —me dice con calma. Yo no sé ni por dónde empezar.

—¡Eres un cerdo! ¡Un cerdo mentiroso! —grito golpeándole el pecho con las manos—. ¿Cuál de las dos es la de repuesto? ¿Por qué me haces esto? —Le tiro la nota a la cara.

—Shhh. Tranquila, *honey*, tranquila. —Se acerca más a mí y me besa.

—No. —Intento apartarme, pero él se apodera de mi boca y ya no puedo resistirme y me derrito en sus brazos, agarrándole la pechera de la camisa con fuerza.

—Cariño, te quiero.

—Qué cara tienes. Tú aquí, besuqueándote conmigo y tu novia esperándote quién sabe dónde.

En ese momento lee la nota.

—Mi novia eres tú. Esto, simplemente, no es cierto. Además la otra noche tú te

acostabas conmigo mientras tu novio estaba currando o acostándose con alguna enfermera —se defiende en tono jocoso.

—Todos los tíos no son como tú. ¿Y qué es esto, una especie de venganza? ¿De qué demonios te ríes?

—De ti.

—Eres idiota. Te odio, te odio. —Yo estoy enfadadísima y él no para de reírse.

—*Honey*, lo de Caroline sólo pasó una vez, cuando te fuiste de mi casa, y fue lo más frustrante que he hecho en mi vida.

—Pues me alegro de que por lo menos no te gustase.

—Lo único que pasó anoche es que le dije que se había acabado por completo.

—¿Y por qué dice eso en la nota? «Has estado fantástico». ¿Por qué no paras de reírte?

—Eres más posesiva que yo. Lo de la nota es una absurda rabieta. Le dije al portero que dejara pasar a mi prometida y cuando ella se presentó él pensó... Bueno, ella no lo negó. Supongo que dejó la nota esperando que la vieras. Pero no vamos a dejar que los malentendidos vuelvan a separarnos, ¿verdad?

—Yo no soy posesiva, es que tú eres... eres... mi amor. Te quiero, te quiero —digo abrazándolo.

—¿No me odiabas?

—Sí, pero también te quiero. ¿Por qué le dijiste al portero que era tu prometida?

—Espera aquí un momento.

Desaparece en la habitación y cuando entra de nuevo lo envuelve un halo de misterio. Luce su clásica sonrisa de medio lado dibujada en la cara. Se acerca a mí muy despacio y me da una bolsita de terciopelo. El corazón me va cien por hora, casi no puedo respirar; estar con Mark es, realmente, como vivir en una montaña rusa; pero ahora... Todo va a cambiar.

—Te amo más que a nada en este mundo. ¿Quieres ser mi mujer, mi compañera y mi vida? —Se arrodilla delante de mí.

—Sí, sí y sí. Pero...

—No hay peros. —Saca el anillo de la bolsita, es un rubí rojo engarzado en un aro de oro viejo. Me coge la mano para ponérmelo pero yo la retiro.

—Espera un momento.

Él pone cara de «¿qué está pasando?», pero yo le tranquilizo acariciándosela. Me llevo la mano izquierda a la derecha y me quito el anillo de casada, dejándolo sobre la mesita.

—Eso no es necesario, Marcos y yo no vamos a volver a pelearnos. Entiendo lo que sientes por él, te lo juro.

—No. Estoy lista para dejarle descansar. Ahora, grandullón, ponme ese anillo de una vez.

Mark coge mi pequeña mano entre sus grandes manazas y me pone el anillo con delicadeza. Sus ojos brillan por la emoción y está más guapo que nunca. Al

colocármelo a ambos nos tiemblan las manos. Nos abrazamos y nos besamos con pasión.

—*I love you* —le digo.

—Te amo —responde él en un perfecto español.

—Yo también tengo algo para ti. —Me separo de él con desgana y me acerco hasta mi bolso, que está sobre una silla, para sacar de su interior un puñado de cartas. Regreso a su lado. Ahora se ha sentado en el sofá, me siento encima de él y se las entrego.

—¿Y esto?

—Cuando volví a Alicante te echaba de menos y escribirte me hacía sentir más cerca de ti.

—¿Y por qué no me llamaste o me las enviaste?

—No sé, orgullo, o tal vez miedo a que me echases de tu lado otra vez.

—Siento tanto haber sido un bruto aquella noche. Tenías razón, estaba influido por las opiniones de mi padre y, cuando dijiste su nombre, me sentí morir. Si no te hubieras ido... Deseaba con toda mi alma que no te hubieras ido, pero lo hiciste y me dejaste hundido porque sabía que me lo había ganado a pulso. —Me abraza mientras me habla y me acaricia el pelo. Me siento segura y reconfortada entre sus brazos.

Mark abrió espacio la primera carta mientras ella permanecía acurrucada en sus brazos.

Querido grandullón, sé que en este momento no quieres saber nada de mí. No sé por qué tienes que sentirte tan inseguro respecto a mis sentimientos. Mi vida ha dado un vuelco y tú no quieres darte cuenta de lo que todo esto me hace por dentro.

Hace mucho calor. Sólo llevo dos días sin verte y ya te echo de menos; tus manos, tu aliento, tus besos, tus caricias, tu «*honey*»...

Todo.

Me siento insegura, triste por la relación que perdí, eufórica por haberte conocido y poder estar contigo y culpable por quererte.

Ahora tú me echas de tu lado como si nada por... Aún no sé por qué. Lo más probable es que no volvamos a estar juntos, es lo que me dice la razón, pero una parte dentro de mí insiste en que mi destino es estar acurrucada en ti para siempre.

¿Crees en el destino, amor?

A Mark se le encogió el corazón. ¿Por qué la hizo pasar por aquello? Él la echó tanto de menos como ella a él, pero no fue capaz de llamarla hasta que la vio en el chat.

—Mi destino es dibujar espirales en tu ombligo mientras estás acurrucada en mí —dijo en voz alta mientras se lo demostraba.

EPÍLOGO

—Dame dos *entrecôts* potentes, que tengo mucho macho que alimentar —pido al carnicero, que es amigo desde que éramos adolescentes.

—Pero mira que eres bruta —me regaña Clara.

—Déjala, que le voy a cobrar hasta lo deslenguada que es.

—Tampoco he dicho nada del otro mundo —me quejo.

—Pues a mí me los pones como los suyos.

—¡Envidiosa!

—¿Y dónde os habéis dejado a los mozos?

—En el taller, con las *otras* —responde Clara.

—Las otras son las motos, ¿no?

—Hombre, claro, si tuvieran piernas en vez de ruedas no estábamos aquí tan tranquilas.

—Yo ya he terminado. —Doy por finalizada la compra—. Guárdamelo, por favor, que ahora vienen los chicos a cargar.

—A mí también —le pide Clara.

—¡Pero que morro tenéis! ¿Y a que también pagan ellos?

—Pues mira, es una idea. Oye, con lo que me cuesta alimentarlo, que haga algo, ¿no te parece?

Reímos mientras nos marchamos, siguiendo su sugerencia.

—Id por la sombra —se despide el carnicero.

Con las verduras en el cesto de rafia, nos dirigimos a la plaza de las flores. Escogemos unos ramos y nos sentamos en una de las terrazas a tomar la cervecita. En ese momento escuchamos el inconfundible sonido de las Harley.

Me deshago con la mirada que Mark me regala y veo que Clara babea por su querido Dani.

He descubierto que la diferencia entre una buena vida y una vida feliz está en compartirla con la persona adecuada, que no es otra que la que amas y te ama. Ahora también sé que a veces la vida te da una segunda oportunidad. A mí, además, me dio espirales en el ombligo.

Agradecimientos

Gracias a mi queridísima Olivia Ardey por su apoyo y su aliento en todo momento, y por enseñarme tantas cosas.

A mi maravillosa editora Lucía de Vicente por su paciencia infinita y por compartir conmigo sus conocimientos.

A mis hermanas Kekes, Eli, Fefi, Sole, y Ales por ser mis conejillos de indias y mis lectoras más fieles desde la infancia.

A mi hermano por serlo y prestarme un ratito su Çigró.

A mi familia, los Ribelles, por estar ahí.

A mis amigas de Invitam, Ana, Ari e Inma, por cuidarme, mimarme y emocionarse con mis historias.

A mis compañeras y amigas del Hogar Provincial por ser una fuente inagotable de inspiración.

A Lucía y Néstor por sufrir y disfrutar conmigo.

A Karol, Nuri, Irene, Maite, Juan, José, Manolo, Boris y Lolo, por toda una vida.

A mis Locas del Face, no sé que habría hecho sin vosotras.

A los seguidores de mi blog, por su ánimo constante.

A mis compañeros del San Jaime por los maravillosos años que pasamos juntos, especialmente a María Luisa.

A todos aquellos que en algún momento han leído o leerán mis historias.

Y, por último, gracias a mi mami por ser la mejor y por no reñirme demasiado al descubrir ciertas escenas.



BELA MARBEL. Nació en Benalúa de Guadix, Granada, en la década de los setenta. En la actualidad, reside en Alicante con su marido y dos gatos persas, con los que comparte su vida desde hace casi veinte años.

Es *coach*, dietista y auxiliar de enfermería en una clínica de reproducción y supervisora en un centro asistencial. En su tiempo libre, colabora con la ONG Intermon Oxfam.

Su pasión por los libros la lleva escribir sus propias historias desde edad muy temprana. Tras descubrir la literatura romántica, rápidamente se ve atrapada por el género. Un interés por la narrativa que queda plasmado en cada página de *Espirales en el ombligo*, su primera obra publicada, que estuvo representando a la literatura romántica española en el Festival de literatura hispana de Houston en 2012.

La autora ha creado en Internet su propio espacio virtual; una página que lleva por título «El amor y otras psicopatías». También ha publicado el relato *Cita a ciegas* en la revista *Romantica'S*, y es colaboradora habitual del blog literario «Cazadores de Quimeras» y la revista digital de arte y cultura *Artesomos*.

Con su segunda novela, *Mi tierra eres tú*, espera cosechar los mismos éxitos y sobre todo, «conseguir que todo aquél quiera pasar un rato con mis personajes, disfrute de ellos y su historia, tanto como yo».